Colección de relatos

Germán Vega

Cuando apagas la luz



EDICIONES GAROÉ

CUANDO APAGAS LA LUZ

Germán Vega



VEGA, Germán. *Cuando apagas la luz*

Maquetado de Ebook: CaryCar Servicios Editoriales
Corrección: Víctor J. Sanz

ISBN-Ebook: 978-84-125870-2-9

ISBN: 978-84-125870-1-2
Depósito legal:

Ediciones Garoé
Calle El Repartidor, 3, 3L
35400 Arucas, Las Palmas de Gran Canaria
Tlf.: (+34) 928 581 580 Islas Canarias, España
www.edicionesgaroe.com

Índice

A María Yuste, que aceleró el natural
devenir de los acontecimientos.

Para quienes tienen miedo, todo cruje.

Sófocles

El mal y el miedo son gemelos siameses.

Zygmunt Bauman

PRÓLOGO

Como cualquier oficio, escribir bien requiere práctica, cierta destreza y mucha experiencia. También requiere talento. El escritor debe construir la trama como el buen ebanista construye una nueva pieza de mobiliario: tallando, ensamblando, decorando y montando las partes con sumo cuidado. No basta con contar la historia. Es preciso conseguir que el lector se sumerja en ella y la viva; que la haga suya. El escritor debe jugar con las palabras, acariciarlas, colocarlas en frases precisas para que produzcan el efecto deseado.

Escribir es un oficio apasionante. No estoy seguro de que sea el propio escritor el que elija qué quiere contar, pero sí decide cómo hacerlo. Yo escribo novelas de misterio, suspense y terror; sucesos paranormales que se mezclan con la aparente normalidad de la vida de la gente. Me han preguntado muchas veces por qué escribo sobre esas cosas, y siempre me asalta una respuesta inquietante: en realidad, yo no elijo qué escribir. Cuando me siento delante del ordenador y tecleo las primeras palabras de una historia, algo me guía. No me obligues a explicártelo mejor porque no sabría hacerlo. El caso es que siempre termino en medio de una trama de suspense y misterio en la que los sucesos paranormales tienen un peso considerable. A veces pienso que tal vez yo formo parte de una historia de ese tipo. Ya sabes, algo así como «el misterioso caso del escritor que contaba cosas extrañas».

Lo cierto es que el miedo atrae y repele a la vez. Esa es su magia, ese es su poder. Por otro lado, el orden previsible de las cosas se ve alterado continuamente por numerosos acontecimientos extraordinarios, pero nos empeñamos en negarlos o minimizar su impacto en nosotros mientras,

cómodamente sentados en nuestro sillón, elegimos una película de acción, de intriga o de terror en la plataforma de pago.

Nos encanta ponernos en la piel de los personajes y pasar miedo con ellos; luchar contra esos acontecimientos extraños desde la seguridad del salón. Pero no creemos que nada de eso pueda suceder de verdad. Sin embargo, hay algunas cosas que siguen ahí afuera, acechando, y no sabemos si la próxima vez será a nuestra puerta a la que llamen.

No suelo escribir relatos. Siempre me incliné por las novelas. Pero te contaré una anécdota: nunca había participado en un concurso literario. No me llamaba la atención competir con algo tan personal, tan especial como la literatura. Sin embargo, una vez, mientras disfrutaba de unas vacaciones en el sur de Gran Canaria, probé a escribir *Las voces*, el relato con el que comienza este libro, con la intención de concursar en la ix Edición del Concurso de Relato Breve Dr. Pedro Zarco, organizado por el Hospital Clínico San Carlos, de Madrid. Lo hice con la idea de ver qué pasaba, de comprobar qué suerte corría mi pequeña criatura a la luz del día, lejos de la seguridad de la que podría disfrutar en el interior de uno de mis libros. Sorprendentemente, me otorgaron el premio. Un chute de adrenalina para mi ego. En mi pequeño discurso en la ceremonia de entrega —te aseguro que la hubo— solo se me ocurrió decir que muchos de los concursantes podrían haber sido ganadores del concurso. El relato *Las voces* cayó bien a los miembros del jurado. Eso fue todo. O al menos así lo veo yo. Reconozco que es gratificante que personas del mundo literario que no te conocen de nada valoren lo que haces, pero debo admitir que lo verdaderamente enriquecedor para mí fue la experiencia de escribirlo; y esa, señoras y señores, es la verdad de las verdades. Como suelo decir, cuando escribo nunca pienso en el lector, pero considero que he hecho un buen trabajo si el lector no puede dejar de pensar en lo que escribo.

Por su extensión, su composición, sus características especiales y la mayor simpleza en el desarrollo, la manera en la que se escribe un relato es distinta a cómo se escribe una novela. Tal vez parezca más sencillo, pero tiene una dificultad añadida: el lector debe quedarse con nosotros durante toda la historia. Esto puede parecer una obviedad, porque el relato se crea para ser leído de un tirón, pero no nos engañemos; un relato puede aburrir tanto o más que una larga novela. Y lo peor de todo es que tenemos menos oportunidades

de volver a enganchar a nuestro sufrido lector una vez que se ha desconectado.

Todos los relatos incluidos en este libro nacieron de esta mente convulsa. Pequeñas historias bastardas que piden, de algún modo, ser reconocidas por su progenitor. Ellas también temen ser abandonadas por ti a mitad de su lectura. Tú y yo sabemos que es lo peor que podría pasarnos a ambos.

Espero que eso no ocurra y que leas cada relato de este libro con ávido deseo de llegar al final, solo para comenzar con la misma impaciencia e interés el relato siguiente.

Si es así, tanto tú como yo quedaremos satisfechos.

Germán Vega
Arucas, 2022

LAS VOCES

Poco después de morir, Irene fue capaz de pensar con claridad por primera vez en mucho tiempo. No escuchó ninguna voz en su cabeza y la sensación fue tan extraña como placentera. Se sintió libre, y era ese otro sentimiento que la había abandonado hacía años. Observó detenidamente su propio cuerpo tendido sobre el suelo de cerámica de la habitación 105 del hospital. Estaba tumbada de lado junto a la cama. El camisón blanco que vestía se le había quedado enredado alrededor de la cintura, dejando a la vista una buena parte de las nalgas y sus largas y delgadas piernas. Se fijó en sus manos y en la extraña forma de los dedos: parecían agarrotados, vueltos hacia las palmas, como las garras de un águila. El cabello negro, grasiento y rizado, cubría parte de la cara dándole un aspecto fantasmagórico. Irene pensó que era una suerte haberse liberado de aquel cuerpo mustio y enfermo.

Le gustaba la sensación de flotar. No se atrevió a alejarse más arriba del techo de la habitación, pero estaba convencida de que, si de verdad lo intentaba, podría abandonar el edificio y continuar ascendiendo como un globo lleno de helio. Sin embargo, prefirió esperar. En parte porque, a pesar de todo, seguía sintiendo cierta preocupación por su cuerpo físico. También tenía curiosidad por saber qué haría el personal del hospital cuando la descubriera allí, de aquella guisa. La idea era algo divertida. Y, aunque ya no tenía boca con la que sonreír, imaginar la escena merecía una amplia sonrisa.

Como si sus pensamientos tuvieran la capacidad de generar acciones, una mujer entró en la habitación y se arrodilló ante ella. Irene la veía de espalda, aun así, la reconoció: era Amanda, una de las enfermeras del turno de mañana; de anchas caderas y un vozarrón poderoso que imponía mucho

respeto cuando le ordenaba tomarse las pastillas que le traía diariamente en un pequeño vaso de plástico.

La mujer gritó el nombre de alguien a la vez que giraba su cuerpo muerto y lo colocaba en posición decúbito supino. Decúbito supino era una expresión que había aprendido durante sus largas estancias en el hospital. Significaba «boca arriba», y a ella le había parecido siempre una estupidez que no lo dijeran de esa manera para que pudiera entenderlo todo el mundo. Los médicos no sabían expresarse con claridad. Se empeñaban en usar un lenguaje oscuro y complicado que les hiciera parecer importantes y eruditos, pero Irene sabía que no eran ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera eran capaces de comprender la verdadera naturaleza de aquellas voces dentro de su cabeza. Las voces podían ser un incordio, pero al menos sabían hacerse entender.

Pronto se unió un montón de gente a la enfermera gritona. Cogieron su cuerpo inerte y lo colocaron sobre la cama. No se entretuvieron en bajarle el camisón y podía ver su vello púbico desde arriba. Sintió un poco de pudor y deseó acercarse un momento a cubrir la zona, pero decidió que era mejor no moverse de su nuevo lugar privilegiado; al menos de momento.

Otra mujer entró en la habitación empujando un carrito en el que transportaba un aparato extraño. Su pudor volvió a resentirse cuando un hombre le desabotonó el camisón y dejó a la vista sus senos, que, si bien no lucían especialmente bonitos, alguna vez fueron redondos y hermosos.

Irene observaba la escena con curiosidad. Tuvo la imperiosa necesidad de advertirles. Quería que pararan. Deseaba que abandonaran la habitación y dejaran de manosear su cuerpo. Empezaba a sentirse incómoda. Nuevamente presa de sí misma. Toda aquella gente le impedía desconectarse de aquel cuerpo muerto y seguir ascendiendo. El miedo, viejo conocido, volvió para quedarse.

El aparato extraño del carrito resultó ser un desfibrilador. Había visto su funcionamiento en algunas películas y no le gustó la idea de que funcionara esta vez. Amanda colocó las palas en el pecho y, cuando su cuerpo se convulsionó ante la primera descarga, Irene no sintió nada. Solo miedo.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo flotando, porque el concepto de tiempo había cambiado para ella. Pero continuó un buen rato, observando la

escena de su propia muerte y los intentos de médicos y enfermeros por traerla de vuelta, antes de volver a escuchar las voces.

No podía creerlo. ¿Cómo era posible que estuvieran otra vez allí? Los médicos siempre intentaron convencerla de que aquellas voces no eran reales, que solo estaban en su cabeza. «Si están en mi cabeza, son reales, inútiles», pensaba ella cada vez que escuchaba una tontería similar. Y ocurrió otra vez: sus viejas amigas volvieron para contarle lo que pasaría si las maniobras de reanimación tenían éxito.

Aquellas malditas voces eran un coñazo, aunque Irene prefería escucharlas que atiborrarse con las pastillas de Amanda y babear todo el día como un bebé. Fingir que se las tomaba era relativamente sencillo. Convencer a los médicos de que lo hacía, un poco más complicado. Eran estúpidos en muchos aspectos, pero tremendamente listos en otros.

Las voces hablaron todas a la vez, atropellándose, como si les urgiera que les prestara atención. Era difícil concentrarse en aquella situación, que era nueva para ella. Al menos, no recordaba haber estado muerta antes.

—¿Sabes qué pasará si esa zorra de Amanda te hace regresar, Irene? —preguntó una de las voces.

—Volverás a entrar en tu cuerpo físico y a sentir el dolor y la confusión —aseguró otra arrastrando las palabras para que ella pudiera entender perfectamente la gravedad de lo que le decía.

Una tercera se escuchó por encima de las dos primeras:

—Y si eso ocurre, si esa puta te hace volver, tendrás que hacérselo pagar muy caro. ¿Entiendes?

Otra descarga del desfibrilador hizo que su espalda se arqueara, separándose unos centímetros de la cama. Irene temió que esta vez fuera suficiente para hacerla regresar, pero el monitor del carrito seguía mostrando una raya continua.

—Te obligará a volver. Amanda va a conseguirlo —advirtió una cuarta voz.

Con la tercera descarga, Irene se vio atraída nuevamente al interior de su cuerpo. La sensación de malestar y de impotencia se unió a un sentimiento de

odio infinito. Lo primero que vio al abrir los ojos fue la cara de Amanda. ¿Acaso tenía una sonrisa burlona de satisfacción? Las voces guardaron silencio. Irene cerró los ojos e hizo un gran esfuerzo por no llorar.

Unas semanas después de su muerte, Irene estaba sentada delante del doctor Arencibia, jefe del Servicio de Psiquiatría del hospital en el que había estado ingresada el último año. El médico mantenía el semblante serio y preocupado, y en su mirada había una mezcla de interés y compasión. Puso en marcha una grabadora después de explicarle que la conversación solo sería utilizada con fines terapéuticos. A Irene se la traían al pairo los fines. En este caso, le valían los medios. Los que ella había empleado habían resultado eficaces y estaba orgullosa de ello.

—¿Entiendes la gravedad de lo ocurrido, Irene? —le preguntó el médico desviando la vista hacia el informe abierto sobre la mesa.

—Sí —contestó ella con sinceridad.

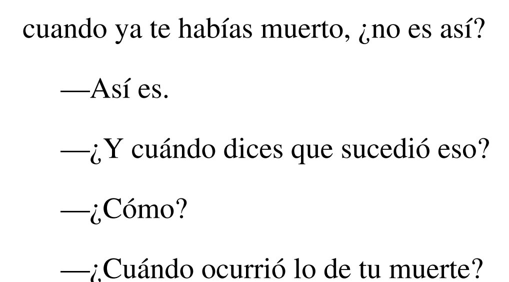
—¿Y puedes explicarme por qué has hecho una cosa así?

Irene se pellizcó el dedo índice de la mano izquierda con nerviosismo. No elevó la vista.

—Se lo merecía. No tenía derecho a traerme de vuelta. Yo ya me había muerto. Me sentía muy bien donde estaba. —Chascó la lengua como si intentara concentrase en lo que quería decir. Miró al doctor a los ojos y bajó un poco el tono, como quien quiere compartir algo confidencial—. Por otra parte, usted y yo sabemos que nunca le importé, como nunca le importó ningún otro paciente. De hecho, lo pasaba bien haciéndonos sufrir. Se reía de nuestra situación. Era un bicho malo y le hice pagar por lo que me hizo. Usted parece un buen hombre, doctor, pero Amanda era una hija de puta.

El doctor Arencibia esbozó un amago de sonrisa. A Irene le pareció ver tristeza en su mirada. Cuando volvió a hablar, pudo entender lo que decía. Arencibia no utilizaba términos técnicos como decúbito supino.

—Afirmas que te abalanzaste sobre la enfermera Amanda López y le golpeaste la cabeza contra la pared dos veces y luego contra el suelo otras dos hasta causarle la muerte porque la semana anterior te había traído de vuelta



cuando ya te habías muerto, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y cuándo dices que sucedió eso?

—¿Cómo?

—¿Cuándo ocurrió lo de tu muerte?

Irene se impacientó.

—Mire el informe. Tiene que estar apuntado por ahí. Supongo que no reavivan a pacientes todos los días en este hospital.

El doctor se ajustó las gafas al contorno de su cara. Se apoyó en el respaldo de su sillón de cuero y cruzó las manos encima de la mesa.

—Verás, Irene. Aunque te parezca extraño, tengo que comunicarte que nunca has tenido ningún episodio de infarto o algo parecido de lo que hayamos tenido que reanimarte. Quiero decir: no se te paró el corazón. ¿Entiendes lo que te digo?

Irene abrió mucho los ojos sorprendida y retrocedió arrastrando la silla.

—¡Eso no es posible! ¡Yo sé lo que vi! —se defendió desesperada.

—Estás enferma, Irene —dijo pausadamente el médico—. Aquí todos queremos ayudarte. Amanda también lo quería. Creíste ver algo que no es real. Te lo he explicado en otras ocasiones.

Irene entendía lo que el doctor trataba de decirle, pero aquello no era posible. Ella había muerto. Estaba casi segura. Había visto su cuerpo desde arriba y había escuchado a los médicos y enfermeros. Sin embargo, dudaba. Entrecerró los ojos y esperó oír alguna de las voces mientras escudriñaba el semblante del médico. Nada en su rostro la obligaba a desconfiar. Ninguna voz en su cabeza le dijo algo al respecto. Las dudas la asaltaron angustiándola: ¿y si solo había sido un sueño? ¿Y si las voces la habían confundido para obligarla a matar a la enfermera?

Cuando Irene volvió a su habitación nueva y acolchada, y de donde no podía salir sin permiso, se sentó en el suelo, se agarró las rodillas y hundió la cabeza en sus muslos.

Sentado en su despacho, el doctor Arencibia escribió una nota en su cuaderno:

«No se le debe comunicar a la paciente Irene Rodríguez que fue víctima de un infarto. Este hecho puede agravar su dolencia y hacer más difícil su recuperación. La versión oficial, en todo caso, deberá ser que las voces que le aconsejaron acabar con la vida de la enfermera Amanda López fueron fruto de su enfermedad y no de una experiencia cercana a la muerte».

Esa misma noche, las voces volvieron a hablarle a Irene. Lo hicieron con calma, repitiendo el mismo mensaje una y otra vez:

—El doctor Arencibia te ha engañado. Él también merece morir. ¡Ocúpate!

NOCHES DE FERIA

Caía la noche. Un hombre permanecía de pie entre las carpas de la feria del libro con una novela entre las manos. Parecía asustado y cohibido, como un viajero que llega por primera vez a la ciudad y baja aturdido en una solitaria estación de tren sin saber muy bien a dónde dirigirse después. El hombre sabía que había un vigilante y no quería ser sorprendido. Acababa de verlo: era un tipo bajo y rechoncho, y no creía que fuera capaz de alcanzarlo si lo descubría y lo obligaba a salir corriendo, pero preferiría no tener que hacerlo. Solo quería disfrutar de ese momento. Nunca se había sentido tan libre, tan visceralmente vivo. Al mismo tiempo, nunca había tenido tanto miedo de que alguien reparara en su presencia. Paradojas de la vida, el mismo hombre que temía ser el centro de atención esa noche había crecido sintiéndose desesperadamente solo.

Lo llamaron Vicente. ¿No parece un nombre vulgar? Él mismo reconocía que nunca había sido de su agrado. En cuanto fue consciente de que ese era su nombre real, se llevó un buen disgusto. Pero, por desgracia, el nombre no es algo que eliges. Te viene impuesto, como el resto de las cosas: la familia en la que naces, tu aspecto físico condicionado por la genética de tus progenitores, tu personalidad, con cosas de papá y cosas de mamá… Alguien escribió en alguna parte que, en realidad, todo está dispuesto por la voluntad del creador y fue esa la primera vez que oyó hablar de él. Alguien misterioso y desconocido que movía los hilos desde un nivel superior. Un ente al que no podía ver, pero cuya esencia estaba impresa de algún modo en cada uno de nosotros. El creador nos quería a todos por igual. ¿Cómo no iba a hacerlo? Éramos obra suya y él estaba orgulloso de sus creaciones. Eso fue lo que le contaron. Y se

suponía que era eso lo que estaba implícito en aquel libro que tenía entre las manos. Reparó en el ejemplar por primera vez y se maravilló al leer el título impreso en la portada. Desde su nueva posición se veía muy distinto.

Poseer un nombre vulgar no era su único castigo. Su apariencia era tosca, fea. Su reflejo en el espejo le devolvía siempre una imagen contrahecha, asimétrica, desagradable a la vista: las piernas demasiado largas y delgadas, el torso corto y ligeramente encorvado, la cabeza grande, el pelo ralo que le caía sobre la frente, los ojos antiestéticamente separados y la nariz angulosa y torcida hacia la izquierda. Su boca parecía haber sido hecha con un tajo de cuchillo sobre la carne mustia. Sus dientes amarillentos agradecían no tener muchas razones para asomarse al mundo con una sonrisa, y sus brazos, terminados en unas grandes manos, le colgaban a lo largo del cuerpo hasta casi las rodillas, como si ese creador del que le habían hablado lo hubiera construido con las partes más feas de personas diferentes. Sí, todo aquello que odiaba estaba implícito en ese libro y al parecer, también la razón de su horrible apariencia.

No tenía hermanos. Sus padres fueron su única familia. Su madre nunca tuvo mucho tiempo para algo más que no fuera vaciar la botella de ginebra. Bebía a todas horas y, tras la muerte de su padre, se prostituía para poder pagar la bebida y la poca comida que entraba en casa. Eso lo supo después. De niño la veía llegar con un hombre distinto cada noche. A veces incluso con dos. Todos le sonreían como si lo conocieran de toda la vida y mamá los abrazaba como había abrazado a su propio padre en alguna ocasión. Vicente ya no recordaba cuándo había sido la última vez.

El padre de Vicente era camionero. Trabajaba muy duro y pasaba largas temporadas en la carretera. Una noche regresó inesperadamente y encontró a mamá dormida en su cuarto junto a otro hombre, uno de aquellos extraños que olían a sudor y alcohol. Ambos estaban despatarrados sobre la cama, indecorosamente desnudos. Papá no dijo nada. Se dio la vuelta y sorprendió a Vicente allí, de pie, en la puerta de su cuarto, observándolo con los ojos como platos, muerto de miedo y de vergüenza ajena. El chico pensó que papá se enfadaría mucho. Temió que comenzara a gritar y a insultar a mamá. A lo peor, que se volviera loco y le hiciera daño. A pesar de no sentirse querido, el chico amaba a su madre. Pero, en vez de hacer algo de eso, su padre

simplemente se acercó y le dio un beso en la frente. Le dijo que lo quería y abandonó la casa.

Mamá ni se enteró. Al día siguiente la vio abrir la puerta de la calle en bata, con una mano en la frente con la que intentaba paliar el terrible dolor que padecía, fruto de sus excesos con el alcohol. Maldijo en voz alta pidiendo un poco de paciencia a quien quiera que fuera que estaba aporreando la madera por el otro lado. Después la observó confusa, mientras intentaba asimilar lo que un policía de uniforme trataba de explicarle, y que él había entendido a la primera: su padre había tenido un desgraciado accidente con el camión la noche anterior. Inexplicablemente, se había despeñado por un barranco y había fallecido. No había huellas de frenado en la calzada. —Probablemente se quedó dormido al volante —dijo el policía—. Lo siento mucho —añadió—. El Señor ha tenido compasión con los otros conductores, porque podía haber invadido el sentido contrario y…

Vicente escuchaba parapetado detrás de la esperpéntica figura de su madre. El gesto y las palabras de su padre la noche anterior volvieron a su mente y el niño entendió que su padre se había quitado la vida. Supuso que el creador, o el Señor, como le había llamado aquel policía, también tenía algo que ver con eso y su incomprensión alimentó el incipiente odio que sentía hacia él.

Vicente, el niño feo que creció solo, se convirtió en un hombre que trabajaba en una pequeña librería y era aficionado a escribir novelas de terror. La librería casi siempre estaba vacía. El dueño se dejaba caer de vez en cuando, pero nunca hablaba y cuando lo hacía era solo para quejarse y amenazarlo con que cualquier día tendría que cerrar. El dueño también escribía, pero al parecer, le iba mejor que al pobre Vicente, que creía que lo amenazaba para evitar que protestara por la miseria que le pagaba.

Fue a través de los libros como aprendió a pensar por sí mismo. Pero los libros no lo ayudaron a entender por qué ese creador del que todo el mundo hablaba repartía los dones con tanta desigualdad. Sentía curiosidad por ese enorme poder del ente superior que controlaba los hilos y al que odiaba profundamente. Si pudiera, le preguntaría la razón que lo había llevado a cebarse con él, a convertirlo en un ser solitario y triste. Y fue allí, entre libros, donde Vicente descubrió la manera de calmar el odio que sentía por el creador. Dar vida a esas escenas de terror en la trastienda era una buena forma

de aliviar su dolor.

A Vicente le gustaban los días en los que se celebraba la feria del libro. El lugar del evento se convertía en un espacio hermoso, lleno de gente buscando historias en las que sumergirse. Desde su posición, se preguntaba si había alguien a quien le gustaría conocer una historia como la suya. No lo creía. Cuando pensaba en ello, su mundo se tornaba gris y tenía que apartar esos pensamientos de su cabeza. No había trastienda en aquel lugar, así que su dolor se mantenía muy vivo en esos momentos.

Durante el día, la feria era un lugar luminoso, invadido por las risas de los niños y las conversaciones de los adultos; lleno de contrastes, de autores hablando de sus novelas y firmando ejemplares, de lectores haciendo largas colas para llevarse un libro firmado por su escritor favorito y disparando fotos con sus móviles, de libreros sudorosos y cansados rellenando estantes con nuevos ejemplares, ordenando cajas y vendiendo libros, de gente tomando aperitivos y cafés en los improvisados chiringuitos. La feria era un lugar de encuentro en el que estaba permitido mezclarse con cualquiera, donde desaparecían los géneros literarios, los sellos editoriales. Donde las diferencias entre los escritores grandes y pequeños se difuminaban, a pesar de que uno siempre sabía cuándo rondaba alguien famoso por la carpa central. Pero ¿acaso famoso es sinónimo de buen escritor? Vicente lo dudaba.

Aprendió a amar los libros a través de su trabajo. El creador le había dado el poder de vivir dentro de su propia historia creando otras historias, como esa imagen del espejo que refleja la misma imagen dentro de otro espejo. Esa era su realidad.

Por la noche, la feria se sumergía en un profundo silencio. La primera noche sorprendió a Vicente de pie en medio de la plaza, con todos los *stands* a su alrededor, como si lo observaran con curiosidad. No sabría decir cómo había llegado hasta allí y por qué todo le parecía tan raro. Decidió ocultarse entre las carpas esperando que algo sucediera y entonces supuso, con temor, que un vigilante haría su ronda nocturna para comprobar que no quedara nadie en el interior del recinto. Fue en ese mismo instante cuando lo vio. Al principio, Vicente lo observó dando vueltas entre los *stands*, levantando alguna de las lonas para mirar debajo buscando no sé qué, tal vez asegurándose de que nadie se escondía en el interior. Quién sabe; los jóvenes

buscan cualquier hueco donde pasar desapercibidos para tener un poco de sexo. Pronto se cansó y se sentó en uno de los bancos del parque, a salvo de miradas indiscretas que pudieran delatar su falta de profesionalidad. Vicente no lo juzgó por eso. Se dijo que, seguramente, al vigilante también le pagaban una miseria por su trabajo. Al fin y al cabo, ¿quién vigila al vigilante? Si decidía echar una cabezada, no iba a ser él quien se lo impidiera. Además, eso le dejaba vía libre para recorrer la feria con total impunidad. ¿Impunidad? ¿Habría usado esa palabra un escritor de verdad? Puede que sí. Uno que conociera su historia, desde luego. Él mismo, como escritor aficionado, podía hablar de impunidad en las historias que creaba en la trastienda. Las historias dentro de la historia.

La segunda noche ocurrió lo mismo y Vicente paseó en medio de un respetuoso silencio por el centro de la zona vallada. Necesitaba experimentar aquella sensación de libertad que solo se le permitía en la oscuridad, cuando el sol daba paso a la tímida penumbra solo iluminada por las luces de las farolas de la calle.

La tercera noche se atrevió a acercarse al vigilante que, sentado en uno de los bancos, roncaba rítmicamente con la cabeza apoyada sobre el pecho. Vicente tomó asiento a su lado, miró al cielo y suspiró. Lamentaba que la noche transcurriera deprisa y el amanecer lo despojara de su derecho a sentirse vivo y lo devolviera a su mísera vida sin esperanza. En ese momento echó de menos su trastienda. Se aguantó las ganas.

Al amanecer del cuarto día, Vicente no abandonó la feria. No pudo impedir que los primeros rayos de sol lo sorprendieran acostado sobre el césped, debajo de una palmera. Ni rastro del vigilante. Se sentó y se miró las manos asombrado, como si las viera a la luz del día por primera vez. La gente empezaba a llenar el recinto y se obligó a levantarse. Un joven le ofreció el tríptico que anunciaba los eventos más importantes de la feria acompañado de una sincera sonrisa.

—¡Diviértase! —le dijo.

Vicente agradeció más el gesto que el papel de colores con nombres, fotos y fechas. Bajó la vista y su mirada se dio de bruces con el anuncio en la hoja central del folleto: «Presentación de la novela *Letras de sangre*, de Marcelo

Santos». Acercó el papel a su cara para observar con detenimiento el rostro del escritor, pero la imagen tenía muy poca definición. Vicente memorizó la hora de la presentación: las siete de la tarde. Tenía tiempo más que suficiente hasta esa hora. Se sentó en uno de los bancos y observó con atención el trasiego de la gente. A pesar de que el bullicio se hacía cada vez mayor, Vicente solo escuchaba el sonido de las hojas de un libro al ser pasadas. Al cabo de un rato, volvió a perder la noción del tiempo.

A las seis y media de aquella tarde, el escritor Marcelo Santos se dio una ducha en la habitación del hotel en el que se hospedaba. Había acudido a aquella pequeña localidad situada donde san Pedro perdió la última de sus sandalias con la misma mala gana que a las anteriores. Su editora, una joven y ambiciosa empresaria con cara de niña buena que parecía disfrutar exprimiendo hasta el último soplo de energía que le quedaba al autor, lo presionaba para que asistiera a todos los eventos que ella consideraba importantes para promocionar su última novela. Marcelo siempre estuvo tentado de gritarle a la cara que se sentía como la gallina de los huevos de oro y que estaba harto de que lo tratara como una pieza más en el engranaje de su maquiavélica máquina de hacer dinero. Quería tomarse un respiro y creía que era justamente eso lo que merecía. *Letras de sangre* había batido récord de ventas y no hacía falta que estuvieran recorriendo toda la geografía de aquel bendito país para promocionar un producto que se vendía solo. Él se consideraba uno de los mejores. ¿A qué venía aquella obsesión por obligarlo a codearse con aprendices y aficionados en esas ferias de tres al cuarto que le causaban una insana repulsión? Por supuesto, no era capaz de repetir nada de eso en voz alta y accedía a los deseos de su editora por más que le pesara tener que perder el tiempo en aquellos sitios.

Odiaba las ferias, odiaba a los libreros y odiaba a los editores. Lo consideraba todo un entramado hecho a propósito para sacar hasta el último euro del talento y el esfuerzo de los escritores. Panda de sanguijuelas y vampiros ávidos de sangre fresca. También odiaba a los críticos literarios, que no hacían más que joder la marrana con sus engorrosos y pedantes comentarios que no decían nada. Cuando el viento soplaba a favor, eran unos lameculos que se sumaban al carro de la abundancia, pero cuando se

percataban de una silueta que caía en el infortunio del fracaso editorial, no dudaban en abalanzarse sobre ella y picotear la herida hasta hacerla cada vez más honda. Siempre extraían demasiadas conclusiones de textos que no necesitaban de tantas palabras para ser resumidos, intentando explicar los motivos y las intenciones de los autores, como si los escritores necesitaran tener algún motivo o intención para escribir. Para Marcelo solo eran fracasados que satisfacían su propio ego escribiendo basura sobre algo que no entendían. Y, por último, odiaba a los lectores. La mayoría se quedaba en la superficie. No eran capaces de llegar al corazón de la historia. «No puedo parar de leer», decían algunos. Y Marcelo se mordía la lengua para no decirles que era eso justamente lo que debían hacer: parar, detenerse, entrar hasta el corazón mismo de la novela y empaparse allí de su esencia. Saborear su obra, captar los matices, la cadencia, el ritmo, las figuras literarias que calculadamente él colocaba de manera estratégica en el texto; gozar de los sentimientos, de las escenas, de las vidas que con tanto afán había creado para que fueran exprimidas. Entender el contexto y, al final, cerrar el libro y no poder dejar de pensar en lo que habían leído. Ni uno solo tenía esa capacidad. Nadie era capaz de explicar correctamente qué había querido transmitir él en sus obras y, obviamente, no era culpa suya, sino de la mediocridad de aquella legión de lectores que tanto apreciaba su joven editora. Pero, por suerte o por desgracia, a todo el mundo le encantaba su obra. Una mierda frustrante, la verdad.

Se vistió despacio con ropa cómoda pero no muy informal. Un pantalón vaquero, una camisa blanca de manga larga y cuello mao y un cinto marrón a juego con los zapatos. Se perfumó ligeramente y bajó al *hall* del hotel. Dejó la llave en la recepción y salió a la calle. No tardó mucho en coger un taxi y darle las indicaciones oportunas para que lo acercara al recinto ferial. El taxista se empeñaba en mantener una agradable conversación, pero Marcelo no se lo puso fácil. Cuando el conductor se dio por vencido y dejó de hablar, él se sumió en sus pensamientos con la mirada perdida en el mar, más allá de la carretera.

Había mucha gente y mucha expectación a su llegada. Su editora lo recibió en la entrada de la carpa en la que tendría lugar la presentación de la novela y le dedicó una sonrisa amable que a Marcelo se le antojó peligrosamente hermosa. «Ten cuidado, se dijo, no vendas tu alma tan pronto».

Presentar *Letras de sangre* le resultaba aburrido y decepcionante. No le apetecía explicar los supuestos motivos que lo habían llevado a escribir la novela. Tampoco responder a las típicas preguntas sin una pizca de originalidad: Marcelo, ¿cómo creas los personajes? ¿te consideras escritor de brújula o de mapa? ¿Por qué escribes ese tipo de historias? Siempre las mismas chorradas. Aun así, ya se había acostumbrado a pasar el trámite. Lo peor venía después: tener que aguantar un par de horas el desfile de insaciables lectores que ansiaban que les firmara sus ejemplares, hacerse una foto con él y contarle cosas que ni le interesaban ni le apetecía escuchar. Y así fue. Los despachó uno tras otro con una sonrisa hipócrita dibujada en su boca de labios finos, casi inexistentes.

Caía la noche. Cuando Marcelo vio marcharse al último lector tedioso, estiró las piernas y dejó su estilográfica sobre la mesa. Su editora se acercó y le dio la enhorabuena elevando el pulgar. Marcelo contestó con un ligero gesto de cabeza.

—Nos vemos en el hotel —le dijo ella con complicidad—. Nos merecemos una buena cena y un brindis. Ha ido genial.

—Claro —contestó Marcelo disimulando como pudo su hastío.

En el exterior, los libreros recogían los *stands* y cerraban las carpas. Sus caras reflejaban el cansancio del día. Marcelo pensó que algunos habrían tenido una buena jornada contabilizando muchas ventas, mientras que otros estarían pensando que no había valido la pena aventurarse en aquella empresa. Unos nacían con estrella y otros estrellados, ¿no? Eso decían.

—Vamos a cerrar —advirtió uno de los voluntarios desde la entrada—. Tengo que apagar la luz.

—Sí, no te preocupes —contestó el escritor—. Enseguida salgo.

El chico no respondió. Apagó las luces y él se quedó sentado en la silla con la mirada perdida sobre la mesa. No sabría decir cuánto tiempo pasó hasta que un ejemplar de *Letras de sangre* cayó sobre ella y lo sobresaltó. Elevó la vista y vio al hombre que lo había dejado caer: era alto, feo y delgado, y lo miraba desde arriba sonriente.

—Lo siento, amigo —dijo Marcelo sin disimular su desagrado por la

presencia del extraño—. El tiempo de firmar se ha acabado.

—¿En serio? —preguntó el hombre retóricamente—. Yo creo que aún te quedan fuerzas para una última. A fin de cuentas, escribir es lo tuyo, ¿no?

En un primer momento, Marcelo pensó que lo mejor sería llamar a alguno de los voluntarios, al responsable de la feria o al vigilante de seguridad para que le quitaran de encima a aquel pesado, pero había algo en él que lo atraía, que le resultaba extrañamente familiar. El visitante pareció darse cuenta y sonrió.

—¿De veras no sabes quién soy?

Un frío repentino se instaló en la nuca del escritor y le advirtió de un peligro inminente que aún no identificaba.

—¿Debería saberlo? —preguntó para ganar tiempo.

El hombre volvió a sonreír con unos labios tan finos como los suyos. Puso la mano sobre la novela y la desplazó unos centímetros por encima de la mesa en dirección a Marcelo. Él retrocedió un poco impulsivamente, como si en vez de un libro, le hubieran acercado una serpiente venenosa.

—¡Vamos!, no seas tímido —lo animó el extraño—. Solo es una firma. Después me marcharé por donde he venido.

Marcelo sopesó las opciones: podía negarse, levantarse y salir de la carpa al exterior donde cada vez quedaba menos gente y menos luz. También podía firmar el ejemplar y librarse de aquel tipo sin hacer más ruido del necesario. El hombre pareció adivinar sus pensamientos. Miró hacia fuera un segundo y volvió a clavar sus ojos vidriosos en él.

—Ya no queda casi nadie. La gente está cansada. Se irán a sus casas y no volverán hasta mañana. Créeme. Llevo cuatro noches dando vueltas por este lugar y te aseguro que, en cuanto se va el sol, esto se convierte en un vivero de fantasmas. —Hizo un silencio teatral y mostró una línea de dientes amarillos antes de preguntar—: ¿Firmas?

Marcelo se dijo a sí mismo que aquel hombre se expresaba como uno de los personajes de su novela. Había frikis así. Personas que imitaban a sus personajes favoritos, como si hacerlo los convirtiera de algún modo en aquello que admiraban. Manada de pirados. Decidió acabar de una vez. Abrió el libro

y buscó la página en la que aparecía el título. No le gustaba firmar en la primera página en blanco, lo consideraba un detalle de mal gusto. Levantó la vista para dirigirse al extraño.

—¿Para quién lo dedico?

—Puedes poner: «Para Vicente», y lo que se te ocurra. Tú eres el escritor, ¿no?

Mientras escribía esas dos palabras con su estilográfica comenzó a sospechar de qué iba la cosa: Vicente era el personaje central de *Letras de sangre*. Un escritor aficionado que había tenido una dura infancia y que trabajaba en una librería. Así que se trataba de eso. Echó otro vistazo al individuo en el momento de tenderle el libro firmado. Cayó en la cuenta de que el majadero era clavado a su personaje. ¿Cómo era posible? Tal vez se había visto reflejado en la novela y de ahí su interés. Pero ¿Vicente? ¿En serio? ¿Tenía incluso su mismo nombre o trataba de confundirlo con aquella argucia? El hombre no cogió el libro y Marcelo volvió a dejarlo sobre la mesa.

—Sé exactamente qué estás pensando —dijo Vicente rompiendo el silencio que se había creado entre ellos—. No crees que sea yo realmente, ¿no es así?

—¿Que sea usted quién? —preguntó Marcelo para ganar tiempo, aunque sabía exactamente a qué se refería el extraño.

Vicente no contestó enseguida; acercó una silla y se sentó frente al escritor. Marcelo pudo apreciar los rasgos de su rostro más de cerca. Era idéntico al personaje que había creado en su novela. Comenzó a preocuparse.

—Ciertamente, es bastante extraño. Al principio, yo también me sorprendí —explicó con un tono cordial, casi confidencial—. De repente, había salido de esa novela en la que me metiste y paseaba por la feria en completa libertad. ¡Oh! Es una sensación muy agradable. ¡Ya lo creo!

—¡Estás mal de la cabeza! Tú… —balbuceó Marcelo tuteándolo por primera vez y sin atreverse a terminar de decir lo que se le pasaba por la cabeza.

Vicente lo ignoró y siguió con su monólogo.

—Las primeras noches no me atreví a quedarme fuera cuando amanecía. ¿Has leído esas historias de vampiros? Te parecerá una tontería, pero temía desintegrarme si me alcanzaba la luz del sol, y era tan hermoso sentirse vivo y libre durante la noche... Sin embargo, el amanecer del cuarto día me sorprendió dormido a plena luz. ¿Qué te parece? Y no me pasó absolutamente nada. Eso me animó muchísimo. Tal vez era posible liberarme para siempre. Y después, casualidades de la vida, un joven me entrega un tríptico con la presentación de esa novela. Mi hogar, mi vida. Y por fin conozco al creador, al responsable de todos los sucesos de mi existencia. Todo un honor para mí.

A esas alturas, Marcelo no estaba seguro de nada, pero, si le dieran a jurar, diría que aquel encuentro era de todo para Vicente menos un honor. Estaba fascinado por su discurso. Una parte de su mente le gritó que debía estar volviéndose loco si de veras creía que uno de los personajes de su novela estaba sentado frente a él contándole aquella extraña historia. Con todo, sin poder evitarlo, su inquietud se convirtió en miedo.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó con voz queda, con la esperanza aún de que el extraño confesara que se trataba de una broma.

La respuesta de Vicente no satisfizo ese deseo.

—Buena pregunta, Marcelo. Muy buena. Dime una cosa: si pudieras hablar con Dios, ¿qué querrías saber? —Ante el silencio del escritor, Vicente le echó un capote—: Una explicación, ¿no es así? Todos queremos una jodida explicación del creador. ¿Por qué me hiciste de este modo? ¿Por qué decidiste que me pasara esto o esto otro? ¿Por qué no me trataste bien? ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿¡por qué!?

Vicente comenzó a reír como un demente, siseando y mostrando nuevamente sus dientes que se oscurecieron, como si se estuvieran pudriendo a medida que reía. El sonido de su risa sonaba como el papel de lija sobre la madera seca. Marcelo intentó levantarse de la silla, pero su interlocutor actuó con rapidez. Lo agarró por encima de la mesa con sus enormes manos y lo obligó a sentarse otra vez. Marcelo lo miró con el terror grabado en el rostro.

—No tengas tanta prisa —le dijo con seriedad—. Solo quiero que me expliques algunas cosas. Que digas la verdad, no toda esa sarta de disparates que has soltado antes en la presentación. Dime, ¿por qué preparaste para mí

una madre alcohólica, neurótica y descarriada? —Marcelo guardó silencio durante unos segundos, pero Vicente perdió los nervios por segunda vez aquella noche—. ¿Por qué? ¡Contesta!

Su grito resonó en la carpa y el escritor se preguntó dónde diablos andaría el vigilante. Miró a Vicente a los ojos y se sorprendió al verlos inyectados en sangre. Decidió responder con la verdad:

—Describí a mi propia madre. Era una mujer alcohólica que ni siquiera se quería a sí misma. Yo sufrí de pequeño lo que tú sufriste —dijo casi en susurros.

—¿En serio? ¿Y no te bastaba con haberlo sufrido tú, hijo de puta? ¿Tuviste que hacerme pasar a mí por lo mismo? ¿Y qué hay de esta apariencia de mierda? —quiso saber mientras hacía un gesto con la mano de arriba abajo para abarcar su deforme anatomía—. Ya sé que tú no eres precisamente un adonis, pero ¡joder! ¿Por qué me hiciste tan feo? ¿Puedes explicarme eso?

Aquella conversación le estaba volviendo loco. Marcelo tomó aire. La pregunta de Vicente era realmente inteligente, no como las que le hacían los lectores y críticos literarios o las que le formulaban los periodistas en las numerosas entrevistas a las que tenía que asistir obligado por su editora.

—Es una metáfora.

—¿Una metáfora? —preguntó el personaje confundido por primera vez esa noche.

Marcelo le explicó lo que quería decir, convencido ya de que hablaba con el personaje de su novela hecho carne.

—Tienes el aspecto que veo cuando me miro al espejo. Eres el reflejo de mi yo interior.

—¡No me jodas!

—Lo siento —se disculpó el escritor con un hilo de voz.

—¿Lo sientes? ¿Eres el jodido creador y lo sientes? ¿No pudiste haber creado algo hermoso? Me creaste desgraciado, me hiciste sufrir, me encerraste en esa novela de mierda en la que solo me dabas motivos para odiar al mundo ¿y solo se te ocurre decir que lo sientes? No, querido amigo. No basta con

sentirlo. Hay algo que se te escapa, y yo he venido a recordártelo. Todo lo ocurrido en la trastienda de esa librería. ¿Cómo podrías explicar eso? Tienes una cuenta pendiente. Lo sabes, ¿verdad?

Marcelo lo miró como un becerro miraría al matarife que va a acabar con su vida. En la comisura de sus ojos nacieron algunas lágrimas. Él las dejó correr sin resistencia. Vicente cogió la estilográfica y volvió a abrir el libro. Buscó la página que el escritor había usado para garabatear su nombre. Debajo escribió con una letra idéntica a la de Marcelo: «Lo siento mucho. No supe hacerlo de otro modo».

—Ahora está mucho mejor —dijo casi para sí mismo con una sonrisa de satisfacción, y antes de que el escritor se diera cuenta, elevó la estilográfica por encima de su cabeza y se la hundió con fuerza en la yugular. La sangre inundó rápidamente su camisa blanca de cuello mao.

—No te preocupes —intentó calmarlo el personaje mientras Marcelo se llevaba una mano al cuello—. No sufrirás en exceso. Recuerda que tú me enseñaste a hacer este tipo de cosas.

El escritor se aferró a la estilográfica entre estertores, pero no intentó arrancársela. Si alguien observara la escena en ese mismo momento, diría que intentaba clavarla más aún. Vicente lo vio desplomarse como un fardo. Esperó unos segundos hasta que el cuerpo quedó inerte. Solo entonces se levantó, cerró el libro y desapareció en la oscuridad de la noche dejando el ejemplar sobre la mesa.

A la mañana siguiente, el vigilante halló el cuerpo sin vida de Marcelo Santos en la carpa de firmas de la feria. El informe forense dictaminó que se había suicidado. Mucha gente lloró su pérdida: los libreros, desde luego, aunque sabían que seguirían haciendo negocio con Marcelo engrosando la lista de autores famosos fallecidos; su editora, por supuesto, que había perdido para siempre a la gallina de los huevos de oro; y, cómo no, los lectores fieles a los que el escritor tanto odiaba.

Un año después, una noticia en la prensa local sorprendió a propios y extraños:

Hallan restos humanos en la trastienda de una librería.

Al parecer, los huesos pertenecen a numerosas personas

que podrían llevar décadas muertas.

Una vieja librería del centro de la ciudad, que estaba siendo demolida para construir en el solar un bloque de viviendas, se ha convertido en el foco de atención de los medios de comunicación tras el macabro hallazgo de restos humanos en un sótano oculto en la trastienda.

Se da la circunstancia de que la librería fue regentada durante más de diez años por el famoso escritor Marcelo Santos, hallado muerto en extrañas circunstancias en la feria del libro del pasado año, y cuyo fallecimiento fue atribuido a un suicidio.

Teniendo en cuenta el argumento de su última novela, Letras de sangre*, y el modo tan horrible en el que perdió la vida, la policía no descarta que el escritor estuviera directamente implicado en las muertes de las personas cuyos huesos se han hallado en la mañana de hoy, y que Vicente, el protagonista de la novela —un psicópata asesino que enterraba los cadáveres de sus crímenes en la trastienda de una librería— fuera, en realidad, una imagen autobiográfica de Santos, que terminó quitándose la vida.*

El portavoz de la policía ha declarado que la investigación continúa abierta y no se descarta ninguna hipótesis.

Cada noche, durante la feria, las carpas se cierran para el gran público. La gente abandona el lugar y todo se sume en el silencio. Pero lo que nadie imagina es que, en ese mismo instante, justo cuando parece que la quietud terminará tragándoselo todo, los libros se abren y algunos personajes abandonan las páginas de sus novelas para pasear entre los *stands* como muertos vivientes. Sombras atormentadas que buscan a su creador para ajustar las cuentas.

LA INTERVENCIÓN

Saulo se removió incómodo en una de las sillas de la sala de espera del hospital. Miraba a derecha e izquierda como si intuyera un peligro inminente y se aferraba al asiento de plástico con tanta fuerza que estaba a punto de perder la sensibilidad en los dedos.

Lo habían citado a las nueve y media de la mañana y ya eran cerca de las diez. La tensa espera había agravado su estado de nerviosismo y había avivado, como un buen combustible el fuego de una hoguera, su ya de por sí descontrolada imaginación.

Si su mujer estuviera a su lado en ese momento trataría de tranquilizarlo. Lo miraría con su sonrisa dulzona e intentaría restarle importancia al hecho de que estaban a punto de practicarle una vasectomía bilateral.

«Recuerda lo que te han comentado la mayoría de los conocidos a los que le han hecho la misma intervención, le diría disfrazando sutilmente la palabra operación que sabía que a él le daba yuyu. En veinte minutos estarás listo y ni te habrás enterado».

Saulo recordaba esos testimonios, en efecto, pero su recuerdo lo llevó a otro más reciente y mucho más creíble: la conversación con su amigo Julián.

Hasta entonces, todas las experiencias que le habían contado eran positivas, del tipo: «Es como ir al dentista; al final no es para tanto». Sin embargo, su amigo Julián, un amigo como Dios manda, de los que te cuentan la verdad sin ambages, le narró con pelos y señales el calvario al que estaba a punto de enfrentarse:

—Es desagradable —le había dicho sentado junto a él en la barra del bar,

mirando distraídamente la botella de cerveza semivacía—. Desagradable y doloroso como su puta madre.

Saulo había tragado saliva al escuchar el comentario.

—No me jodas, tío. Ya será menos.

Julián no contestó enseguida. Tomó un gran trago y lo miró divertido con los ojos vidriosos. Saulo creyó que rompería a reír y le diría que no, que era broma y que debía relajarse. De hecho, esbozó media sonrisa esperando escuchar eso en boca de su amigo. Sin embargo, Julián sentenció sin sonreír ni un ápice.

—Dolorosa, joder. —Y volvió la vista a la botella.

Un quejido agudo apenas audible se escapó de la garganta de Saulo, que miraba a Julián con ojos de cordero degollado. Este pareció ignorarlo e hizo una señal al camarero para que sirviera otra ronda antes de apurar su bebida. Encaró a su amigo y continuó:

—Mira, que el tío te pinche los huevos molesta un poco, para qué te voy a engañar, pero eso no es nada comparado con lo que viene después.

—Pero…

Saulo se obligó a guardar silencio y esperó a que el camarero sirviera las cervezas y se llevara los cascos vacíos. «Cascos vacíos, pensó con amargura al contemplar las botellas, así se sentirán mis pobres pelotas cuando todo esto acabe». Cuando el tipo de la barra siguió a sus asuntos, Saulo continuó casi siseando, sin separar los dientes, apretados en una mueca de contrariedad.

—¿Cómo va a dolerte si se supone que te anestesian?

Julián lo miró como el veterano de guerra miraría a un recluta recién llegado al frente.

—Es muy sencillo, tío. Lo que tiene que cortar el Carnicero de Las Palmas…

—¿Quién? —preguntó Saulo elevando el tono de voz más de lo aconsejable, lo que atrajo la mirada del resto de los clientes que a aquella hora de la tarde llenaban el bar.

—El doctor Ruiz, ¿no? Es ese el que te ha tocado, como a todo el mundo

—aclaró Julián con una sonrisita maliciosa—. Le ha cortado los huevos a la mitad de los tíos de la ciudad. Muy popular. Bueno, como te decía, lo que tiene que cortar ese fulano es el conducto seminal de cada testículo, ¿entiendes?

—Sí, eso ya me lo han explicado.

—Ya, ya. Lo que no te han dicho es que el puto conducto sube por aquí —le informó Julián mientras señalaba la zona del pubis por debajo del ombligo —. Y ahí no llega la anestesia, mi rey. El Carnicero debe tirar para tener suficiente conducto a mano y poder cortar —siguió explicando al tiempo que simulaba el gesto de cortar con los dedos índice y corazón de la mano derecha como si él mismo estuviera realizando la operación—. Y cuando tira…

Julián hizo un silencio teatral intencionado y la cara de Saulo se contrajo en una mueca de dolor imaginario. Se vio obligado a recurrir a un trago de cerveza que le ayudara a pasar aquel otro trago menos apetecible. Julián lo imitó y dejó luego la botella sobre la barra para añadir:

—Puedes conocer exactamente la intensidad del dolor.

—¿Cómo? —quiso saber, aunque se arrepintió al instante de su propia curiosidad.

—Presionándote un huevo con los dedos índice y pulgar lo más fuerte que puedas —sentenció su amigo con indiferencia encogiéndose de hombros—. Es así, más o menos.

Ese era el recuerdo que bullía en la mente de Saulo —y no los comentarios positivos del resto de los conocidos— en el momento en el que una enfermera se asomó a la sala de espera y lo llamó por su nombre.

Se levantó con un respingo y se quedó muy quieto, como un conejo en medio de la carretera deslumbrado por los faros de un coche. La enfermera, una joven con cara de haber dormido fatal la noche anterior, le indicó que la siguiera hasta el ascensor. Descendieron un par de plantas en un silencio sepulcral hasta lo que a Saulo le pareció que eran las catacumbas del aquel tétrico y viejo edificio situado en el casco antiguo de la capital. Salieron del ascensor y recorrieron un lúgubre pasillo alicatado hasta media altura con una cerámica amarillenta.

«No me extrañaría que de las juntas de estos viejos azulejos comenzara a rezumar sangre en cualquier momento», pensó el pobre Saulo dando rienda suelta a su imaginación. Se obligó a dejar de pensar en ello y desvió la vista al suelo, aunque la visión de lo que pisaba no era mucho más agradable. Las losas de mármol estaban llenas de motas grises que simulaban, a su entender, perfectas reproducciones de *El grito*, de Munch.

Entraron en una sala en la que se disponían varias puertas. La enfermera abrió una de ellas y dejó a la vista un minúsculo habitáculo tan pequeño como el probador de una tienda de ropa en la que encontró una bata de papel azul sobre un banco de madera.

—Quítate todo lo que llevas puesto, incluidos anillo y colgante, si tienes. Te colocas la bata con la abertura hacia atrás y esperas aquí —le indicó la chica sin sacar a pasear su dentadura ni una sola vez.

Saulo suspiró con resignación. «Dentro de una hora ya habrá pasado todo», pensó en un intento de insuflarse un poco de ánimo mientras se quedaba como Dios lo trajo al mundo y se amarraba a la cintura aquella bata denigrante. Se alegró de que en el box no hubiera espejo. No quería ver reflejado su propio aspecto en un cristal. Se sentó y al cabo de unos minutos volvió la enfermera.

—¿Ya estás listo? Deja todo ahí y sígueme —ordenó al tiempo que se giraba y comenzaba a caminar como quien va a apagar un fuego.

Saulo la siguió todo lo deprisa que pudo. Cayó en la cuenta de lo difícil que era caminar con aquella bata que lo obligaba a mantener muy juntos los muslos como una *geisha* y dejaba a la vista de todos su trasero blanco y peludo. Pasaron por un pasillo en el que se amontonaban los carros con ropa de cama. Un hombre y una mujer esperaban en la puerta del ascensor y ambos lo miraron con una mezcla de pena y de burla. «Pobre pardillo», decían aquellas miradas.

La enfermera aumentó la velocidad y Saulo se esforzó un poco más para no quedar demasiado rezagado. A punto de tropezar y caer, se cruzó con un enfermero que acompañaba a otro paciente con bata azul recorriendo el camino de vuelta. El enfermero sonreía abiertamente y el paciente se cubría la boca con la mano. «No estaría de más que enseñase a hacerlo a su compañera», pensó Saulo. Tan mal no debía haberlo pasado si algo le hacía

tanta gracia. Eso lo tranquilizó. Su mujer tenía razón, debía relajarse un poco. Tal vez Julián solo había exagerado para burlarse de él. Los buenos amigos también hacían eso: te gastaban bromas jodidas. Ya pensaría cómo devolverle *el favor*, si era verdad que solo había tratado de asustarlo.

Por fin la enfermera de la sonrisa ausente se detuvo junto al umbral de otra de las salas. Saulo se situó junto a ella y echó un vistazo al interior. En el centro, una gran camilla le dio la bienvenida. Otras dos enfermeras, una a cada lado, lo miraban expectantes, y junto a ellas, por la cabecera de la camilla, un joven al que Saulo no lograba asignarle un papel concreto en aquella escena le regaló la primera mueca amable del día. Una de las enfermeras se dirigió a él con un poco más de simpatía de lo que lo había hecho la anterior, pero con la misma determinación.

—Buenos días. Súbete a la camilla sin tocar nada, que está todo esterilizado. Cruza las manitas sobre el pecho y estate quietecito.

Su compañera se limitó a asentir y sonreír con una sonrisa sádica y maliciosa, siempre según la interpretación de la sugestionada mente de Saulo, al tiempo que blandía un cuchillo afilado en la mano. En cuanto se acercó para hacer lo que le pedían, se dio cuenta de que lo que sujetaba la enfermera era una especie de brocha de afeitar, nada parecido a un bisturí ni ningún otro objeto cortante.

Se acostó boca arriba procurando mantener a salvo la poca dignidad que le quedaba. El intento fracasó al momento, cuando una de las enfermeras le subió la bata hasta el pecho y dejó a la vista un miembro que había tenido días mucho más gloriosos y los testículos a los que ya no le quedaban mayor capacidad de retraerse en un imaginario intento de esconderse en el interior del cuerpo para escapar del trance.

La otra enfermera mojó la brocha en algo parecido a la povidona yodada y le embadurnó toda la zona tratando sus genitales con la misma delicadeza con la que un charcutero manejaría una salchicha casera caducada.

—¡Qué gracioso! —comentó la sanitaria entre risas mientras lo hacía—. No era necesario que te afeitaras. Lo has hecho de pena, la verdad.

Saulo esbozó una sonrisa amarga recordando su estrepitoso fracaso con la cera caliente la noche anterior y prefirió guardar silencio. Su dignidad se había

tomado unas largas vacaciones y no volvería en mucho tiempo. Contar a las enfermeras que había terminado cortando un amasijo de pelo y cera con unas tijeras no ayudaría a mejorar la situación.

El médico entró en la sala, dio los buenos días con una voz grave y se detuvo a leer la ficha que le facilitó una de las enfermeras.

—Saulo García, treinta y ocho años, dos hijos… —leyó en voz alta.

—Sí, señor —contestó Saulo. Tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir su deseo de añadir: «No me haga daño, por favor. Haré cuanto me pida».

El doctor Ruiz le dedicó una fugaz sonrisa.

—Muy bien. Vamos allá.

En ese momento, las enfermeras elevaron una tela verde hasta la altura de sus ojos que le impedía ver desde su posición lo que ocurría más allá de la cintura. Saulo no supo si agradecerlo o pedirles que bajaran aquello inmediatamente para controlar lo que hacían aquellos tres allá abajo. El chico *sin papel definido en la trama* le sujetó la cabeza y le sonrió desde arriba. Vista al revés su sonrisa daba repelús.

—No te preocupes. Todo va a ir bien —le dijo con una voz que pretendía ser tranquilizadora y que a Saulo le pareció horrible y aterradora.

Aunque las palabras del chico aumentaron su inquietud, estar pendiente de esa sensación posibilitó que apenas sintiera el pinchazo de la anestesia. Sin embargo, tal y como le había contado su amigo Julián, en cuanto el Carnicero de Las Palmas hizo suyo el conducto seminal y tiró de él para cortarlo en dos secciones, un dolor agudo en el bajo vientre casi lo obligó a sentarse en la camilla. La imagen de Julián sonriente por encima de la tela verde lo sorprendió.

—Te lo advertí. Duele como su puta madre.

La visión se difuminó con rapidez. El chico le sujetó la cabeza con más fuerza y, por un momento, Saulo estuvo seguro de que terminaría amarrándosela a la camilla con una correa como en esas sesiones de lobotomía que había visto en las películas de terror.

—Disculpe que esté tenso, doctor, pero me molesta un poco —dijo de

forma lastimera en un intento por disculpar su más que evidente nerviosismo.

—No te preocupes, es un poco molesto, pero enseguida estamos —contestó el médico con un discurso frío y profesional que seguramente debía repetir a diario.

—¿Tenso? —intervino una de las enfermeras divertida—. Tú te estás portando como un campeón. Tenso estaba el pobre que vino antes, que se arrancó un diente mordiendo algo que le dimos para que soportara el dolor.

Saulo abrió mucho los ojos mientras recordaba la escena del enfermero acompañando al paciente con la mano en la boca. «Joder, pensó, no estaba riéndose. Se había arrancado un diente mordiendo».

—Este ya está —anunció el médico—. Vamos a por el otro.

—¿El otro? —preguntó Saulo a punto de echarse a llorar.

—Claro —contestó el Carnicero—. Tú tienes dos, ¿no?

—Relájate, chico —le pidió la otra enfermera—. Si no has parido no sabes lo que es el dolor.

Saulo estuvo a punto de decirle que ella tampoco se había trillado nunca el prepucio con la cremallera y que tal vez eso fuera igual de doloroso, pero se quedó calladito esperando al siguiente tirón del conducto. Tal vez por lo esperado, la segunda vez le dolió menos.

Cuando acabaron con él le subieron sus genitales hasta lo más alto que pudieron y se lo sujetaron con esparadrapo. Le aconsejaron que se quedara tumbado un ratito en la camilla y añadieron que, en cuanto se sintiera con fuerzas, podía marcharse. Saulo no tardó en sentarse. La enfermera de la sonrisa ausente vino a buscarlo y tuvo que realizar el camino de vuelta frente a las miradas de casi tantos como aquellos con los que se había cruzado anteriormente. Esta vez le importó un poco menos. Ya no pensaba que de las juntas de los azulejos pudiera rezumar sangre ni le preocupaba que lo miraran desde el suelo con un grito silencioso todas las motas del mármol. Solo quería salir de allí cuanto antes.

Llegó al box y se vistió todo lo deprisa que pudo, lo que devolvió a su ánimo un poco de la dignidad perdida. Se colocó el anillo de boda en el dedo anular de la mano derecha y subió a la primera planta.

Salió del hospital a la carrera. Levantó la cabeza sin dejar de andar y disfrutó como nunca de la luz de la mañana. Hizo caso omiso a los latidos que provenían de su bajo vientre y que se mezclaban con los de su corazón. Caminaba deprisa, a pesar de la intervención a la que se había sometido, agradecido de que su pantalón vaquero fuera mucho más funcional que la bata de papel. Mientras caminaba pensaba que quizá algunos de sus conocidos tenían razón cuando decían que era como ir al dentista. Al final no había sido para tanto. A su mente acudió la imagen del paciente con la mano en la boca. «Pobre hombre, pensó, él sí que va a necesitar un buen dentista».

La vibración del teléfono móvil lo sacó de sus cavilaciones. El nombre de su mujer apareció en la pantalla.

—Dime.

—¿Quieres esperarme un momento? —pidió ella entre jadeos a través del hilo telefónico.

—¿Cómo?

—Detente y date la vuelta.

Saulo obedeció y observó a su mujer haciéndole señas a unos cien metros de distancia. En cuanto le dio alcance le explicó que había venido a recogerlo y que estaba aguardando en la sala de espera. Que no se explicaba cómo no la había escuchado llamándole casi a voz en grito.

—Lo siento. Solo quería salir de allí —se disculpó él con la voz apagada.

—Vale. Espera aquí que traigo el coche. Pasaremos por casa de mis padres para que puedas tomar algo y así te ven, que mi madre está preocupada.

A Saulo le pareció una buena idea. Así se tomaría un respiro antes de llegar a casa. Después del caluroso recibimiento de su suegra, se sentó junto a su suegro, que miraba sin ver uno de los programas matinales de la tele. Tal vez la sabiduría y experiencia del padre de su mujer pudiera darle un poco de ánimo en aquellos momentos difíciles en los que su hombría había sido puesta a prueba. El hombre le dio un par de palmaditas en el muslo sin apartar la vista del televisor y preguntó retóricamente:

—¿Te dejaste capar, hijo?

Saulo lo miró con tristeza. Se encogió en el sofá hasta casi desaparecer y desvió la vista hacia el televisor. Perdió su mirada en las imágenes y pensó que, sin duda, había tenido días mejores.

SEGUIR ANDANDO

Se despertó sobresaltada. El corazón le latía con fuerza y un sudor frío le empapaba la frente y las axilas. La voz del extraño se desvanecía poco a poco en su confundida mente y no conseguía retener lo que le había dicho un instante antes de que la luz del día la devolviera a la realidad con tanta violencia. Revivió nuevamente la escena de la pesadilla: vio abalanzarse sobre ella aquel Mercedes Benz del 95 color crema con un sonido ronco. Apreció el embellecedor del parachoques y los faros rectangulares; la parrilla plateada y la estrella cromada sobre el capó, símbolo de lujo e innovación, que en un vehículo tan viejo resultaba extraña, llamativa, casi intemporal. Vio la muerte acercarse a toda velocidad; casi mil cuatrocientos kilos de masa en movimiento.

Afortunadamente, ese mecanismo de supervivencia que tenemos los seres humanos, y que nos despierta de un mal sueño cuando nuestra vida corre un serio peligro, la salvó de presenciar su propia muerte. Rosa se despertó estresada y con la boca seca justo antes del fatídico desenlace.

Se sentó en la cama y se concentró en respirar, como si cada bocanada de aire le costara un mundo. El susto se resistía a abandonarla. Comprobó que se había quedado dormida sobre el edredón. «Estupendo, pensó, así me ahorro el trabajo de hacer la cama».

Se miró los pies y arrugó el entrecejo al comprobar que llevaba puesta una zapatilla de deporte. No tenía ni idea del lugar en el que se encontraba la otra. No podía verla desde allí. Desvió la vista a los números rojos del despertador digital que parecía apremiarla desde la mesita de noche, advirtiéndole de que ya eran las 7:30 y se le hacía tarde para ir a trabajar. Entonces recordó, con

cierta angustia, que ya no tenía trabajo. Hacía tiempo que la habían despedido con el pretexto de que su productividad no era la esperada y, además, la empresa necesitaba una reducción de personal. Esto último podía entenderlo, aunque no le gustase. Lo primero ni lo entendía ni le gustaba. ¿Qué criterios de mierda habían usado los de Recursos Humanos para calcular su productividad? Su trabajo administrativo era recurrente, rutinario y muy aburrido, pero ella cumplía como el que más. Por supuesto, Rosa intuía que su condición de mujer estaba en el fondo del asunto. Aunque, visto en perspectiva, si lo que querían esos tiranos de la empresa era reducir costes, bien podrían haber echado a la calle a uno de los muchos tíos que engrosaban la nómina de la compañía, teniendo en cuenta que la brecha salarial entre mujeres y hombres era más que considerable.

También recordó, esta vez con resignación, que, a pesar de su despido, seguía despertándose cada día a la misma hora, como si fuera incapaz de desprogramar su reloj mental. ¿Qué había hecho el día anterior? No lo recordaba. ¿Qué había hecho la noche pasada? Por la manera en la que se había tirado sobre la cama sin deshacerla, suponía que beber hasta cogerse una buena cogorza. Lo de la zapatilla de deporte aún era un misterio, pero ese asunto no la preocupaba en exceso. Sobre la mesita de noche también había una caja de ansiolíticos y Rosa se preguntó si no se le había ido la mano con ellos. Comprobó el contenido de la caja: solo faltaba uno. Descartó un mal viaje por sobredosis.

Se levantó y se dirigió a la cocina arrastrando la pierna descalza como un fantasma atado a una pesada cadena. Las imágenes de su pesadilla empezaban a difuminarse. Ya no era capaz de precisar si el Mercedes Benz era de color crema o tal vez dorado, si tenía los faros rectangulares o redondos o si de verdad se acercaba a mucha velocidad o había sido solo una impresión. Lo que sí recordaba con claridad era la estrella cromada. Esa estrella nueva y reluciente en un viejo auto del 95, una imagen intemporal.

¿Qué debía hacer? Suponía que desayunar. Cereales de chocolate, su desayuno favorito. Tenía la extraña sensación de que el tiempo se había detenido. Podría hacer las cosas sin prisa. Algo bueno debía tener estar en el paro. Vertió una generosa cantidad del contenido del paquete en un bol y lo regó con abundante leche. Tampoco recordaba si había cenado, pero, de

repente, fue consciente de que no le apetecía demasiado comer. Se sentó en una de las sillas de la cocina y su mirada se quedó anclada en los copos de cereales que flotaban sobre el líquido blanco como si fueran los restos de un naufragio en medio del Ártico. Pensó en llamar a Ibaya y esa idea la llevó a recordar la segunda mala noticia del último año: su novia y ella habían roto. Tal vez ese pensamiento acudió a su mente alimentado por la visión de los cereales y la comparación con un naufragio. Algo así le había ocurrido a su relación de pareja. ¿Por qué lo habían dejado exactamente? Eso sí era curioso. Se suponía que una ruptura sentimental siempre era lo suficientemente traumática como para que uno se acordara al menos del motivo que la había desencadenado. Sin embargo, aunque era consciente de que habían roto, no lograba recordar por qué. Intentó adentrarse en sus propios recuerdos: vio dos figuras cogidas de la mano caminando por el paseo marítimo al atardecer. Después creyó escuchar la risa de Ibaya, divertida, tras haberle manchado la nariz con el helado. Fue esa imagen la que le arrancó la primera sonrisa del día. Vio dos cuerpos sudorosos y desnudos en aquella misma cama que no había deshecho la noche anterior. Su mente le mostró los besos y las caricias. Sin embargo, no sintió nostalgia ante ese recuerdo. Por último, vio regalos de Navidad al pie de un árbol iluminado y copas vacías sobre la mesita del salón.

Otros recuerdos acudieron a su abotargada mente, estos menos agradables que los anteriores y, por alguna razón, más intensos, más vívidos, como si estuvieran más cerca de ella, más arraigados: gritos, reproches, portazos, llantos…

De repente, una sensación de agobio la invadió, tuvo la impresión de que las paredes de la casa se le venían encima. Necesitaba salir de allí. Decidió tomar el aire. A fin de cuentas, sin trabajo y sin relación sentimental, pocas obligaciones esperaban por ella.

Fuera de casa, no notó el aire fresco de la mañana que se esmeraba en golpearle el rostro, como si tratara de espabilarla. Avanzó calle abajo sin un destino definido. Su mente seguía intentando armar el puzle de lo acontecido en las últimas horas. No tenía sensación de resaca. No le dolía la cabeza ni sentía malestar en el estómago. Su disco duro continuaba sin disponer de datos suficientes para dar respuesta a sus preguntas. Preguntas que se hacía a sí misma con la convicción de que no obtendría respuestas: «¿Cómo estás,

Rosa?, ¿qué te ocurre?».

Siguió avanzando a través de la avenida que llevaba al paseo marítimo por el que tantas veces paseó con Ibaya, y las preguntas cambiaron sin darle tiempo a contestar las anteriores: «¿Dónde estás, Rosa? ¿Qué buscas en este lugar?».

Un niño que avanzaba en sentido contrario le dedicó una extraña sonrisa. Rosa no supo interpretarla. Podía tratarse de un saludo amistoso o un gesto de compasión. Si un niño se compadecía de ella en plena calle, solo podía significar que su aspecto debía ser penoso. Otra pregunta la asaltó sin que pudiera evitarlo: «¿Te has lavado la cara y peinado antes de salir de casa, Rosa?». La respuesta acudió casi de inmediato: «No digas estupideces. Siempre lo hago». Giró la cabeza para seguir el avance del pequeño, calle arriba, pero comprobó, extrañada, que el chaval había desaparecido. Cuando volvió la mirada, el niño se acercaba nuevamente con la misma sonrisa petrificada en sus labios. Rosa se sintió confusa y un poco asustada. ¿Qué significaba aquello? La sensación de que seguía soñando la invadió hasta casi convencerla de que así era. Esta vez fijó la mirada en el chico con la intención de observar los detalles. Le calculó seis o siete años, no muchos más. Vestía pantalón vaquero corto y camiseta blanca. Su cara le resultaba muy familiar, como la de un sobrino al que no ves en mucho tiempo, pero cuyos rasgos faciales lo delatan como miembro de tu familia. Ella no tenía hermanos ni hermanas, así que descartó la posibilidad del parentesco. El chico tenía la ropa mojada y el pelo pegado a la frente.

—¿Qué te ha pasado, muchacho? —preguntó Rosa, aunque su voz sonó más dentro de su cabeza que fuera. Tenía la sensación de estar hablando por un telefonillo a través de un cristal, como en esas escenas de las visitas a la cárcel que había visto en algunas películas. La idea de que seguía soñando era cada vez mayor.

—Me hundí en el mar —contestó el chico con naturalidad al otro lado del cristal imaginario, como si no le importara lo que le había sucedido, como si hundirse en el mar fuera algo normal de lo que no había que extrañarse. Un acontecimiento cotidiano por el que no había que preocuparse.

—¡Jesús! —exclamó Rosa consciente por primera vez de algo que le

sucedía a otro y que no se centraba en sí misma—. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde están tus padres?

El chico se encogió de hombros y volvió a sonreírle de aquella manera tan extraña, esperando tal vez a que Rosa respondiera por él, o que le hiciera otra de aquellas preguntas cuyas respuestas no parecían satisfacerla.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó ella por fin.

—Gracias, no hace falta —contestó él—. Estoy bien. ¿Puedo ayudarte yo a ti?

A Rosa le pareció una pregunta absurda, pero, viniendo de un niño tan pequeño, muy tierna. Le sonrió, esa fue la segunda sonrisa del día para ella, y negó con la cabeza. El chico desapareció calle arriba antes de que Rosa pudiera darle las gracias o preguntarle cualquier otra cosa. Ella sacudió la cabeza como si intentara quitarse aquella imagen, y la responsabilidad, de encima y siguió avanzando hacia el paseo. No volvió a ver al niño y eso la reconfortó, aunque una parte de su mente le decía que aquel pensamiento era demencial y que era imposible que hubiera visto al mismo niño dos veces. Tal vez había tenido un *déjà vu* de esos.

A esa hora de la mañana había poco movimiento en el paseo marítimo. Algunas personas caminaban, otras corrían. Rosa se acercó hasta el puente elevado que cruzaba la autovía y que unía el paseo con la avenida. Desde arriba, la extensa cola de los vehículos que llegaban a la ciudad desde el sur semejaba una fila de hormigas esperando turno para entrar en el hormiguero. Por un momento se alegró de no tener que ir a trabajar. El tráfico, el ruido, las prisas…, todo aquello parecía haber quedado atrás después de su despido. Al llegar al paseo, miró a derecha e izquierda antes de decidir qué camino tomar. El sonido de las olas rompiendo contra el muro de hormigón la hizo girarse y contemplar el océano Atlántico, inmenso y grisáceo esperando a que la salida del sol le devolviera su intenso color azul prestado. «Me hundí en el mar», había dicho el chico. Rosa se inclinó un poco sobre el muro. La distancia hasta el agua era considerable, cinco o seis metros. ¿Se habría caído el niño desde allá arriba? Y, de ser así, ¿cómo había logrado volver a subir? Una voz proveniente del mar la llamaba. Rosa tuvo deseos de subirse a aquel muro y dejarse caer. Hundirse en el mar ella también. El mar… No parecía tan mala

idea.

—Hola, Rosa.

La voz la sorprendió a su espalda y se giró para ver de quién se trataba. Un hombre con la mirada de un azul tan intenso como el que luciría el mar horas después le sonreía. Rosa no lo reconoció. Vestía de manera informal: pantalón vaquero, camiseta oscura y zapatillas deportivas. Rosa pensó que él al menos tenía puestas las dos zapatillas y por un momento tuvo miedo de haber salido a la calle solo con una, pero la voz del hombre la apartó de aquel pensamiento irracional, como si mentalmente tuviera la capacidad de tirar de ella y obligarla a prestarle atención.

—¿Otra vez de paseo matutino? —le preguntó con amabilidad. ¿Sigues dándole vueltas a ese asunto?

—¿Quién es usted? —contestó Rosa obviando la pregunta del extraño.

El hombre amagó con volver a sonreír. A ella le dio la impresión de que se llenaba de paciencia antes de responder.

—Te han sucedido cosas. Yo soy una de esas cosas —explicó. Clavó en ella sus ojos azules y luego desvió la vista al mar antes de advertirle—: No debes acercarte a este muro, Rosa. Puede ser peligroso.

La mujer se quedó perpleja ante las palabras del extraño. Le habían sucedido cosas, eso era indudable. La habían despedido del trabajo y su relación con Ibaya se había ido al garete. Hasta ahí todo claro. Pero no sabía quién era aquel hombre ni cómo encajaba en la historia. «Un loco», se dijo a sí misma. Abundaban últimamente. Este no tenía pinta de chiflado, pero esos eran los peores, ¿no?

«¿Y cómo sabe tu nombre, Rosa?». La pregunta la asaltó con violencia y cayó en la cuenta de que era un detalle importante y planteaba otra posibilidad: ¿era ella la que había enloquecido? ¿Tenía delante a un hombre irreal que su mente había creado de la nada y que había venido a advertirle de que acercarse al muro era peligroso? ¿Qué era lo que le había dicho al comienzo? «Te han sucedido cosas. Yo soy una de ellas». La sensación de que seguía soñando volvió a invadirla con fuerza.

—¿Eres real? —se oyó preguntar convencida de que, en realidad, no había

despertado del sueño como creía.

—La realidad es un concepto ambiguo —contestó el hombre—. Soy un amigo.

—Permíteme dudarlo —lo atajó Rosa—. Suelo conocer a todos mis amigos y acordarme de ellos.

El extraño volvió a sonreír. Tenía una sonrisa encantadora y de él se desprendía un halo de bondad que le transmitía mucha calma.

—Bueno, hace poco que me conoces. Tal vez no has tenido suficiente tiempo.

Rosa intentó replicar para decirle que la dejara en paz, que él no la conocía de nada, pero el extraño continuó hablando y ella se vio obligada a prestarle atención, olvidándose del muro y la voz que la llamaba desde el océano para que se hundiera en él.

Se despertó sobresaltada. El corazón le latía con fuerza y un sudor frío le empapaba la frente y las axilas. La voz del extraño se desvanecía poco a poco en su confundida mente y no conseguía retener lo que le había dicho un instante antes de que la luz del día la devolviera a la realidad con tanta violencia. Se sentó en la cama y se miró los pies arrugando el entrecejo al comprobar que, tal y como había ocurrido en su sueño, llevaba puesta una zapatilla de deporte. Tampoco esta vez supo dónde se encontraba la otra. Desvió la vista a los números rojos del despertador digital que parecía apremiarla desde la mesita de noche, advirtiéndole de que ya eran las 7:30 y se le hacía tarde para ir a trabajar, y tuvo una intensa sensación de *déjà vu*. Ya sabía que no tenía trabajo, que su empresa, dirigida por hombres machistas y calculadores, la había despedido acusándola de ser poco productiva. y que, para más inri, su relación con Ibaya era cosa del pasado. ¿Qué más? Recordaba algunas cosas del extraño sueño: se había despertado de una pesadilla. Una pesadilla dentro de otra, eso no le había pasado nunca. De ella recordaba vagamente el Mercedes Benz del 95, con su flamante estrella cromada en el capó y la sensación de que su muerte estaba muy cerca. Después se había despertado también sobresaltada, pero en sueños, imaginaba. Había una laguna a continuación. ¿Se había duchado? ¿Había

desayunado? No estaba segura, pero, a fin de cuentas, solo había sido un sueño. ¿Por qué preocuparse?

Se levantó y se dirigió a la cocina arrastrando la pierna descalza como un fantasma atado a una pesada cadena. Las imágenes del sueño dentro del sueño empezaban a difuminarse, excepto la escena del desayuno. Recordaba los copos de cereales. Recordaba su naufragio. En realidad, pensó que no tenía hambre y que le vendría bien salir a caminar antes de comer. Así que abandonó la casa y caminó avenida abajo. Otra sensación de *déjà vu* la asaltó y pensó en el niño de su sueño. El niño con la ropa mojada y la sonrisa extraña. El niño que se había cruzado con ella y la había mirado con compasión. El chaval que la obligó a darse la vuelta para seguir su rastro. El niño que había desaparecido misteriosamente y después había aparecido otra vez, como por arte de magia, desde la parte baja de la avenida.

—Hola.

La voz del pequeño a su espalda le hizo dar un respingo. Se giró para comprobar que así era: el chico la seguía. Vestía igual que en su sueño, su sueño dentro del sueño, pero ya no estaba mojado. El pantalón vaquero corto era un poco más azul, como el mar cuando el sol conseguía despegarse del horizonte rumbo al cielo que le prestaba su color, y se ensanchaba a la altura de los muslos. La camiseta blanca estaba limpia y seca.

—Hola —saludó Rosa al tiempo que buscaba a algún adulto un poco más allá—. ¿Estás solo?

—Estoy contigo —contestó el chico sonriendo. Rosa le devolvió la sonrisa con timidez. El niño le cogió la mano y se quedó mirándola sin decir nada.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Rosa, que empezaba a cuestionarse si esta vez estaba despierta de verdad.

—Contigo —volvió a responder él, como si no supiera decir otra cosa.

Rosa no dijo nada. Le agradaba la compañía de aquel pequeño al que seguía sin conocer de nada. Su propio pensamiento le pareció extraño. ¿Cómo iba a conocer a un niño que solo había visto en sueños?

Caminaron de la mano hacia el paseo marítimo y cruzaron el puente elevado sobre la autovía. Otra vez la visión de la cola que formaban los

vehículos que llegaban a la ciudad y que parecía no tener fin. Al llegar al otro lado, Rosa volvió a mirar a derecha e izquierda sin decidir qué camino tomar. El niño le soltó la mano.

—¡Mira! —dijo alegremente—. Es la zapatilla que te falta.

Rosa miró en esa dirección. La zapatilla estaba sobre el carril derecho. Los coches pasaban por encima de ella sin que ninguno de los neumáticos la alcanzara. Rosa se miró los pies y comprobó con estupor que había salido a la calle de aquella guisa y que, inexplicablemente, su zapatilla estaba en medio de la calzada, sobre el asfalto. Enfrascada en la visión de su pie descalzo, perdió al chaval de vista un instante. El tiempo suficiente para que el chico se acercara a la carretera con la intención de recuperar el calzado sin percatarse de que un Mercedes Benz del 95 se acercaba demasiado deprisa. Demasiado deprisa…

A pesar de volver a tener la sensación de que debía estar dentro de un sueño, un sueño dentro de otro sueño dentro de una pesadilla, esta vez pudo ver toda la escena. No era su vida la que corría peligro, sino la del pequeño que se afanaba por recuperar su zapatilla. El Mercedes Benz embistió el cuerpo del chico con tanta violencia que lo lanzó por encima del muro del paseo. Rosa observó con horror cómo el muchacho caía al mar desde allí y se hundía en el agua. «Me hundí en el mar», sonó la voz del chico en la mente de Rosa. Intentó gritar, pero no consiguió proferir ningún sonido. El extraño de ojos azules apareció a su lado de la nada. «Sigo dentro de esta maldita pesadilla», pensó Rosa con inquietud.

—Tú no has tenido la culpa —dijo el hombre de la mirada azul—. Solo quería mostrarte que no fue culpa tuya. No fue culpa de nadie. Déjame proponerte algo…

Se despertó sobresaltada. El corazón le latía con fuerza y un sudor frío le empapaba la frente y las axilas. La voz del extraño se desvanecía poco a poco en su confundida mente y no conseguía retener lo que le había dicho un instante antes de que la luz del día la devolviera a la realidad con tanta violencia. ¿A la realidad? «La realidad es un concepto ambiguo», le había dicho el extraño que decía ser su amigo. Eso sí que lo recordaba.

Se sentó en la cama y se miró los pies. No se sorprendió al comprobar que llevaba puesta solo una zapatilla de deporte. «La otra está en la carretera, junto al paseo», pensó con tristeza. También lograba recordar eso. Desvió la vista a los números rojos del despertador digital que continuaba marcando las 7:30. Cerró los ojos convencida de que, si se lo proponía, podía saltarse la escena del desayuno. Cuando volvió a abrirlos, se vio caminando otra vez por la avenida. Y de nuevo esperó a que el pequeño la sorprendiera a su espalda. No se equivocó. Pero en esta ocasión la voz del chico le pareció más aguda, más femenina.

—Hola —la saludó desde atrás.

Rosa se giró esperando ver la sonrisa extraña en la cara del pequeño, pero el rostro le era mucho más familiar porque ya no parecía un chico. El pelo le lucía más largo, hasta casi los hombros, el pantalón, que en su segundo sueño dentro del sueño le había parecido más ancho a la altura de los muslos, se había convertido en una falda. Entonces se dio cuenta de que se trataba de una niña y que la miraba sonriente. No había nada extraño en su sonrisa, ni siquiera compasión. Era un bello gesto lleno de amor. Rosa se vio embargada por ese sentimiento. «Te conozco, pensó. Yo te conozco, pero no recuerdo de qué».

La niña la cogió de la mano y ambas caminaron en dirección al paseo sin hablar. Cruzaron el puente sobre la hilera infinita de coches y llegaron al otro lado. Esta vez, se sentaron juntas en el muro. Rosa sintió una profunda paz como hacía tiempo no sentía. Allí sentada, todo parecía estar bien. A su espalda, el mar le susurraba que hundirse en él era la mejor idea.

—Ella se ha ido, pero tú debes quedarte —le llegó la voz del hombre de ojos azules desde el otro lado. Rosa se giró para verlo.

—¿Qué quieres decir? No se ha ido. Está aquí, conmigo.

El hombre sonrió con dulzura y Rosa supo, sin verlo, que la niña había desaparecido, aunque ese hecho no evitaba que la sintiera muy cerca.

—Tú debes seguir, Rosa —dijo el hombre—. No es tu hora.

—¿Mi hora? ¿Mi hora de qué? ¿Quién es la niña? ¿Por qué no puedo acordarme?

—He venido a llevarme tu dolor —anunció el hombre—. Solo tienes que entregarme tu dolor y continuar.

Rosa no entendía ni una sola palabra, pero intuía que algo iba a pasar. Algo que iba a dolerle mucho. Apretó los labios para no llorar y miró suplicante al extraño. Él habló despacio, como si fuera un viejo maestro que tratara de explicarle algo muy complicado a uno de sus peores alumnos:

—Ella es Clara. Tu hija. Murió hace un año. Ese Mercedes Benz del 95 la atropelló frente a tu casa. No fue culpa tuya. No fue culpa de nadie.

Las lágrimas inundaron el rostro de Rosa, que deseó con todas sus fuerzas despertarse de una vez de aquella horrible pesadilla. Ya había escuchado suficiente, pero el hombre continuó hablando:

—Llevas todo este tiempo sufriendo. Te has convertido en un fantasma que arrastra una pesada cadena y yo he venido a ayudarte. He venido a liberarte de una pesada carga que no te corresponde soportar. —El extraño le tendió la zapatilla—. Cálzate. Debes seguir andando. Clara estará bien. Y nosotros queremos que tú también lo estés.

—¿Nosotros? —balbuceó Rosa.

—El universo. El resto —contestó el extraño.

Su sonrisa se ensanchó y Rosa se perdió en la infinitud de sus ojos azules. El sol se despegó del horizonte y el color del mar cambió del gris al azul intenso. Algo en el interior de Rosa llenó un vacío al tiempo que otras cosas, la tristeza, la culpa y la rabia, la abandonaron.

Despertó sobre una cama que no era la suya. Se quedó observando el techo durante unos segundos para situarse. La voz del extraño se había anclado con fuerza a su cerebro. Le llevó unos minutos asimilar toda la información recibida. Echó un vistazo a su alrededor. Aquella no era su casa. Se sentó y miró hacia la mesita de noche. No vio ningún despertador marcando de manera apremiante las 7:30, por lo que no tenía idea de la hora que era. Observó sus pies descalzos.

—Ya te has despertado. ¿Has dormido bien?

Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Ibaya. Su pareja, no

sabía si aún lo era, le sonreía con dulzura. Ella quiso decirle que estaba bien, o eso creía, pero que aún no estaba segura de qué iba todo aquello. No sabía si aún seguía soñando, sumida en otro sueño dentro de otro sueño dentro de otro sueño, en una pesadilla sin fin.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —fue lo único que se le ocurrió preguntar.

Ibaya se sorprendió de que Rosa no le gritara. Que no le pidiera que la dejara sola. Que no mencionara el accidente y volviera a flagelarse por haber sido ella la que iba al volante de aquel destartalado Mercedes Benz del 95 que había embestido el cuerpo de su propia hija y le había arrebatado la vida. Ibaya se extrañó de que Rosa no volviera a reprocharle su descuido con la niña y que la perdiera un segundo de vista junto a la carretera para atarse su estúpida zapatilla de deporte. Que no pudiera impedir que Clara invadiese la calzada detrás de su pelota justo en el mismo instante en que ella llegaba a casa con el desvencijado Mercedes. Tal vez conduciendo demasiado deprisa. O tal vez no. Pero ella pensaba que sí, que ella conducía deprisa y era culpable, que Ibaya se había despistado y era culpable, porque es muy duro no poder culpar a nadie cuando ocurre un accidente. «¡Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa! Y por la tuya, Ibaya. Todos debemos pagar».

A Ibaya le sorprendió la aparente calma de Rosa aquella mañana. Pensó que eso estaba bien. Ya habían tenido suficiente dolor. El precio que debían pagar por aquel desgraciado y triste accidente era demasiado alto. La paz de Rosa aquella mañana era un soplo de aire fresco después de tanto tiempo en el fondo de la desgracia. No quiso arrebatarle eso. No quiso perder la oportunidad de sanar junto a ella.

—Te traje yo —le explicó—. Ayer bebiste más de la cuenta. Te encontré de pie sobre el muro del paseo. No sé qué pretendías hacer, pero tuve miedo. Te convencí para venir a casa —le dijo, y omitió que, en realidad, la seguía todas las tardes como si fuera su ángel guardián, con el temor de que decidiera lanzarse desde aquel muro a la profundidad del océano.

—¿Estamos juntas? —preguntó Rosa, que trataba de sacudirse la confusión de la pesadilla.

«No ha sido una pesadilla, le dijo una voz dentro de su cabeza. Nuestras

vidas son los ríos que van a dar en la mar», continuó la voz, como si el propio Manrique le hablara desde el otro lado de aquella realidad absurda y cruel. «Me hundí en el mar, anunció en su mente la voz de Clara, pero ahora estoy bien. «No debes acercarte a ese muro, Rosa. Puede ser peligroso», le advirtió otra vez la voz del extraño.

—No sé —contestó Ibaya trayéndola de regreso—. ¿Quieres que lo estemos?

—¿Que lo estemos?

—Juntas.

Rosa se encogió de hombros en un gesto infantil. Algunos recuerdos la invadieron con mayor nitidez. La amargura había nublado el sentido de su vida como una espesa niebla que no la dejaba ver más allá de su dolor. Ibaya amplió su sonrisa y también asintió.

—De acuerdo. Entonces, empecemos con un buen desayuno. ¿Qué tal cereales de chocolate?

Rosa convino en que era una buena idea. A decir verdad, tenía un poco de hambre. Se levantó y se dirigió a la cocina. Mientras lo hacía, una imagen la sorprendió: la estrella cromada de su Mercedes Benz manchada de sangre que golpeaba el parabrisas y dejaba en el cristal una marca intemporal. Recordó sus manos agarrotadas sobre el volante y la presión del cinturón de seguridad sobre la clavícula. Se palpó la zona y la masajeó arriba y abajo. «He venido a llevarme tu dolor», le recordó la voz del extraño.

«Ya no es un extraño, Rosa, ahora es tu amigo, ¿recuerdas?», se dijo a sí misma.

Apartó los pensamientos grises y se concentró en la imagen de Ibaya, que le sonreía sentada en la cocina. Se obligó a levantar los pies mientras caminaba para no parecer un fantasma que arrastrara una pesada cadena. Por primera vez en mucho tiempo tuvo la imperiosa necesidad de liberarse de esa carga. Junto a la puerta de la calle, sus zapatillas de deporte la esperaban para seguir andando.

MOMENTOS

Como cada miércoles, Alicia Báez terminó de trabajar a las tres de la tarde y, como cada miércoles, subió al coche con la intención de llegar a casa lo antes posible. No fue la prisa lo que hizo que se pasase parte del camino resoplando con impaciencia, sino el agobiante atasco del que culpaba al resto de conductores que, según ella, le imponían aquel calvario en contra de su voluntad. Solo quería recorrer los veinte kilómetros que la separaban de casa y se preguntaba cómo era posible que cada cincuenta metros supusiera un esfuerzo sobrehumano y un montón de minutos tirados a la basura.

A medio camino entre la cuarentena y la cincuentena, últimamente tenía la sensación de que el tiempo cobraba una importancia vital. A menudo, se sorprendía a sí misma pensando en todo lo que había hecho y dejado de hacer durante su insulsa vida. Entonces la asaltaba una apremiante necesidad de vivir. Vivir con mayúsculas. Vivir de verdad. Hacer las cosas que realmente deseaba hacer y no limitarse a cumplir con lo que todo el mundo esperaba de ella.

Chascó la lengua en un gesto de fastidio. Subió la ventanilla y activó el aire acondicionado. Encendió la radio e intentó relajarse escuchando música. Misión imposible, claro. El tráfico siempre la sacaba de quicio. Los miércoles más porque era el día en el que tocaba visitar a sus padres, lo que suponía disponer de menos tiempo para almorzar, darse una ducha rápida y volver a la carretera bajo el asfixiante calor de agosto. «Cuando podrías estar de vacaciones en algún lugar tranquilo, Alicia», se dijo a sí misma con tristeza.

Aquel miércoles en particular había comenzado a torcerse desde muy temprano. Para empezar, se había dejado el móvil en casa. No es que fuera a

echarlo mucho de menos, pero los contactos relacionados con su trabajo solían localizarla a través de ese número, y eso era un motivo de contrariedad. La contrariedad era un sentimiento que también la visitaba a menudo en este estadio de su vida. Se contrariaba con cierta facilidad; a veces incluso por cosas nimias. En segundo lugar, había abollado el guardabarros de su coche contra un bolardo al llegar a la oficina, al intentar aparcar en un espacio demasiado reducido en el que sabía a ciencia cierta que no cabía. Y, para rematar el brillante miércoles, su jefa había organizado una reunión insufriblemente anodina a las dos de la tarde, cuando sus fuerzas flaqueaban y le apetecía mucho más apagar el ordenador y marcharse a casa que tomar notas acompañada de diez personas grises, de grises ideas y grises miradas. Por último, tocaba visitar a sus padres. Siendo sincera, no era una decisión que hubiera tomado por sí misma, sino que había sido consensuada por sus cuatro hermanos, que consideraban a los viejos, como llamaban ellos a sus padres cariñosamente, demasiado ancianos para arreglárselas solos sin la supervisión de alguno de sus hijos.

Alicia no compartía esa opinión. A su juicio, sus padres eran perfectamente capaces de apañárselas por sí mismos y no necesitaban de nadie que estuviera pendiente de ellos por si se caían en el pasillo o dejaban abierto el gas. Era por eso por lo que entendía aquel deber moral como una imposición idéntica a la que la sometían los conductores que ocasionaban el horrible atasco todas las tardes de camino a casa.

Bueno, tal vez era cierto que la demencia senil de papá dificultaba un poco las cosas, pero mamá era fuerte y siempre había tenido mucho temperamento y determinación. Sobrevivirían sin ayuda. Y seguro que mamá estaría de acuerdo con ella en que la idea de recibir visitas de sus hijos con el único propósito de vigilarlos era tan absurda como deprimente.

Echó un vistazo al reloj del tablero y comprobó con desánimo que había transcurrido media hora y apenas había avanzado un kilómetro. «Un choque múltiple, pensó; o un vehículo de grandes dimensiones averiado en el carril central, ¡cómo no! Tal vez las dos cosas a la vez». Esas fatalidades ocurrían y Alicia estaba segura de que la posibilidad de que sucediera algo así era directamente proporcional a la prisa que tuviera ella por llegar a casa. Otro motivo de contrariedad.

Desistió del plan A y activó el plan B. Visitaría a sus padres sin pasar por casa. Allí podría comer cualquier cosa. Quizás algún dulce acompañado de un café con leche. Mamá siempre tenía algo de bollería industrial en uno de los armarios de la cocina que, aunque no le convenía, le endulzaría un poco aquella mierda de miércoles. Después de todo, tendría que quedarse en casa de sus padres hasta las nueve al menos para cumplir con aquel acuerdo al que habían llegado, así que por esta vez se daría el gusto.

En cuanto al acuerdo, Alicia no estaba tan segura de haberlo suscrito. No olvidaba que ella había asistido a aquella reunión convocada por sus hermanos, pero su voto no había servido de nada. Otros habían acordado algo y ella acataba el pacto. Decirlo así expresaba mejor lo que había sucedido. Llegó a las cuatro y cuarto. En cuanto aparcó el coche se dio un respiro apoyándose en el reposacabezas del sillón. Cerró los ojos y contó hasta diez, aunque hacerlo no la ayudó a calmarse ni a pensar en positivo, tal y como aseguraban todas esas publicaciones ñoñas de las redes sociales. Bajó del coche y le dedicó una triste mirada a la abolladura del guardabarros con la sensación de que su propio equilibrio empezaba a perder la forma de la misma manera que aquel pedazo de fibra.

Caminó hasta el edificio en el que vivían sus padres. El zaguán olía a carne a la parrilla, lo que la transportó a la época vivida en aquel lugar y también le recordó que no había almorzado. Subió por las escaleras hasta el primer piso y fijó la vista en cada mancha que salpicaba la superficie de los escalones, como si alguien hubiera bajado la bolsa de basura chorreando algún líquido asqueroso. Se detuvo delante de la puerta y tocó el timbre. Sin dar tiempo a que nadie contestara, usó la llave que llevaba consigo y abrió. Lo de tocar el timbre era una manera de advertir a sus padres de que alguien iba a entrar en casa. La consigna que sus hermanos habían dado a los viejos era la de no abrir la puerta a nadie a no ser que estuvieran absolutamente seguros de quién se trataba. Otra gilipollez, a juicio de Alicia. Aquella norma le hacía recordar el cuento de *Los siete cabritillos*, con el lobo al otro lado. El lobo, por supuesto, siempre estaba al otro lado.

Entró y se quedó mirando en dirección al sofá desde la puerta del salón. José Báez le devolvía la mirada sonriendo. Alicia también sonrió y por primera vez en todo el día su propia sonrisa mejoró su estado de ánimo.

—Hola, papá —saludó desde el umbral—. ¿Dónde está mamá?

—Ha salido —contestó él—. Pero no creo que tarde en volver.

Alicia no dio por buena la respuesta. Le extrañaba mucho que su madre lo hubiera dejado solo. Teniendo en cuenta la demencia del viejo, lo mejor sería asegurarse de que la casa estaba vacía. La llamó en voz alta sin obtener respuesta y solo entonces entró en el salón y se acercó al anciano. Lo besó en la frente y apenas sintió el tacto de la piel de su padre. El viejo recibió el beso con los ojos cerrados, como si saboreara el saludo de su hija menor. Ella se sentó a su lado y volvió a sonreírle.

—¿Llevas mucho tiempo solo? ¿Cómo estás?

Su padre la observó detenidamente. Esbozó una nueva sonrisa antes de contestar.

—Aquí, esperándote.

Alicia guardó silencio. Una de las cosas que más la estresaban de su nueva responsabilidad como cuidadora de sus propios padres era saber que ellos la esperaban los miércoles. Era como tener que ir a dormir a prisión. Nunca contaba a nadie sus pensamientos porque ella misma se escandalizaba de ellos, pero se tomaba su visita obligada como un castigo. No le gustaba la casa de sus padres. Consideraba la época en la que había convivido con ellos un tiempo pretérito, como debía ser. Sin embargo, tenía la sensación de que ese tiempo se había detenido hasta condensarse entre aquellas paredes, con las fotografías antiguas colgadas de ellas como fantasmas mudos ajenos al paso de los años.

—¿Has tenido un buen día, mi hija?

José Báez la miraba con atención. Tenía un brillo especial en los ojos. Últimamente, su demencia senil se había agravado y Alicia no era capaz de discernir las veces en las que su padre sabía lo que decía de aquellas en las que desvariaba. Las segundas eran mucho más abundantes que las primeras, de eso estaba segura. Sin embargo, en esta ocasión tenía la impresión de que el viejo esperaba una respuesta a su pregunta. La cuestión era si sincerarse con él y contarle que había tenido un día de mierda o mentirle para no preocuparlo y responder con un tópico. Decidió aventurarse, casi segura de que su padre

no entendería nada de lo que le contara. Así, de paso, se desquitaba, aunque solo fuera por escucharse a sí misma relatar su penosa jornada:

—Bueno, me he dejado el teléfono en casa, he abollado el coche y he tenido una de esas insufribles reuniones a última hora. Después, al salir del trabajo, he pillado un atasco descomunal y no he podido volver a casa, así que he tenido que venir directamente. No he almorzado y me gustaría volver a casa y descansar. Ya lo ves, papá, no he tenido un buen día.

Hizo una pausa estudiada para observar la reacción de su padre. Cuando estuvo segura de que no diría nada, preguntó:

—¿Qué tal tú?

La miró con media sonrisa en la cara. El anciano no pareció reaccionar enseguida, pero lo que dijo a continuación la sorprendió.

—¡Oh!, yo he tenido un día muy interesante. Ya lo creo. Muy interesante. ¿Era importante lo de tu teléfono?

La lucidez de su padre causó perplejidad en Alicia. Era maravilloso volver a tener una conversación de verdad con él sin que divagara o se quedara en silencio. ¿Era importante lo del teléfono? Suponía que no. Tal vez solo un motivo de contrariedad, pero no demasiado importante. Esa era la verdad.

—No mucho, papá —contestó como si de verdad su padre fuera capaz de mantener una conversación normal siguiendo el hilo sin perderse—. La gente me llama a ese número y lo necesito para trabajar, pero me las he apañado.

Volvió a mirar a su padre con detenimiento. Le apenaba que hubiera enfermado y se sintió culpable por vivir aquellos momentos como una carga añadida a las responsabilidades diarias. Si todas las tardes estuviera tan bien, seguramente su visita de los miércoles le costaría mucho menos. José Báez volvió a hablar:

—Entonces, eso no vale para decir que tu día ha sido malo. ¿Qué tal esa abolladura del coche? ¿Lo ha dejado inservible?

Alicia se rio ante la ocurrencia del viejo. Era la primera risa franca de aquel día. En realidad, podía haber sido la primera risa franca de la semana, incluso la más franca del mes.

—No, papá. El coche funciona. Solo es una abolladura en el guardabarros. Nada importante.

—Estupendo —contestó José—. Tampoco deberías contrariarte por eso, ¿no crees?

La sonrisa desapareció de la cara de Alicia. Aquella tarde su padre estaba brillante en sus apreciaciones. Quizás era una etapa de la demencia que ella desconocía. Hablaría con su madre en cuanto la viera. Por un momento tuvo la esperanza de una posible recuperación, pero la desechó rápidamente. No quería decepcionarse. Ya lo había perdido una vez. Volver a perderlo sería muy duro. El viejo volvió a interrogarla.

—¿Y qué me dices de la reunión? ¿Sirvió de algo?

—Claro, papá. Era una reunión importante. Lo que pasa es que son muy aburridas y no soporto que mi jefa las ponga a última hora. Pero es mi trabajo. Debo hacerlo.

—Y es un buen trabajo, ¿verdad, hija?

Alicia pensó la respuesta. ¿Lo era? Claro que sí. Tenía muy buenas condiciones y su sueldo no estaba nada mal. No iba a quejarse por eso. Esta vez solo asintió con la cabeza, regocijándose en la sonrisa perenne en el rostro de su padre. José Báez también asintió y volvió a tomar la palabra:

—¿Sabes?, es muy común que la gente diga que ha tenido un día malo solo porque ha sufrido algún percance o ha tenido un mal momento. Esas cosas hacen que todo el día se lleve la misma puntuación y eso no es justo. ¿Te parece que este momento que estamos pasando es bueno?

Alicia volvió a sorprenderse. Hacía muchos años que no escuchaba a su padre hablarle de aquella manera. Casi desde su etapa en el instituto. Él volvió a sonreírle.

—Por la cara que pones, supongo que tu respuesta es sí, y que has creído tener algunos *malos momentos* hoy.

—Así es —contestó—. He tenido días mejores.

—Pero también habrás tenido algunos momentos buenos como este. Y tendrás muchos más. Estoy seguro de ello. Solo es cuestión de perder el

miedo.

Alicia empezó a prestar atención a lo que su padre decía. Aún dudaba de que hablara con pleno conocimiento, pero le gustaba que se expresara de aquella manera.

—¿Perder el miedo? ¿El miedo a qué, papá?

—A la vida. Todos hablan del miedo a la muerte y en realidad todos temen a la propia vida. Muy pocos son capaces de vivir como quieren. Nos dejamos llevar; eso es todo. Hay algunas cosas que hacemos y que nos gustan y otras que no, pero consideramos que podríamos estar peor y que, a fin de cuentas, lo que nos ocurre es lo que merecemos. Como si tuviéramos la capacidad de atraer el bien o el mal a voluntad.

Alicia seguía sorprendida y confundida a la vez. Le gustaba que su padre tuviera aquella claridad mental de años pasados. Profesor de Filosofía, siempre fue un buen orador. ¿Cómo había podido olvidar todas las conversaciones profundas con él? Rememoraba sus miradas cómplices cuando los dos se enfrascaban en una discusión sobre algún tema filosófico. ¿Cuánto hacía de la última? ¿Veinte años? Por otro lado, seguía temiendo que todo aquello solo fuera un episodio más de su dolencia y que en cualquier momento su padre dijera algún disparate y estropeara aquel instante mágico de conexión entre ambos. Deseó que estuviera sano, y fue un deseo que llenó su mente por completo.

José Báez continuó hablando:

—Siempre has sido más perspicaz que tus hermanos. Sé que querías ser escritora. Y te aseguro que me gustaría que cumplieras ese sueño, porque sé que eso te haría feliz. No sé si te acuerdas, pero un día me dijiste que un escritor es capaz de experimentar todos los momentos que relata con tanta intensidad como si los viviera él mismo. Eso lo capacita para vivir muchas más vidas que el resto. Esa es la magia. ¿Lo recuerdas?

Las lágrimas de Alicia se deslizaron sin oposición y ella las secó distraídamente con ambas manos. ¿Cuándo había renunciado a su sueño de ser escritora? Probablemente durante el primer año de carrera. Sonrió a su padre y quiso abrazarlo con fuerza, pero un miedo terrible a que ese gesto lo perturbara la detuvo. La extrema delgadez del anciano podía escurrírsele entre

los brazos, su aspecto le hacía parecer hecho de aire. Ella se contuvo y lo miró a los ojos. Necesitaba comprobar que papá sabía lo que decía.

—Sabes quién soy, ¿verdad, papá?

—Desde antes de que nacieras —contestó José Báez, y ese comentario volvió a confundirla.

—¿Por qué me dices todo esto hoy? ¿Ha pasado algo?

El anciano se quedó en silencio unos segundos. Por un instante sus ojos se perdieron en la nada y Alicia temió que hubiera vuelto a desconectarse de la realidad. Sin embargo, él la miró otra vez con aquel brillo especial.

—Te cuento esto porque sé que no estás pasando por un buen momento y quiero que recuerdes que los momentos son solo eso: momentos. La vida es una sucesión de momentos. ¡Atrévete! ¡Vive! Recuerdo con pesar haberte convencido de que escribir no era suficiente, pero me equivoqué y lo lamento muchísimo. Tal vez escribir es lo único importante para ti y, si es así, es lo que debes hacer. Eso debe ser suficiente. Tiene que serlo.

Alicia se quedó en silencio. No recordaba que su padre le hubiera quitado las ganas de escribir. Pensó en todos los años vividos. No había muchos momentos extraordinarios que recordar. Todo había sucedido de una manera más o menos predecible. Su formación como abogada, sus primeras experiencias con el amor, el sexo y todo lo demás. Nunca tuvo una relación estable y nunca se casó. Tenía cuarenta y cinco años y se sentía vacía. No por vivir sola, sino por vivir la vida que otros suponían que debía vivir. Por hacer siempre lo que se esperaba de ella; algo que también parecía impuesto, como el tráfico y la visita de los miércoles a casa de sus padres. Se sentía vacía porque siempre decidía no decidir y dejarse llevar. ¡Cuánta razón tenía papá! Si era su demencia lo que lo hacía hablar así, tenía que agradecerle a esa locura que le hiciera ver lo equivocada que estaba. ¿Se atrevería? ¿Viviría tal y como le aconsejaba su padre? Le parecía extraño haber mantenido aquella conversación después de tanto tiempo sin conectar con su viejo de esa manera, pero le gustó; le dio fuerzas para replantearse su propia vida. Tal vez la visita de los miércoles se le hiciera más amena a partir de ese momento si podía tener una conversación de ese tipo con papá. Ojalá sus neuronas no murieran con tanta rapidez.

La voz de su padre la trajo de regreso:

—¿Podrías traerme un vaso de agua, mi hija? Me he quedado seco de tanto hablar.

—Claro. Vengo enseguida.

Alicia echó un vistazo al reloj de pared del pasillo: las cinco menos diez. ¿Dónde se había metido su madre? Entró en la cocina y llenó un vaso de agua. En ese momento escuchó la llave girando en la cerradura de la puerta de la calle. Su madre se asomó a la cocina con la cara desencajada y los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Alicia dejó el vaso sobre la encimera y se acercó a ella.

—¡Mamá! ¿Qué ocurre? ¿Dónde estabas?

—¡Ay, mi niña! —se lamentó la anciana—. Te he llamado un montón de veces. ¿Dónde estabas tú?

—Olvidé el móvil en casa. He venido directamente desde la oficina. ¿Qué es lo que pasa?

—Es tu padre —anunció la mujer entre sollozos—. Se ha ido, Alicia.

Alicia no entendía una palabra de lo que decía su madre. ¿A qué se refería con «se ha ido»? ¿Se había marchado? ¿Se había vuelto loco de remate? Su mente confundida no procesó la información de manera correcta y solo se le ocurrió preguntar:

—¿Se ha ido a dónde, mamá?

Algo dentro de ella le dijo que, si quería obtener una respuesta coherente, debía hacer una pregunta coherente, y aquella pregunta era estúpida. Su padre no se había ido a ninguna parte porque estaba sentado en el sillón del salón, pero hasta ese día Alicia no sabía que había momentos en los que la locura lo envolvía todo y la vida se antojaba irreal o tal vez demasiado real, y aquel era uno de esos momentos, un momento de locura.

La madre la miró con pena. Enjugó las lágrimas y contestó:

—Ha muerto hace dos horas. Su cuerpo está en el tanatorio. He venido a recoger algunos documentos para los trámites. Menos mal que te encuentro aquí.

Alicia no contestó. Se quedó mirando a la anciana en silencio mientras esta le contaba entre sollozos no sé qué de una embolia cerebral, de la necesidad de hacer una autopsia y de la agonía de no saber qué hacer. Con la voz de su madre aún sonando a su espalda volvió al salón y se quedó largo tiempo observando el sillón vacío. Su madre la siguió y la abrazó por detrás. Alicia le cogió las manos, arrugadas y frías, y las mantuvo alrededor de su cintura. No lo hizo para consolarla, sino para aferrarse a la realidad mientras echaba un último vistazo a su propia locura. Recordó la conversación que acababa de mantener con su padre muerto y una amplia sonrisa le hizo curvar los labios. Cerró los ojos y dejó correr las lágrimas mientras pensaba que aquel era un buen momento para empezar a escribir.

LIMPIEZA DE CHOQUE

A las doce de la noche, Antonio Toledo estaba agachado sobre el suelo de mármol del aula de laboratorio del instituto de enseñanza secundaria Emiliano Acosta, uno de los muchos centros que se repartían por la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, para intentar, en palabras del propio Antonio, enderezar a tanto vago.

Frotaba con insistencia una mancha oscura con la mano derecha enfundada en un guante de látex. Maldecía por lo bajo la torpeza de los críos y su permanente actitud festiva ante las cosas importantes de la vida. Antonio incluía las clases de Química del profesor Trejo entre esas cosas. También odiaba su irresponsabilidad manifiesta que nunca parecía tener consecuencias graves para ellos.

Antonio era el miembro más veterano y el encargado del pequeño equipo de limpieza nocturno. Ser el encargado no le otorgaba muchos privilegios. A decir verdad, era un marrón. Trabajaba lo mismo que el resto y, además, debía supervisar el trabajo de los otros tres jóvenes que componían el equipo: Pedro, un guitarrista venido a menos que fantaseaba con convertirse en una estrella de rock y que intentaba hacerse el gracioso más veces de las que a Antonio le habría gustado; Ana, una chica que estaba como un tren, pero que berreaba como una gitana en medio del mercado y a la que no le importaba venir a trabajar con camisas de escotes enormes que dejaban muy poco a la imaginación, y Rita, un poco más recatada que Ana y bastante más fea, con una delgadez enfermiza que al veterano limpiador le hacía recordar a las prisioneras de los campos de concentración de la Alemania nazi, y a la que había sorprendido en más de una conversación con los otros dos criticando su

supuesta actitud déspota y su mal humor, como si a él le pagaran por ser simpático. La verdad era que lo que pensara de él la flaca —como llamaba a Rita cuando ella no estaba presente— le importaba muy poco. Nunca había tenido en cuenta lo que la gente opinaba de él y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Aquel variopinto grupo de empleados se encargaba de mantener las dependencias del instituto en «perfecto estado de revista», según la expresión empleada por doña Mercedes, la directora del centro, una septuagenaria que se negaba a jubilarse convencida de que, si lo hacía, se moriría al día siguiente. A Antonio le resultaba más que familiar aquella expresión que había escuchado por primera vez durante su servicio militar, hacía de eso ya demasiado tiempo.

Su obligada incorporación a filas lo había llevado a formar parte del tercio Don Juan de Austria de Fuerteventura, isla abandonada de la mano de Dios a poco menos de cien kilómetros de África, en la que se había sentido tan perdido y desgraciado como Unamuno durante su destierro.

La llegada de cinco mil legionarios a la capital de la isla, dos años antes que la llegada de Antonio, no supuso una grata experiencia para la población local, que era solo un poco más numerosa que la de los *novios de la muerte*.

En aquella época, Puerto del Rosario era aún un lugar muy poco habitado y bastante desolador, muy parecido a aquel Sáhara Occidental que los propios legionarios habían abandonado en 1975, tras la Marcha Verde, y que merecía, con honores propios y a juicio de Antonio, su nombre primigenio: Puerto Cabras.

Esa antigua denominación se cambió en 1955 por acuerdo unánime del Ayuntamiento de la capital majorera. Al parecer, el nombre era vejatorio y resultaba una humillación para los habitantes de la zona. Cuando Antonio abandonó Telde, su ciudad natal, en 1977, para dar con sus huesos en la dársena del puerto de aquella isla perdida en el océano Atlántico, no pudo estar más de acuerdo con que Puerto Cabras era un nombre mucho más apropiado para aquel lugar. Allí el tiempo parecía haberse detenido en algún momento de un pasado remoto. No ofrecería al visitante mucho más que la mirada de unos caprinos de ojos vidriosos.

No se trajo muy buenos recuerdos del ejército ni de Fuerteventura. De hecho, a pesar de tantos años, todavía tenía algunas pesadillas que lo devolvían a aquella época. En ellas se veía dentro de una asquerosa y asfixiante garita, portando un cetme modelo C. Agradecía no haberlo tenido que usar más allá del campo de tiro. El cetme fallaba más que una escopeta de feria. En aquellos sueños miraba al infinito como si un millar de moros estuvieran tramando la osada hazaña de invadir la isla.

Una de las consignas del sargento Duque, hombre tosco, malencarado y poco dado a las palabras amables, consistía en que las dependencias del cuartel debían estar en todo momento en perfecto estado de revista. El sargento Duque le había enseñado muchas cosas. Las que más había agradecido Antonio eran algunas técnicas para mantener a la gente a raya, para evitar que tuvieran la tentación de faltarle al respeto o para que pagaran el precio si se atrevían a hacerlo. Una pena que al cabronazo del sargento le hubiera dado por colgarse de una de las cuerdas del gimnasio de la escuadrilla después de haber recibido la drástica noticia de que un cáncer de páncreas estaba devorándole las entrañas a una velocidad de vértigo. Fue precisamente Antonio el que casi se da de bruces con los zapatos de Duque, que quedaban de manera indecorosa a la altura de sus ojos. El sorprendido soldado había recorrido después el resto de la anatomía del sargento hasta descubrir su rostro, que parecía mirarlo desde arriba con la cabeza ladeada y una sonrisa burlona. Antonio había dado la voz de alarma, pero nada pudieron hacer por el malogrado suboficial. Era este un recuerdo que perduraría en su memoria hasta el día de su propia muerte. Una pena, sí, porque podía haber seguido aprendiendo mucho de aquel hijo de puta. No obstante, la vida seguía o, como solía decirse, el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Así que allí se encontraba, con la imagen del sargento en la mente, colgado de una soga y con la cabeza ladeada a la izquierda. En su cabeza, el suboficial le ordenaba que limpiara hasta dejar las dependencias en perfecto estado de revista. Antonio frotaba el paño contra el suelo en un desesperado intento de quitar aquella mancha asquerosa que algún chiquillo amante del relajo y poco dado al estudio había causado. Un niño al que no habían educado con respeto y autoridad. Respeto y autoridad. Eso era lo que le hacía falta a esta panda de gandules maleducados que se subían a las barbas del profesorado y de sus propios padres. De buena gana los metía él a todos ellos en el tercio. Antonio

consideraba la disciplina el condimento indispensable en la dieta con la que debía alimentarse a todos esos holgazanes descarriados. Delincuentes, carajo. ¡Chatarra! Él había sido educado con sangre, como debía ser. Y era, en todos los sentidos, un hombre que se vestía por los pies.

—¿Cómo va eso, abuelo?

La voz de Pedro le hizo volver la cabeza para mirar al recién llegado. Pasó por alto el apelativo que pretendía ser cariñoso y que a él le sentaba como una patada en el vientre. En más de una ocasión había estado tentado de advertirle a aquel patán de que no lo llamara de ese modo, pero algo en su interior le decía que con esa actitud solo conseguiría que el gilipollas de Pedro continuara haciéndolo, solo por joder. Tal vez si aparentaba no darle importancia, el muchacho se cansaría y empezaría a llamarle Antonio, como debía ser, aunque en realidad y amparado en la diferencia de edad y en su supuesta autoridad como encargado, lo correcto para él sería que lo llamara don Antonio. Eso estaría mucho mejor. Después pensaba que, aunque el chico no cesara en esa manía de llamarle así, al final a él solo le quedaban unos meses para jubilarse y dejar todo aquello, y no merecía la pena entablar una disputa más seria por algo que a los demás les parecería una tontería. Quizás diez años antes le habría dado una buena paliza al joven para dejarle claro cómo debía dirigirse a él, pero a estas alturas de su vida no le apetecía terminar en el juzgado y ser tratado por el juez como un abusón.

—Trae un poco del líquido asesino —ordenó con brusquedad refiriéndose al producto especial que usaban para quitar las manchas más difíciles—. Esta mierda no va a salir tan fácil.

Pedro esbozó una amplia sonrisa y mostró a Antonio una botella de cristal que en algún momento había contenido agua natural, llena de un líquido oscuro parecido al zotal.

—¡Tachán! —exclamó de manera teatral—. Imaginé que solo con detergente no ibas a quitarla. —Se acercó y le tendió la botella advirtiéndole—: Ten cuidado, abuelo. Ya sabes que irrita los ojos una pasada.

Antonio se la arrancó literalmente de las manos, malhumorado, le quitó el tapón de corcho que la mantenía cerrada y alejó el gollete de su rostro, para evitar que el líquido lo alcanzara en el momento de verter un poco sobre la

mancha del suelo. Una espuma blanca cubrió la zona y un olor parecido al del salfumán lo obligó a girar el rostro.

—¡Joder! —protestó—. No tengo ni idea de qué coño está hecho esto, pero pobre de aquel al que alcance.

—Meados de rata y un poco de aguafuerte, abuelo. La bebida del diablo —dijo Pedro sin poder evitar reírse de su propio chiste.

Antonio lo miró con hastío. Se levantó y le ofreció el paño al joven.

—Agáchate aquí y estrega tú un poco ahora, que yo he tenido bastante por hoy. Que le den por culo a la mancha esa.

Pedro obedeció. Se inclinó sobre el pequeño charco, dejó el paño junto al balde con agua y detergente que había estado usando Antonio y eligió un estropajo para comenzar a estregar el suelo.

—¡Eh!, parece que sale —anunció jubiloso.

—No me extraña. Ese líquido es dinamita —contestó Antonio—. No le des muy fuerte, no sea que te vayas a cargar también el suelo. Voy a ocuparme de otros asuntos. Pásale después la fregona a esto un par de veces y acuérdate de aclarar el agua, que te conozco.

—Sí, abuelo. No te preocupes, hombre.

Antonio se quedó un segundo mirándolo desde arriba. Creyó oír la voz del sargento Duque susurrándole algo al oído. Un deseo repentino lo asaltó sin que pudiera evitarlo. Tuvo ganas de coger al chico por el cuello y enterrarle la cabeza en aquella mancha hasta que el líquido corrosivo le agujereara la cara; levantársela después unos centímetros y estamparla contra el suelo un par de veces. Sumido en sus pensamientos, visualizó la escena con claridad: la nariz de Pedro rota y sangrante. Vio trozos de dientes expulsados en todas direcciones. Observó su cara de perplejidad, sorprendida y aterrada, antes de que él volviera a golpearlo contra el mármol. Contempló su cuerpo inerte sobre la asquerosa mancha del suelo como la piel de un oso en el salón de un piso caro. La voz del chico borró la escena de un plumazo.

—¿Te pasa algo, abuelo?

—Estoy bien —contestó al tiempo que se giraba para abandonar la sala

con una sonrisa maliciosa, satisfecho de haber disfrutado de su experiencia virtual. Un poco de disciplina. Eso era lo que merecían los jóvenes de hoy. ¡Chatarra!

Bajó las escaleras que daban al sótano y enfiló el largo pasillo a la derecha hasta la puerta de madera del fondo que permanecía siempre cerrada con llave. Había encontrado la nota de doña Mercedes escrita a mano en el cuarto de limpieza, pegada con cinta adhesiva a su taquilla; un sencillo folio doblado en cuyo reverso se leía claramente su nombre. Su contenido era escueto, pero claro:

«Antonio, es necesario hacer una limpieza de choque. Las llaves del trastero del sótano están en la recepción, dentro del cajetín».

La nota no aclaraba cuándo quería la directora que hicieran esa limpieza de choque, pero, si pretendía que el trabajo se realizara con el personal del que disponía, tendría que dispensarlos a todos del resto de tareas mientras durara la limpieza del trastero, aunque, por lo pronto, le valía. Echaría un vistazo a ver cómo estaba aquello e informaría a doña Mercedes primero.

Introdujo la llave en la cerradura y la giró dos veces a la derecha. Empujó la puerta, que cedió con un quejido herrumbroso. Al momento escuchó un ruido extraño, como de cucarachas caminando sobre papel de periódico. Aspiró, muy a su pesar, el aire de la estancia, que lo recibió con un insoportable olor a humedad y podredumbre. Otro olor, como el de la carne putrefacta, le llegó mezclado con el resto. Pulsó el interruptor de la luz y un tímido haz amarilloso salió disparado del polvoriento bombillo que colgaba del portalámparas del techo. Antonio se quedó en el umbral contemplando el interior con una mueca de repulsión en la cara. No era muy grande, pero algo más de lo que imaginaba. Tal vez veinte metros cuadrados. Estaba lleno de trastos de todo tipo: pupitres y sillas rotas. Los trastos estaban apilados en una columna imposible. Tal vez podría ser laureada en un museo de arte moderno, pero no allí. Junto a la puerta, un montón de cajas llenas de archivadores. Un poco más al fondo, una estantería con botes de pintura, una pizarra de las antiguas y una mesa del profesorado. Antonio rememoró sus años de estudiante de primaria. Cuántas batallas de tiza durante los cambios de clase.

Miró hacia arriba, por encima del bombillo que se afanaba en no dejar ningún lugar en sombras, pero fracasando de forma estrepitosa en el intento, para descubrir unas anchas vigas de madera de las que pendían multitud de telarañas. «Más arañas, menos moscas», pensó Antonio, aunque era consciente de que, de haberlas, las moscas tendrían que entrar por los conductos de aire o por debajo de la puerta, ya que aquel lugar carecía de ventanas, lo que lo llevó a pensar que las arañas debían de ser muy tontas o muy listas. No sería raro que más de uno de aquellos insectos muriera de aburrimiento mientras esperaba alguna presa que llevarse a la boca.

El lugar se había convertido en una jodida pocilga. Aquel trabajo les llevaría tres o cuatro noches como mínimo. Tendrían que sacar todos los trastos y apilarlos en la parte más ancha del pasillo para que alguna empresa de transporte los llevara al punto limpio más cercano. Después, la dirección del colegio debería llamar a un especialista en plagas para terminar con los bichos que seguramente pululaban a sus anchas y solo entonces… De repente, percibió un movimiento a su derecha. Antonio tuvo la impresión de que algo grande se balanceaba de un lado a otro como si de una de las vigas colgara el péndulo de un enorme carillón. Giró la cara en esa dirección con el corazón a mil, pero no vio nada extraño. «Te estás haciendo viejo, pensó. Viejos pensamientos, viejos fantasmas». Se disponía a apagar la luz y volver a cerrar la puerta cuando una masa gris, que olía a paño mojado con agua sucia, pasó por encima de sus botas, lo hizo trastabillar hacia atrás y lo obligó a maldecir en voz alta:

—¡Joder! Qué coño…

Una rata casi tan grande como un gato corrió hacia el fondo del cuarto seguida de su enorme rabo. Cuando se supo a una distancia prudencial, giró sobre sí misma, se sentó sobre sus cuartos traseros y lo miró desafiante.

—¡Me cago en tu puta madre! —le espetó Antonio desde la distancia.

Echó de menos por primera vez en mucho tiempo su cetme modelo C del ejército, con el que no habría dudado en pegarle un tiro a aquel bicho asqueroso. El animal no se dio por aludido. Antonio cogió uno de los archivadores y lo lanzó en dirección al roedor con todas sus fuerzas.

—¡Lárgate de aquí!

La rata se elevó sobre las patas traseras y emitió un chillido agudo para plantarle cara. Aquel gesto hizo que a Antonio le recorriera un frío glacial desde la base del cuello hasta el final de la espalda. Hacía tiempo, mucho tiempo, que nadie le había hecho sentir tanto miedo. Apagó la luz a toda prisa y cerró la puerta girando la llave dos veces a la izquierda. Se giró para enfilar el pasillo en dirección a la escalera y se llevó el segundo susto de esa noche.

—¿Ocurre algo?

No pudo ahogar el grito que salió de su garganta y lo dejó escapar libremente, lo que asustó a Rita, que había bajado alarmada por sus improperios dirigidos a la rata. La chica se cubrió instintivamente el rostro con las manos como si temiera que el encargado le fuera a arrear un golpe. Antonio se llevó la mano al pecho.

—¡Joder, Rita! Casi me matas del susto.

Sus palabras pretendían justificar su grito más que pedir disculpas. El corazón le latía todavía a una velocidad endiablada y la visión de la rata, erguida y desafiante, no se apartaba de su mente.

—Pues anda que tú a mí… —se quejó la joven con amargura.

—Bueno, volvamos arriba. Ya he visto lo que quería ver aquí abajo —ordenó desesperado por alejarse de aquel lugar cuanto antes.

A la mañana siguiente, a pesar de que había dormido poco y mal, Antonio acudió al instituto. Necesitaba hablar con la directora sobre la limpieza del trastero del sótano. No pensaba entrar en aquel chiquero si antes no exterminaban a las ratas y a las cucarachas. Tuvo que esperar media hora sentado delante de su despacho hasta que a la anciana le salió de las narices recibirlo. Durante todo ese tiempo, Antonio ensayó un improvisado discurso en el que incluyó alusiones a la seguridad e higiene en el trabajo y a la peligrosidad de respirar en ambientes como el de ese sótano inmundo. Después convino en que sería mejor no utilizar esa palabra en concreto. «Inmundo» sonaba demasiado pomposo y exagerado. Tal vez «sótano en unas deficientes condiciones de salubridad» era una expresión más idónea. Eso hubiera dicho el sargento Duque. ¡Qué *crack*!

La secretaria de dirección le indicó con un gesto que ya podía pasar. Antonio rememoró su época de legionario. Más de una vez tuvo que esperar delante de la puerta del teniente para recibir una reprimenda por su exceso de celo en las guardias en las que obligaba al sargento de turno a echarse cuerpo a tierra con las manos en la nuca fingiendo que no le oía responder al santo y seña. A todos los sargentos, excepto al sargento Duque. En aquellas ocasiones, también tenía que esperar frente a la puerta del despacho y era el cabo el que le hacía aquel gesto con la cabeza para indicarle que ya podía pasar.

Se asomó al despacho de la directora del mismo modo en que lo había hecho la noche anterior al umbral del trastero. Por un segundo imaginó que veía a la rata sobre la mesa, junto a la anciana, con su gesto altivo, mientras doña Mercedes le acariciaba el lomo con delicadeza. La voz de la directora lo devolvió a la realidad y la visión se fue tan rápido como había venido.

—¿Qué se te ofrece, Antonio? —preguntó sin levantar la vista de unos papeles que fingía ojear con las gafas demasiado cerca de la punta de su nariz.

—Buenos días, doña Mercedes —saludó él con respeto y con la vista fija en los papeles que la directora tenía sobre la mesa—. Quería hablar un momento con usted acerca del trastero.

La directora levantó la vista, se quitó las gafas y lo interrogó con la mirada. A pesar de su avanzada edad, el brillo de sus ojos mostraba retazos de la mujer hermosa que había sido. Antonio comenzó con su discurso ensayado:

—Mire, ese trastero está demasiado... sucio —añadió lamentándose de no haber sabido usar la palabra adecuada. «Inmundo» habría resultado exagerado; «sucio» se quedaba demasiado corto. Todo su discurso sobre la higiene y la salubridad se había ido al traste.

La directora mostró curiosidad por primera vez.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, Antonio. ¿Qué trastero, mi niño?

A Antonio le gustó el tono cercano y cariñoso de la directora, y pensó con un poco de pena que, aunque quisiera seguir al frente de sus funciones, la cabeza empezaba a fallarle un poco.

—El trastero del sótano, doña Mercedes —aclaró—. Me dejó una nota para hacer una limpieza de choque.

La directora se dejó caer sobre el respaldo de su confortable silla de cuero y se llevó una pata de las gafas a la boca, la mordió de forma distraída y escrutó al encargado de la limpieza con la mirada.

—¿Qué nota? —inquirió encogiéndose de hombros.

Antonio se impacientó. Estaba claro que las facultades mentales de doña Mercedes empezaban a mermar. Se llevó la mano al bolsillo para sacar la nota manuscrita, pero recordó que se había cambiado de pantalón por la mañana. Maldijo para sí. ¿Cómo se iba a imaginar que sería necesario mostrar el papel para refrescarle la memoria a la vieja?

—Me la he dejado en casa —informó un poco contrariado—. Me he cambiado de pantalón antes de venir.

La directora lo miró como si fuera un bicho raro —una rata de trastero quizás— y le dijo con firmeza:

—Yo no te he escrito ninguna nota. ¿Por qué iba a hacerlo? Si quisiera hacer una limpieza…, ¿cómo la has llamado?, «de choque», se lo habría dicho a tu jefe directamente. ¿Cuándo te he dejado yo una nota de nada?

Antonio no esperaba aquella respuesta. Estaba confundido, pero la directora tenía razón. A fin de cuentas, aunque algún profesor pudiera a veces darle alguna indicación, el equipo de limpieza pertenecía a una empresa que el colegio había subcontratado, y era su jefe quien le decía qué debía hacerse, cómo y cuándo, para que él hiciera llegar esas indicaciones al resto del equipo. Dudó entre creer que la directora sabía perfectamente de qué estaba hablando y pensar que a la pobre se le había ido la chota del todo y chocheaba claramente. Doña Mercedes continuó hablando:

—Además, la verdad es que no me interesa el estado de ese trastero. Está vacío desde hace mucho tiempo. Tampoco habría demasiado que hacer allí. Fregar el piso y poco más, imagino. Por ahora y por lo que a mí respecta, se queda como está.

—Entonces, la nota…

—No tengo ni idea de quién la escribió. Pregúntale a tu jefe, al de

seguridad o a alguno de tus compañeros. A lo peor quisieron gastarte una broma. Discúlpame, pero, si no tienes nada más que decirme, tengo que ocuparme de algunas cosas.

La directora volvió a apoyar sus gafas en la punta de la nariz y se enfrascó en la lectura de los papeles que tenía delante, ignorando a un Antonio perplejo que abandonó el despacho con una tímida disculpa. Al llegar a casa, le faltó tiempo para recuperar el pantalón de la cesta de la ropa sucia. Miró en los bolsillos delanteros con ansiedad. Si alguien pudiera ver la escena desde fuera, pensaría que se trataba de un yonqui buscando con desesperación una *papela* perdida. No halló nada en ellos y probó con los bolsillos traseros con idéntico resultado. Maldijo en voz alta y lanzó el pantalón al interior de la cesta con rabia. Entonces pensó que tal vez se había caído dentro de esta y sacó una por una todas las prendas de ropa, pero tampoco estaba allí. Antonio era un solitario. Las mujeres, a su entender, solo daban problemas. Estaban bien para una noche, pero poco más. Sin embargo, la gente solía decir que las féminas eran capaces de encontrarlo todo, y en ese momento Antonio echó de menos no haberse casado. De haber sido así, seguramente su mujer habría encontrado la nota como un buen sabueso. Qué se le iba a hacer. Se resignó, se desnudó y se metió en la cama malhumorado. Ya preguntaría al de seguridad durante el turno de esa noche si sabía quién había sido el gracioso que había escrito la nota.

A las diez menos cuarto, un poco antes de empezar la jornada, las chicas conversaban. Pedro probaba junto a ellas unos auriculares inalámbricos que había adquirido esa misma mañana y Rita le hizo una señal con la mano para que atendiera a lo que decía. Él detuvo la música que sonaba en su móvil y preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿No te has enterado de lo que le he contado a Ana?

El chico se encogió de hombros. En verdad, no le apetecía mucho escuchar chismes, y menos aún en el trabajo. Los comentarios por lo bajini solo complicaban las relaciones.

—¿Qué le has contado? —preguntó dándose por vencido ante la mirada

inquisitoria de su compañera.

—Lo que pasó ayer en el sótano.

—¿En el sótano? ¿Qué hacías en el sótano? Nosotros no limpiamos ahí abajo, lo hacen los de mantenimiento.

—Ya lo sé. Pero escuché que alguien gritaba, diciendo palabrotas y maldiciendo.

—¿Anoche? Yo no escuché nada.

—Porque siempre tienes esos cascos puestos —le reprobó Ana al tiempo que se tocaba la oreja.

—Anoche no tenía cascos, lista —se defendió Pedro—. Estos son nuevos.

—Da igual —medió Rita—. Yo sí lo escuché y bajé a ver qué pasaba. ¿A qué no sabes quién gritaba?

—¿El de seguridad? —se aventuró Pedro—. ¿Entraron a robar o algo así? Yo no me enteré de nada. Me pasé media noche intentando quitar la mancha del suelo del aula de laboratorio.

—No era el de seguridad —aclaró Rita—. Era Antonio.

—¡No jodas! —se sorprendió Pedro—. ¿Y qué hacía el abuelo en el sótano?

—Rita dice que estaba delante de una puerta, al final de la escalera —informó Ana.

—¿Una puerta?

—Sí —continuó Rita—. Creo que es la de ese trastero que hay ahí abajo. Me acerqué a ver qué le pasaba y le di un susto de cojones.

Pedro y Ana se rieron al imaginar la escena.

—Pero él también me lo dio a mí. Tenía los ojos desencajados y cuando se giró me dio un grito en el oído que casi me deja sorda.

—Es un tío muy raro —dijo Ana—. Y creo que es un salido. Siempre está mirándome las tetas.

—Lo difícil es no mirártelas —comentó Pedro con sorna volviendo a

centrar la atención en los cascos nuevos y en su móvil.

—Que te den por culo —contestó Ana mostrándole el dedo medio extendido.

Rita soltó una carcajada.

—Buenas noches.

La voz de Antonio los sorprendió. Ninguno lo había oído llegar. Ana dio un respingo.

—¡Jesús! —exclamó esperando que no la hubiera escuchado.

—¿Alguno de ustedes ha visto al jefe en estos días? —preguntó Antonio, dirigiéndose a Pedro y a Rita e ignorando a Ana de forma deliberada.

—El jefe nunca pasa por aquí, que yo sepa —contestó Rita.

—Ya —dijo casi para sí mismo.

—¿Pasa algo, abuelo? —quiso saber Pedro.

—Nada. Venga. Todo el mundo al tajo.

Las dos chicas se miraron entre ellas. Ana se llevó el dedo índice a la sien y lo giró en ambas direcciones para indicar que Antonio estaba como una cabra. Rita contuvo la risa. Pedro empujó su carrito de limpieza en dirección al aula de laboratorio y Antonio fue en busca del vigilante de seguridad, que negó haber visto al jefe de la empresa de limpieza y juró no tener ni idea de ninguna nota. Antonio volvió al cuarto de limpieza y salió de él empujando su carrito. Iba dándole vueltas al asunto del trastero. Dejó el carro a un lado del pasillo y volvió a la recepción. El vigilante estaba haciendo la ronda y había dejado la puerta abierta, como la noche anterior. Si el sargento Duque hubiera estado de guardia, lo habría empurado sin miramientos por ese despiste. Antonio se acercó al cajetín y cogió el llavero con el rótulo «TRASTERO SÓTANO». Ya no volvería a devolverlo a su lugar. Bajó las escaleras y se enfrentó a la puerta de madera mientras expulsaba el aire por la nariz. «Está vacío desde hace mucho tiempo», había dicho la directora. Si eso era verdad, estaba claro que alguien se había dedicado a dejar trastos allí dentro sin ponerlo en conocimiento de la dirección. Dar esa información tal vez le haría subir algunos enteros a los ojos de doña Mercedes. Uno nunca sabía cuándo

podían hacerle falta contactos importantes.

Giró la llave dos veces a la derecha y abrió la puerta muy despacio, teniendo cuidado esta vez de que su amiga la rata no le saltara encima. Pulsó el interruptor de la luz con unos dedos temblorosos y un haz blanco iluminó la estancia. Antonio abrió la boca como para decir algo, pero volvió a cerrarla sin apartar la vista del interior del trastero. Recordaba perfectamente lo que había visto la noche anterior. Para empezar, la luz era amarilla y el bombillo que pendía del techo pedía a gritos un relevo. Sin embargo, la segunda vez, una inmaculada luz blanca le dio la bienvenida desde un plafón atornillado al techo. A pesar de estar vacío, el cuarto ya no parecía tan grande. De hecho, a Antonio le pareció que el interior no medía más de ocho o diez metros cuadrados. ¿Cómo era posible? Retrocedió un poco para comprobar que, efectivamente, aquella era la única puerta en esa pared y no se había equivocado de cuarto. Después pensó que la llave era la misma que había usado la noche anterior, por lo que no había posibilidad de error. Entonces dio un par de pasos para entrar en el cuarto y escrutó la estancia de punta a punta. No había ni rastro de los objetos que había visto en su primera visita. Nada de suciedad ni de olor a humedad. Nada de cucarachas. Nada de ratas.

La puerta se cerró tras él con un sonoro golpe y Antonio dio un brinco de sorpresa. A su derecha algo se movió. Otra vez aquella sensación de percibir un balanceo como si un enorme péndulo de carillón oscilara de derecha a izquierda en el fondo del trastero. El encargado de la limpieza se giró muy despacio, convencido de que iba a ver justamente lo que estaba a punto de ver: allí estaba el cuerpo del sargento Duque colgando de una de las vigas del techo, con la cabeza ladeada y la lengua asomada de modo grosero entre los labios amoratados. Antonio se restregó los ojos con fuerza y se dijo a sí mismo que aquello no podía ser real, pero cuando volvió a abrirlos, la visión del sargento Duque no había desaparecido. El encargado corrió hacia la puerta con la intención de salir de allí a toda prisa, pero una voz a su espalda lo detuvo.

—No tan deprisa, soldado Toledo.

La voz del sargento Duque, rasposa y carente de empatía, lo dejó clavado al suelo.

—¡Media vueltaaa… Arrr!

Antonio giró sobre sus talones de manera castrense, con la extraña sensación de que una fuerza superior controlaba su voluntad. Miró el cuerpo colgado del techo como lo había visto hacía más de cuarenta años. No entendía qué estaba pasando e intentó consolarse pensando que soñaba y que en cualquier momento despertaría para dejar atrás aquella pesadilla.

—Aquí abajo, Toledo —le espetó la voz del sargento.

Antonio bajó la mirada y retrocedió dos pasos. La rata lo miraba con sus ojos vivarachos erguida sobre sus cuartos traseros a los pies del cuerpo del sargento.

—Has envejecido mucho, cabroncete —le dijo la rata con la voz de Duque y sin mover el hocico. Antonio tuvo ganas de vomitar e hizo un esfuerzo por no mojarse los pantalones—. ¿Cómo andas de fuerzas?

—Mi sargento…, ¿de verdad es usted? —balbuceó.

—Pues claro que soy yo, gilipollas. ¿Quién iba a ser si no? —contestó la rata—. He tenido que venir a ayudarte, zoquete, porque parece que te has convertido en un blandengue y no eres capaz de dejar esto en perfecto estado de revista. He visto cómo te trata esa panda de gandules.

—Pero, mi sargento, yo…

—¡Cállate, Toledo! Escúchame atentamente. Voy a explicarte cómo debes realizar la limpieza de choque.

La rata habló durante algunos minutos más y comunicó a Antonio Toledo las instrucciones precisas para hacer la limpieza. El encargado escuchó atentamente mientras el enorme roedor le explicaba la diferencia entre el trastero que había visto la noche anterior y ese que presenciaba. Cómo funcionaban las cosas cuando alguien se hacía cargo de la chatarra. Cómo debían ser las cosas a partir de ese momento. Antonio escuchaba al sargento Duque a través de la rata con la misma devoción con la que lo había hecho durante el servicio militar. Entendió lo que se le pedía y se comprometió a hacerlo, por supuesto. Una orden era una orden. Y aquella orden estaba clara como el suelo de aquel nuevo y reluciente trastero.

La noche en la que todo ocurrió, Ana y Rita habían hablado con Pedro. Querían saber si él también notaba a Antonio más raro y taciturno de lo normal. Las chicas creían que estaba muy cambiado. Las miraba con desconfianza y evitaba hablar con ellas. Lo habían sorprendido espiándolas mientras las dos se cambiaban en el cuarto de limpieza. Les había parecido oírlo correr por el pasillo cuando una de ellas se acercó a la puerta, que habían dejado entreabierta por descuido, con la intención de averiguar quién estaba acechando por la abertura que quedaba entre la hoja de madera y la jamba.

Pedro no pensaba lo mismo. Su impresión era que las mujeres siempre veían cosas donde no las había. ¿Cómo podían estar seguras de que había sido Antonio el que las espiaba y no el vigilante de seguridad? O, ya puestos, él mismo. Seguía disgustándole aquella manía que tenían sus compañeras de cuchichear sobre todo el mundo. Él venía a cumplir con su trabajo y poco más. ¿Por qué no podían hacer ellas lo mismo?

Fue precisamente la confianza de Pedro la que le impidió ver venir el golpe. Estaba fregando el suelo del aula de laboratorio, orgulloso de haber exterminado la mancha con el líquido asesino. Movía la fregona de izquierda a derecha y de derecha a izquierda al compás de la música que le llegaba a través de sus auriculares nuevos. Macaco cantaba a pleno pulmón: «Lo quiero todo, todo, todo contigo…», y Pedro movía las caderas mientras deslizaba la fregona con gracia. Un golpe seco en la base del cráneo apagó de repente para él la música y la luz fría del aula. Mientras la oscuridad envolvía su existencia, su cuerpo inerte, despatarrado boca abajo en el suelo, dejaba un reguero de sangre justo en el lugar en el que había estado la mancha que tanto trabajo le había costado quitar. Antonio dejó caer a un lado el bate de béisbol, giró el cuerpo de Pedro de un puntapié y vertió sobre su cara el contenido de la botella de cristal que alguna vez contuvo agua natural.

—La bebida del diablo —se burló en voz alta—. Bebe todo lo que quieras, amigo.

El líquido corrosivo hizo su trabajo y desfiguró poco a poco la cara del joven. El encargado estampó la botella vacía contra el suelo, que se hizo añicos junto al bate.

—Esto te pasa por no tenerme el debido respeto, mocoso —le dijo Antonio

al cuerpo sin vida de Pedro—. Ya ves cómo se las gasta el abuelo.

Se giró para ir en busca de su siguiente presa y sus ojos se toparon con los de Ana, que miraba desencajada la escena desde la puerta. Ambos mantuvieron la mirada unos segundos interminables hasta que la chica reaccionó y echó a correr por el pasillo. Antonio la siguió mientras maldecía en voz alta.

—No huyas, zorra. Solo quiero hacer limpieza. Este puto colegio necesita una limpieza de choque. ¡Ven aquí!

Ana llegó al final del pasillo. Antonio se acercaba deprisa. La chica bajó las escaleras que conducían al sótano gritando como una loca, esperando que Rita o el vigilante acudieran a socorrerla. Ninguno de ellos podía oírla. El vigilante estaba sentado en la silla de recepción con la garganta abierta de punta a punta. Antonio pensaba que se lo tenía bien merecido por no hacer bien su trabajo. Ni siquiera supo defenderse a sí mismo. ¡Chatarra! En cuanto a la flaca, fue mucho más sencillo apretar aquel cuello delgado durante un largo minuto. Su cuerpo yacía en el suelo del cuarto de limpieza en cuyo interior Antonio la había estado esperando, sabedor de que ella era la última del grupo que iba a recoger su carrito. Mucho hablar y poco trabajar. Más chatarra.

Quedaba terminar el trabajo. La rata había sido bastante explícita en eso: era necesario que todo quedara en perfecto estado de revista. Ana buscó refugio allí abajo. Empujó la puerta del cuarto trastero que cedió ante la presión. Entró en la habitación y cerró a su espalda. Mantuvo la puerta presionada con ambas manos, como si creyera tener la fuerza suficiente para mantenerla cerrada. No encendió la luz, por lo que no supo qué tipo de animal se abalanzaba sobre ella desde atrás y la mordía de forma despiadada en el cuello y en la espalda. Le llegó un olor nauseabundo a descomposición. Ana gritó, cayó al suelo y dio manotazos para quitarse de encima a la rata. Todos sus esfuerzos resultaron en vano; el animal, ajeno a sus súplicas, le arrancó la vida a jirones.

Minutos después, Antonio entró en el trastero portando una larga escalera de mano y una soga. Encendió la luz y sonrió con satisfacción al ver el cuerpo de Ana. El escote de la joven ya no le parecía tan apetecible con toda aquella

sangre cubriendo su piel. Colocó la escalera debajo de una de las vigas del techo y subió hasta el último peldaño. Pasó la soga por encima de la madera y la dejó caer por el lado opuesto. Amarró fuertemente uno de los cabos a la viga, introdujo la cabeza a través del lazo improvisado y se lo ajustó a la garganta. Era gratificante descansar después del deber cumplido. No esperó a escuchar la enhorabuena del sargento antes de dar un puntapié a la escalera.

CUIDADO CON LO QUE DESEAS

SSuelen decir que no debemos creer lo que no hemos visto solo porque alguien nos lo cuente. En cualquier caso, ¿no es ese el modo en que nos han contado otras historias similares a las que damos crédito sin cuestionarnos nada más? ¿Qué más da si alguien las escribe después o no? Las historias verdaderas se hacen un hueco a través del tiempo de la única manera que saben hacerlo: grabándose en las mentes de aquellos que las escuchan, porque si no quedan estampadas de manera indeleble en los textos, se reproducen de boca en boca. Se las arreglan para llegar a alguien de un modo u otro.

La protagonista de este relato es una niña. Imaginemos que los hechos principales ocurrieron una tarde de otoño de 1931, pero tengamos en cuenta que todo pudo empezar un poco antes, digamos tres años atrás. Imaginemos también que esos hechos principales tuvieron lugar justo cuando el sol comenzaba a ponerse en el horizonte, en un lugar llamado de algún modo en una ciudad cualquiera. No debemos preocuparnos demasiado por estos detalles. Sabremos de ellos a su debido momento, pero, con toda seguridad, ese lugar es conocido en la actualidad con un nombre diferente que ya nadie identifica con el nombre original, porque el paso del tiempo lo difumina todo y cambia la fisonomía de las pequeñas localidades y de las grandes ciudades, a la vez que transforma y entierra parte de su propia historia bajo toneladas de acero y hormigón.

Por un sendero que discurre entre cultivos, en un lugar llamado Las Tenerías, a pocos metros del océano Atlántico, una mujer vuelve a casa después de un duro día de trabajo como empleada doméstica. Acaba de dejar atrás el árbol del responso, junto al cementerio capitalino. Las olas rompen

contra la fachada este del camposanto. Una ligera brisa se levanta y acompaña a la mujer muy de cerca, silbándole al oído. Algo va a suceder y ella lo sabe. Se llama Águeda y tiene veinticinco años. Agarrada con fuerza a su mano camina su hija.

Dolores no es su primogénita. Águeda ya había dado a luz años antes; exactamente el 22 de julio de 1923. En aquella ocasión parió una preciosa niña a la que llamó María Magdalena. Nada más salir de su vientre, en el mismo momento en que la comadrona la colocó sobre el pecho desnudo de su madre, la abuela Justa se acercó al oído de su hija y le dijo con determinación, casi con urgencia, como si quisiera hacerse oír por encima del llanto de su nieta:

—¡Ay, Águeda!, ponle el nombre de María Magdalena, que hoy es su día. La sierva del Señor que logró ver al Cristo resucitado. Él protegerá a la niña de todo mal.

Águeda miró a su madre con ternura y cansancio. Horas de contracciones la habían dejado agotada y apenas le quedaban fuerzas para hablar. Relajó los esfínteres y expulsó por la vagina algo que se le antojó tan grande como su bebé, seguido de un líquido caliente y viscoso, y tuvo la sensación de que sus entrañas se vaciaban por completo y quedaban en reposo, agotadas, como la tierra en barbecho esperando la próxima siembra. No le gustó sentirse así, pero la recompensaba aquel angelito, carne de su carne, que buscaba su cobijo y protección. No quiso ni pudo discutir con su madre acerca de qué nombre ponerle a la niña. Además, le gustaba cómo sonaba el que doña Justa había elegido: María Magdalena. Era alegre y cantarín. Y ya que aquella niña había traído mucha alegría al hogar, era justo que tuviera un nombre como aquel. Así que fue ese el que facilitó cuando fue a inscribirla, aunque temía, sin embargo, que los chiquillos del vecindario terminaran llamándola solo María o simplemente Magda (Águeda rogaba que, por favor, nadie la llamase Lena).

A pesar de que sus padres no nadaban en la abundancia, María Magdalena creció siendo una niña rolliza y saludable, y su madre la mimaba con ese orgulloso amor que solo las madres son capaces de sentir. Pero esa situación solo duró cinco años. Después, María Magdalena enfermó, y su enfermedad, o aquello tan extraño y terrible que le sucedía, acabó con su vida.

A estas alturas de la historia es evidente que no es María Magdalena la protagonista. La hija mayor de Águeda tiene un peso importante en el relato, eso no es discutible, pero el verdadero protagonismo es de su hermana Dolores, que nació el 15 de octubre de 1926. Dolores, que estuvo muy cerca de la oscuridad y logró vivir para contarlo.

El nombre de la segunda hija de Águeda no tuvo nada que ver con el día de su nacimiento ni con la experiencia de parirla, ya que apenas se hizo de rogar. Su cabecita asomó enseguida bajo el vello púbico de su madre que pensó en ese momento que la niña debería estarle agradecida a su hermana, porque María Magdalena le había preparado el canal del parto para que no tuviera que abrirse el hueco a empujones, como le había sucedido a ella. Esta vez, Águeda no notó la salida de la placenta ni de ninguna otra cosa que no fuera el cuerpecito delgado y pálido de su segunda hija. Cuando la boca de Dolores buscó ávidamente el pecho de su madre, la abuela Justa no dijo nada. No sugirió que tal vez Teresa habría sido un buen nombre para la niña, teniendo en cuenta el día tan señalado que había elegido para venir al mundo. Se quedó mirando a la nieta y a su propia hija con el semblante pensativo. Águeda la miró con curiosidad. Tuvieron que pasar algunos años y algunas desgracias para que las palabras que aquel día salieron de la boca de la abuela con un suspiro tuvieran sentido para ella.

—Que el Señor la proteja. Que el Señor las proteja a las dos.

Cuando contrajo matrimonio con Francisco, no estaba en la mente de Águeda tener que trabajar para llevar dinero a casa. Era esa una tarea reservada a su marido, y, de hecho, durante los primeros años de su vida en común las cosas sucedieron como estaban previstas. Francisco era muy trabajador y cumplía con su parte del trato. La familia tenía lo suficiente para vivir. Su trabajo como dependiente en una tienda de las que en aquella época llamaban «de aceite y vinagre» le bastaba para llevar a casa el dinero necesario para poder comer, además de proporcionarle algunas viandas que ya habían perdido el aspecto aceptable para ser vendidas, pero seguían estando en buenas condiciones para llenar el caldero.

Su cuñada Lucía ayudaba a Águeda en todo lo que podía y estaba siempre muy pendiente de lo que pudiera necesitar. Lucía pasaba muchas horas en el

domicilio del matrimonio y las dos mujeres tenían tanta complicidad entre ellas que hasta Francisco tuvo más de un ataque de celos de su hermana.

Inquieto por el protagonismo que Lucía iba ganando en la vida de su mujer, Francisco decidió preguntar directamente a Águeda por la naturaleza de aquella relación.

—¿De qué hablas con Lucía durante tantas horas? —quiso saber.

—De cosas de mujeres —contestó Águeda—. Te aburrirías si te las contara.

Francisco se quedó pensativo y Águeda, que lo conocía bien y era capaz de adivinar lo que estaba pensando, le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—No, nada —dijo él sin mucho convencimiento. Estuvo a punto de no decir nada más, pero algo en su interior le dijo que aquella era la ocasión y que, si callaba en esa ocasión, debería callar para siempre. Hombre impulsivo y valiente, decidió expresar en voz alta lo que le bullía en aquella mente educada con los principios y la moral de los primeros años del siglo xx:

—Vale, es solo que a veces me da la impresión de que Lucía te mira de una forma extraña. Si no fuera una mujer, diría que está enamorada de ti.

—¿Qué dices, muchacho? —protestó su esposa escandalizada—. ¿Tú te estás oyendo? —lo amonestó con aquella pregunta retórica, mirándolo seriamente ante su perturbadora afirmación.

Francisco guardó silencio. No le apetecía discutir con Águeda, pero hacía tiempo que tenía la impresión de que Lucía se había convertido en una clara competidora. Alguien que estorbaba en su matrimonio.

Las cosas pudieron empeorar cuando, en un impulso incontrolable, que confirmaron los temores de Francisco, Lucía declaró su amor a Águeda una tarde de primavera en la playa de San Cristóbal. Su cuñada se quedó mirándola, sorprendida, y Lucía interpretó el gesto y el silencio como una invitación a que la besara. Se inclinó ligeramente sobre ella y sus labios se juntaron un instante, aunque no lo suficiente como para que algún bañista se percatara de ello. Águeda se moría de la vergüenza solo de pensar que cualquiera podría haber presenciado aquel indecoroso acto. Recordar la

sensación de los labios de Lucía en sus propios labios resultaba desconcertante y desagradable.

No sirvió de nada que la rechazara con discreción para no llamar la atención de la gente y que le dijera, con los dientes apretados por la indignación y la rabia, que no volviera a tocarla ni a pisar su casa bajo la amenaza de contarle lo ocurrido a Francisco. Lucía no se dio por vencida con tanta facilidad. Allí mismo, sin darle tiempo a replicar, le confesó que la amaba, que pensaba en ella a todas horas y que no iba a renunciar a su amor. Le juró que ella podía darle mucho más de lo que le ofrecía su hermano; que no fuera mojigata, que había zonas de su cuerpo que ni siquiera imaginaba a las que ella sabía llegar mejor que ningún hombre para darle mucho placer y que estaba segura de que le encantaría experimentarlo.

Águeda escuchó con la boca abierta. La mujer que tenía delante no era la Lucía dulce y complaciente que ella conocía. Era un demonio que escupía cosas horribles por la boca. Una guarra llena de deseo y lujuria que la incomodaba y la hacía sentir sucia. Doña Justa hubiera dicho que era «el pecado hecho carne», persignándose sin parar con aquel gesto suyo que parecía querer ahuyentar los malos espíritus. Águeda la dejó terminar y entonces dio media vuelta y se fue a casa. Lucía se quedó sola en la playa, con los ojos bañados en lágrimas de desamor y los labios fruncidos. A partir de ese día, decidió alejarse de la casa de su hermano.

Águeda ocultó a Francisco lo sucedido, no sin cierto sentimiento de culpa por haber dudado de la intuición de su marido. Justificó el distanciamiento de Lucía alegando que tal vez se había echado un novio, o que quizás ya no le apetecía estar todo el día en aquella casa. Francisco no hizo preguntas. Para él era suficiente que su hermana se hubiera esfumado de sus vidas.

El tiempo pasó y las aguas volvieron poco a poco a su cauce. Águeda volvió a quedarse embarazada y el nacimiento de Dolores fue la excusa perfecta para que Lucía iniciara un tímido acercamiento que no agradó en casa del matrimonio. A pesar de los temores de Águeda, la relación con su cuñada fue esta vez mucho más fría. Ya no era tan solícita como antes, y en su mirada había algo oscuro que Águeda no supo identificar.

Corría el año 1927 cuando la pequeña María Magdalena comenzó a sufrir unos terribles dolores de estómago. El médico visitó a la niña en multitud de ocasiones y le prescribió algunos medicamentos. La abuela Justa le preparaba hierbas y rezaba por ella a todas horas, pero fue en vano. La piel de la niña comenzó a deshacerse al tacto y de las heridas solo salía un polvo amarillento que olía a putrefacción. Nadie pudo hacer nada por ella. Los médicos no supieron decir de qué se trataba y María Magdalena murió una tarde de abril de ese mismo año. La vida se le fue. La tristeza se instaló en casa de Águeda y sus garras se aferraron a ella para ya no abandonarla el resto de su vida.

Doña Justa decía que todo lo que ocurría era voluntad de Dios, y esa idea consolaba un poco a la afligida madre, porque lo que no podía explicarse con palabras terminaba siendo, de un modo u otro, voluntad de Dios. Eso lo aclaraba todo. Le daba el sentido que debía a las cosas que no lo tenían, y para Águeda era más fácil aceptar que los designios del Señor eran insondables que hacerse preguntas que no debía; preguntas del tipo: «¿Por qué te has llevado a mi pequeña, Señor?». De modo que la resignación era lo único que le quedaba. La resignación y la tristeza, agarrada a su corazón con unas enormes garras carroñeras.

Algo ocurrió antes del velatorio de María Magdalena, Lucía se acercó a su cuñada y la tomó de la mano para consolarla. Águeda estaba demasiado afligida para darse cuenta de nada. Ya no le quedaban lágrimas y el dolor era tan insoportable que no entendía cómo podía seguir viviendo, pero la atenta y disimulada mirada de doña Justa no perdía detalle de la escena. Lucía le propuso, casi en susurros, amortajar a la niña. Mostraba la tela blanca a su cuñada e insistía en que debía colocársela al cadáver de María Magdalena. Era una práctica habitual en aquella época, pero a Águeda no le pareció una buena idea. No soportaba imaginar a la pequeña amortajada y metida en una caja de madera. Era una visión horrible. Negó con la cabeza , casi suplicante. No quería escuchar nada de aquello, y le incomodaba tener a su cuñada tan cerca de ella, tan cerca de su dolor y alimentándose de él como una bestia hambrienta. Lucía asintió, disgustada, y de sus labios se escuchó la sentencia que delató su culpa y que pasó desapercibida para la sufrida Águeda, pero no para doña Justa:

—Está bien. Si la mortaja no sirve para esta, la usaremos para la otra.

El corazón de la anciana se le encogió en el pecho. Ella entendía lo que estaba pasando. Todos sus temores se hicieron realidad en aquel momento y la angustia que había sentido durante los nacimientos de sus dos nietas se justificaba al escuchar a aquella mujer malvada amenazar a la pequeña Dolores si no se hacía su voluntad. Una venganza. Así que se trataba de eso.

Disimuló como pudo convencida de que se proponía negociar con el mismísimo demonio. Esperó a que Lucía abandonara la casa y la siguió a la calle. La llamó en la distancia y le hizo una señal para que la esperara. Lucía se cruzó de brazos con la mortaja enredada en ellos y elevó la cabeza con una altivez insultante, llena de soberbia y crueldad. Un ángel negro esperando a un custodio rendido. Doña Justa interpretó su papel lo mejor que pudo.

—Perdona, Lucía —dijo procurando parecer amable—. He escuchado lo de amortajar a la niña. Disculpa a Águeda. La pobre no sabe bien lo que dice. Está loca de dolor. Creo que debemos amortajarla, como dices. Usar esa mortaja que tienes con María Magdalena. No queremos que se use con nadie más, ¿verdad?

Doña Justa bajó la mirada en señal de sumisión. Una sumisión fingida para evitar un mal mayor. Una sonrisa de triunfo, maligna y llena de odio oscureció el rostro de Lucía. Escrutó a la vieja con la mirada, como si fuera capaz de adivinar sus pensamientos.

—Eres una mujer inteligente, Justa. Mucho más inteligente de lo que pareces. Amortajaremos a María Magdalena, como ha de ser. Ese es el precio. Me ocuparé de ello.

Doña Justa guardó silencio, volvió sobre sus pasos, entró en casa y se sentó junto a su hija. Le habló bajito al oído, mientras le sujetaba una mano con fuerza, como si con ese gesto se hiciera entender mejor.

—Déjala que amortaje a la niña. Es la única garantía que tienes de que Dolores sobreviva. Si no, vendrá también a por ella. Acabará con todos nosotros.

Águeda la miró sin verla y no contestó. Las lágrimas volvieron a brotar de sus cansados ojos para regar otra vez su tristeza.

Después de aquello, la vida continuó. El duelo se instaló permanentemente en casa de Águeda, pero, como las desgracias nunca vienen solas, el *crack* del 29, otro demonio, esta vez vestido de papel moneda, irrumpió sin previo aviso en la economía mundial afectando de igual modo a la bolsa, a entidades bancarias, a grandes comercios y a las tiendas de aceite y vinagre como aquella en la que trabajaba Francisco. De la noche a la mañana, el marido de Águeda se quedó sin trabajo, sin dinero y sin viandas de regalo que echar al caldero. La necesidad y el hambre no tardaron en llamar a la puerta de su casa. Francisco, desesperado por la situación, se enroló en un barco con destino a Sudamérica en busca de una oportunidad.

Como Dios aprieta, pero no ahoga, Águeda encontró trabajo como empleada doméstica en la casa de un terrateniente. Estaba agradecida de tener una fuente de ingresos, aunque para ganar una miseria tuviera que limpiar de rodillas los suelos, lavar la colada en una pileta de cemento y planchar pilas interminables de ropa con una vieja plancha de hierro.

Al principio, las cartas de Francisco llegaban con regularidad. Desde Buenos Aires, Argentina, su marido le contaba que había encontrado trabajo como jardinero en casa de la señora Motta, una viuda aún de buen ver, aunque Francisco se cuidaba mucho de escribir ese detalle, y que tenía muchísimo dinero. Si bien no ganaba mucho, la señora, que era muy amable y considerada, lo había dejado ocupar el cobertizo junto a la casa, y eso era una buena noticia. De esa manera, no tenía que pagar el alquiler y podía ahorrar más dinero para enviar a casa. Le contaba que la echaba de menos, a ella y a la niña. A Águeda le dolía tener que leer aquellas cartas porque sabía que Francisco también echaba de menos a María Magdalena, pero nunca se lo decía. Le enviaba besos y le pedía que tuviera un poco de paciencia. Que Dios proveería. Otra máxima que ponía las cosas en su lugar. A esas alturas, Águeda aún creía que así sería, que Dios proveería. Leía y releía las cartas de Francisco y le echaba paciencia. «Dios proveerá», se decía a sí misma. Pero entonces murió doña Justa y Águeda empezó a cuestionarse la existencia de Dios.

Algún tiempo después de que Francisco se marchase a Sudamérica en busca de un futuro mejor, abandonó su lugar en el cobertizo y ocupó una

habitación en la casona de la señora Motta. Las cartas dejaron de llegar a casa de Águeda y la condenaron a sobrevivir sola y con una hija a la que criar. La muerte de doña Justa consiguió también que ella conociera la soledad. Aun así, solo pensaba en el bienestar de la pequeña y se esforzaba a diario para que no le faltara algo que llevarse a la boca. Fue una época difícil para las dos. Mala época para ser madre. Mala época para ser niña. Mala época para ser pobre.

Lo último que supo de su cuñada Lucía fue que había muerto de tuberculosis, ahogada en su propia sangre, en el hospital de San Martín. Se lo contó una amiga en común que, tras darle la noticia, se quedó esperando la reacción que el chisme causaba en Águeda. Ella no le dio el gusto de expresar ningún sentimiento.

Un buen día, la visitó un hombre mayor. Rondaba los sesenta años y se presentó como un primo segundo de su marido. Le contó que, al parecer, un familiar, de quien el primo segundo nunca dijo el nombre, le había traído noticias de Francisco y ninguna de ellas era buena. El informante había dicho que a Francisco lo había mordido un perro rabioso, que había estado a punto de ahogarse en un río y que se había vuelto a casar con una viuda rica de Buenos Aires. El primo segundo, que dijo llamarse Honorio, le explicó a Águeda que pretendía viajar al Nuevo Mundo con el propósito de encontrar a Francisco. Solo necesitaba saber si ella quería que le llevara algún mensaje. Águeda contestó que solo quería que volviera, si él aún quería volver. No le importaba que no trajese dinero ni que hubiera fracasado en su intento de lograr una vida mejor para ellos. Solo quería tenerlo junto a ella, como antaño. Pero que no se molestara en volver si se había vuelto a enamorar. Si había tenido algún lío con otra mujer. En ese caso, sería como si se hubiera muerto para ella.

Honorio prometió transmitir el mensaje, pero nunca pudo cumplir su promesa. Años después, Águeda supo que un perro rabioso lo había mordido y que al final había muerto ahogado en un río. Nada le dijeron de Francisco ni de una viuda rica bonaerense.

Aquella tarde de otoño de 1931, Águeda volvía a casa por Las Tenerías y

caminaba deprisa. Había dejado atrás el árbol del responso y el cementerio de Vegueta. La fachada este del hogar de los muertos miraba al mar desafiando a las olas que rompían contra ella cuando había reboso, que era como llamaban los lugareños a las altas mareas de septiembre, las mareas del Pino. No era agradable pasear por allí cuando caía la tarde y ya había oscurecido y hacía frío. Águeda estaba cansada y Dolores tenía hambre. La niña caminaba junto a ella, y su madre aferraba su pequeña mano como si el viento fuera capaz de arrebatársela en cualquier momento. El viento o las garras de la muerte, como había hecho con su otra hija. Algo escapó en ese momento del cementerio y se unió a ellas sin que Águeda lo percibiera. Algo oscuro lleno de malas intenciones. Dolores rompió el silencio para preguntar:

—Mamá, ¿qué es el miedo?

Águeda se sorprendió tanto que al principio no supo qué contestar. ¿Qué era el miedo? Miedo era la sensación de esperar al pie de la cama de tu hija rogando a Dios que el hechizo de una bruja despechada no convirtiera su cuerpo en polvo. Miedo era lo que sentías al no poder dejar de pensar que tu marido te había abandonado y había preferido una vida placentera junto a una viuda rica en el otro lado del mundo. Miedo era aquello que te atenazaba el alma cuando te enfrentabas a la soledad, a la tristeza y a la desesperanza. Águeda no le dijo nada de eso a Dolores. Solo la miró, extrañada ante aquella pregunta, y la reprendió para alejar así sus propios fantasmas:

—No debes preguntar eso. Esa cosa no se nombra.

«Eso es —estuvo de acuerdo doña Justa en la mente de Águeda—, dile a la niña que no mente al diablo o el diablo se mostrará. Si lo nombra, vendrá a buscarla. ¡Ay, mi hija! ¡Que Dios la proteja! ¡Que Dios las proteja a las dos!».

—¡Pues yo quiero ver el miedo! —protestó Dolores alzando la voz en la oscuridad de la noche—. Una señora me está hablando y quiere que te diga que sigue aquí y que me va a dar miedo. ¿Cómo se tiene miedo, mami?

Doña Justa se dejó oír con claridad en la mente de Águeda para enviarle mensajes desesperados que llegaban amortiguados desde otra dimensión:

«Dile que se calle —le pidió en el interior de su mente confusa—. Dile que se calle o convocará al mal».

—¿Quién te está hablando? —le preguntó muerta de miedo—. Aquí no hay nadie. No digas eso. Con eso no se juega —volvió a advertirle con severidad—. Esa cosa no se nombra.

La niña protestó en voz baja:

—Yo quiero saber qué es el miedo No sé cómo es el miedo. La señora dice…

Y fue en ese preciso momento cuando ocurrió lo más asombroso. Fue el momento más increíble, más terrorífico e irreal para ellas. Allí estaban Águeda y Dolores, madre e hija, de noche, en Las Tenerías, a cien metros del cementerio de Vegueta, solas frente al miedo. El miedo que estaba a punto de mostrarse con crudeza, que iba a aparecerse ante ellas como una verdad absoluta e innegable. Así, cuando la tarde estaba dejando paso a la noche oscura, todo se precipitó.

Mientras Dolores protestaba porque quería saber qué era el miedo, a unos doscientos metros al sur de donde estaban, un hermoso altar se elevó ante ellas a medio metro del suelo, como si levitara en medio de la nada. Dolores abrió los ojos como platos, maravillada ante el sorprendente espectáculo. La pequeña reparó en los detalles: la mesa preparada con el blanco mantel sobre el que reposaba la Biblia, la vela y el cáliz; los ornamentos dorados que realzaban el lugar en el que se encontraba el Cristo crucificado, la luz que lo invadía todo y que se imponía sobre la oscuridad del camino, las plataneras de alrededor que parecían cobrar vida...

Águeda comenzó a rezar y tiró de Dolores para pegarla a su costado.

—¡No se mira! ¡No mires allí! —ordenó con la voz temblorosa, llena de terror, y con la vista fija en el polvo del sendero—. ¡No mires!

Dolores no obedeció. Observó el altar de frente, maravillada por su luz, por la grandeza del Cristo que parecía mirarla. La madre continuó avanzando, y obligó a la niña a seguirle el paso mientras ella rezaba. Avanzaba y rezaba.

De repente, el suelo se resquebrajó delante de ellas con un ruido parecido

al de ramas secas al partirse, y una mano esquelética surgió de las entrañas de la tierra y atrapó el pie de Dolores, que profirió un grito de terror. Águeda, desesperada, haló de su hija instintivamente para apartarla de aquel espectro que tiraba de ella en sentido contrario. El altar seguía allí, inmutable y magnífico. Un espectador más de la delirante escena que se desarrollaba en medio del camino.

Águeda logró liberar la pierna de la pequeña y la abrazó con fuerza para protegerla. La mano volvió a hundirse en la tierra y el suelo se cerró.

—¡Camina y no mires a ningún lado, por el amor de Dios! —suplicó Águeda y se puso nuevamente en marcha.

Dolores acababa de conocer el miedo. Si pudiera hablar en ese momento, diría que ya había tenido suficiente. Sin embargo, el mal quería un poco más de ellas. Junto a Águeda, una voz áspera de ultratumba le habló, al tiempo que algo viscoso se entretuvo en lamerle la oreja. Un fétido olor a descomposición invadió las fosas nasales de la mujer, paralizada por el miedo.

—No me quisiste, zorra. Me rechazaste y te quedaste sola. Mi hermano se olvidó de ti y de tu asquerosa hija y vive como un rey con esa viuda mientras tú te desgastas poco a poco trabajando como una burra.

La voz de Lucía, pastosa y llena de odio, le clavaba dardos en el corazón como puñales envenenados. Águeda no estaba segura de sí Dolores podía escuchar lo que aquel fantasma le decía. Rogaba a Dios, si en verdad existía, que librara a la pequeña de ese cáliz.

—¡Márchate! —gritó a la oscuridad de la noche sin dejar de caminar y haciendo aspavientos con la mano que le quedaba libre, como si estuviera espantando a un millón de moscas—. Te dejamos amortajar a María Magdalena. Cumplimos el trato. Estás muerta. ¡Vete!

El espectro de Lucía abandonó el lado de Águeda y se colocó a la derecha de Dolores. La niña se encogió al sentir un frío glacial que le erizaba el vello de la nuca y hundió la carita en el regazo de su madre.

—¿Querías verme, zorrita? ¿Querías saber cómo soy? Aquí me tienes. Soy el miedo. ¡Mírame!

—¡No! —ordenó Águeda a la niña al escuchar también lo que el fantasma

le decía—. No la escuches, mi amor. Mira al Cristo, Dolores. ¡Míralo a él!

La niña obedeció a su madre esta vez y miró en esa dirección. La luz era tan brillante que madre e hija tuvieron que protegerse los ojos para poder mirar. Águeda no podía creer lo que veía. Dolores estaba maravillada. Jesús había bajado de la cruz y le sonreía con una dulzura infinita desde el altar. «Así debió de ser cuando el Señor se mostró a María Magdalena», pensó Águeda. El fantasma de Lucía gritó de furia y se encogió sobre sí mismo, hasta desaparecer en la tierra como si nunca hubiera estado allí. Justo cuando estaban a punto de alcanzar la visión, esta se difuminó y desapareció como un espejismo en medio del desierto.

—Se han ido, mamá —dijo Dolores aún con la voz temblorosa—. La señora mala y el señor bueno se han ido.

—¡Camina! —ordenó su madre procurando que su voz sonara segura y serena—. No mires atrás. Pase lo que pase, no mires atrás.

Las dos caminaron sobre la tierra en la que supuestamente se había elevado el altar. Tierra bendita en Las Tenerías. A medida que avanzaban, brotaban flores de todas clases a ambos lados del camino. Las plataneras se mecían levemente con la brisa de una noche que había llegado en medio de tanto horror. Dolores miraba maravillada el festival de colores que crecía a su alrededor. Cuando se creyó a salvo, volvió la mirada atrás desobedeciendo a su madre por segunda vez esa noche. En el lugar en el que se había levantado el altar, una niña sonriente la despedía con la mano. Dolores no recordaba a su hermana, pero María Magdalena se las arregló para hacerle saber quién era y le susurró «te quiero» en el interior de su mente.

Hace unos años, un escritor interesado en relatos de misterio conoció esta historia. Llegó a sus oídos por medio de alguien que la había escuchado de alguien. Él se las ingenió para dar con el paradero de Dolores y le hizo una visita. La anciana lo recibió en el salón de su casa con una amplia sonrisa casi desprovista de dientes en su boca de noventa años. Nadie se había interesado de manera especial por lo que le había ocurrido en el pasado y aquella situación era nueva para ella. Mientras hablaba, se rascaba con afán el antebrazo con la mano huesuda y artrítica y asentía a las preguntas del escritor

para corroborar la veracidad de la historia. Dolores nunca olvidó a su madre a la que adoraba y que le contó toda la parte del relato que ella desconocía: las intenciones de Lucía y la maldición que había caído sobre su hermana, así como lo ocurrido con su padre. Le confesó que, después de la experiencia en Las Tenerías, jamás volvió a mencionar el miedo. Ella había visto de cerca su rostro aquel otoño y se había arrepentido toda la vida de haberlo convocado, pero ¿cómo podía saber una niña pequeña las puertas que el deseo es capaz de abrir? El deseo de poseer el cuerpo de su cuñada había podrido el alma de la tía Lucía. El deseo pudo también con la voluntad y la fidelidad de Francisco. El deseo de conocer el miedo llevó a la pequeña Dolores a las puertas del infierno.

Cuando el escritor se despedía, agradecido por su relato y su amabilidad, la mujer lo miró con severidad y le advirtió:

—Ten cuidado con lo que deseas, muchachito. —A continuación, suavizó las facciones para añadir—: Que Dios te proteja y te bendiga.

Dolores murió poco después. Una de sus hijas contactó con el escritor para darle la noticia y decirle que la mujer se había ido con un gesto dulce en el rostro. Tal vez una sonrisa que manifestaba la alegría del reencuentro con sus seres queridos. El escritor agradeció el detalle y mostró sus condolencias. Después escribió la historia y la incluyó en una recopilación de relatos de misterio. En la presentación del libro hizo mención especial al relato y contó que, cuando pensó en ponerle título, lo primero que le vino a la mente fue la advertencia de la anciana: «Cuidado con lo que deseas».

EL AUTOBÚS DE LA LÍNEA 23

En la mañana del 5 de abril de 2022, Carla Fleitas, ingeniera de caminos, canales y puertos, de cuarenta y dos años, se dirigió a Rodrigo Estévez, empleado de banca jubilado, de sesenta y ocho, que esperaba el autobús junto a otras dos personas en la primera parada de la línea 23 de la calle Muriel. Su reloj de pulsera marcaba las 7:32 y Carla temía haber llegado demasiado tarde a la parada, lo que implicaba tener que esperar al siguiente autobús y no llegar a tiempo al trabajo donde debía asistir a una importante reunión. Se había entretenido eligiendo qué ropa ponerse aquel día. La reunión tenía una importancia capital para ella porque asistía Eduardo, un apuesto arquitecto de la empresa adjudicataria de una de las obras más importantes que el Ayuntamiento había licitado ese año, y de cuyo equipo de coordinación formaba parte.

La zona equilibrada y serena de su mente le decía que no fuera frívola y que no mezclara el trabajo con su vida personal, pero en reuniones anteriores había sentido esa química especial en el intercambio de miradas y sonrisas con el arquitecto y no quería causarle mala impresión esta vez. Es más, quería causarle muy buena impresión. «Ni siquiera sabes si está casado, que es lo más probable, si es gay o si es un maltratador potencial con una sonrisa encantadora, le decía esa zona de su mente con la voz de su madre muerta. ¡Compórtate como una mujer adulta, por el amor de Dios!».

No obstante, no podía obviar la voz de la otra zona a la que ella misma llamaba «fuera de control»; la voz del impulso, y de la libertad, que le hablaba con el tono de Marta, la mejor amiga de su época adolescente, también tristemente fallecida a la temprana edad de dieciséis años, aconsejándole que

lo diera todo, que se dejara la piel si hacía falta para llevarse a aquel gato al agua. Fue la voz de Marta la que ganó el pulso esta vez. Su consejo la había animado a cambiar de sujetador y de blusa en tres ocasiones. Salió a la carrera de casa mientras maldecía aquella actitud suya impropia de una mujer madura. Aún no había amanecido y la zona de la parada permanecía en semipenumbra, solo alumbrada por la tenue luz de la marquesina.

—Disculpe, ¿ha pasado ya el autobús? —preguntó al jubilado rogando que la respuesta de este le fuera favorable.

—Buenos días —contestó Rodrigo Estévez con una amplia sonrisa forzada en su cara rechoncha de mofletes caídos.

El empleado de banca había trabajado de cara al público durante gran parte de su vida y seguía sorprendiéndole lo descortés que podía llegar a ser la gente cuando se dejaban llevar por la urgencia. Qué menos que saludar primero antes de dirigirse a un desconocido. Aunque, pensándolo bien, aquella mujer no le era desconocida del todo. Recordaba haberla visto en alguna ocasión, pero no caía. La mujer vestía pantalón vaquero ajustado y una blusa de un color vivo. Por supuesto, a Rodrigo no le había pasado desapercibido lo bien que se ajustaba la tela de aquellos pantalones a su magnífico trasero. A él le gustaba coger el autobús a esa hora de la mañana porque le permitía acercarse al centro y caminar un poco por el parque para disminuir su alto riesgo de sufrir un accidente cardiovascular. Solía disfrutar de un agradable y tranquilo desayuno en una de las terrazas de los numerosos bares de la zona. El lugar se atestaría más tarde de gente acelerada, apremiante e impaciente empujada por la prisa. Gente como aquella mujer que se dirigía a él con una pregunta acuciante sin tener la cortesía de saludarlo antes. Se quedó mirándola con la sonrisa congelada en sus labios carnosos, sin dar la información solicitada, disfrutando del efecto que su actitud provocaba en ella y esperando la réplica a su saludo.

—Buenos días —contestó Carla un poco molesta por la reacción del hombre.

«¡Joder!, ¡qué fina tienen algunos la piel!» El muy gilipollas no había contestado a su pregunta, como si pretendiera darle un escarmiento por su descuido. ¿No se daba cuenta de lo nerviosa que estaba? ¿No podía

disculparle el lapsus de no haber saludado y contestarle simplemente aquella pregunta cuya respuesta le urgía conocer? Si, como temía, el autobús se le había escapado, tendría que llamar a la cooperativa para que enviaran un taxi, porque en aquella zona de la periferia no abundaban, y menos a esa hora de la mañana.

Carla miró nuevamente su reloj: las 7:33. Aquello era raro. El autobús no solía retrasarse. Conocía al conductor que habitualmente prestaba ese servicio. Era un chófer de mediana edad, muy educado y siempre sonriente. Y, sobre todo, muy puntual. Algo tenía que haberle pasado en el trayecto que separaba las cocheras de la empresa municipal de transporte de la primera parada del recorrido como para que el autobús no hubiera llegado aún. Por una parte, se alegraba, porque si hubiera pasado a las 7:30, como de costumbre, lo habría perdido. Pero por otra, cabía la posibilidad de que hubiera sucedido algo grave y el autobús siguiente llegara a las 7:50 o a las 8:00, lo que haría imposible que ella pudiera estar en el trabajo y en la reunión a tiempo.

Odiaba llegar tarde. Había pensado muchas veces en comprarse un coche, pero le gustaba el transporte público. El vehículo privado estaba bien para las excursiones y las grandes distancias, pero hacía un lustro que no ocupaba su tiempo en nada de eso. Después de la ruptura con Jesús, su última pareja, se había volcado en su trabajo y no necesitaba un coche que solo le supondría gastos en gasolina, impuestos, revisiones, averías y aparcamiento.

Se cruzó de brazos resignada y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro en un claro gesto de nerviosismo. Alternaba la mirada que pasaba de su reloj de pulsera al final de la calle y rogaba que las luces del vehículo aparecieran cuanto antes.

—Viene retrasado —le dijo Isabel Gutiérrez, una joven camarera que mascaba chicle de manera ostensible, levantando la vista para señalar el panel de información de la parada—. Ahí pone que todavía faltan cuatro minutos para la primera salida.

Isabel se había dado cuenta de la intención del viejo estirado al que la mujer le había preguntado. Los puretas eran todos iguales. Se creían con la potestad de educar al resto de la gente, sobre todo a los más jóvenes, con aquella actitud llena de soberbia y carente de empatía que reflejaba justamente

una importante falta de educación. Darle la información a la mujer era su modo de dejar sin efecto la argucia del viejo y fastidiarle el plan de impartir su lección magistral del día. ¡Que se joda!

—Gracias —dijo Carla—. Aunque esos bichos fallan un montón. Tal vez se refiera al segundo autobús, ¿no?

Isabel se encogió de hombros y desvió la vista al teléfono móvil.

—Seguro que el chófer se entretuvo tomando el primer café de la mañana —intervino Raúl López, estudiante de diecinueve años que se había pasado la mayor parte del tiempo mirando de reojo a Isabel, con quien coincidía todas las mañanas en la parada y fantaseaba algunas noches en su cama.

La chica levantó la vista y lo miró con indiferencia y Raúl entendió rápidamente que su propósito de ser sarcástico y simpático había fracasado por completo. Bajó la mirada y simuló mirar también su *smartphone*.

Nunca le salían bien sus intentos de parecer gracioso y divertido con las mujeres jóvenes. Por más que lo intentaba, había algo en él que causaba rechazo en ellas y lo hacían sentir en fuera de juego todo el tiempo. Era injusto. Nadie se preocupaba en conocerlo un poco. Todos juzgaban a primera vista sin darle la oportunidad de mostrarse como era. No es que él tuviera mucho interés en hacerlo, al menos no con cualquiera. Pero con Isabel —Raúl había averiguado su nombre porque un día apareció con la chapa identificativa sujeta a su camiseta de trabajo— lo habría intentado sin dudarlo. La chica era cuatro o cinco años mayor que él, pero le gustaba. El amor no tenía edad. Ni el sexo, cosa que Raúl ya había comprobado debido a su enorme éxito con las mujeres mayores. A partir de treinta y cinco, las féminas se le pegaban como un imán. Alguno de sus amigos le había comentado que tal vez tenía complejo de Edipo y buscara, sin ser consciente de ello, el cariño de una mamá entre tanta mujer madura.

En ese momento, otra persona llegó a la carrera desde el cruce con la calle Royer. Era Julia Torres, de treinta y ocho años, profesora de instituto. Rubia platino de nacimiento, vestía un ceñido traje rojo y zapatos negros de tacón que dificultaban su avance. Del hombro derecho le colgaba un bolso del mismo color que los zapatos que mantenía pegado a su cuerpo con el brazo, mientras con la mano izquierda se separaba con insistencia algunos flequillos

rebeldes que se empeñaban en colocarse delante de los ojos.

—Buenos días. ¿Pasó ya el autobús? —preguntó con cierta urgencia en la voz.

—Buenos días, aún no —contestó el jubilado adelantándose al resto y mirando de reojo a Carla.

Le había venido al pelo la pregunta de esa nueva viajera. Así era como debían hacerse las cosas: primero saludar y después preguntar. No era tan difícil, hombre. Esperaba que a la chica del culo prieto le sirviera aquel ejemplo.

—Le faltan tres minutos —informó Isabel señalando otra vez la pantalla del panel. Miró a Carla y le guiñó un ojo.

Julia sonrió con amabilidad y agradeció la información con un ligero gesto de cabeza. No le gustaba ser el centro de atención, pero parecía que todos la miraban como si, al ser la última en llegar, supusiera la novedad del día. Julia había pasado muy mala noche. Siempre tomaba pastillas para dormir y, por lo general, le hacían efecto al instante. Pero la noche anterior estaba más cansada que otras veces y las pastillas no bastaron para proporcionarle el descanso esperado. Sin embargo, lejos de sentirse cansada, deprimida y triste, como todas las mañanas, se había levantado con una vitalidad renovada. Se tomó demasiado tiempo para ducharse, maquillarse y vestirse y, cuando quiso mirar la hora, ya era demasiado tarde. Menos mal que vivía frente a la parada del autobús y no tenía que llegar corriendo del quinto pino con aquellos zapatos de tacón. Echó otro vistazo al panel de información en tiempo real, que anunciaba la llegada inminente del autobús, y se consideró, al menos esa mañana, una mujer afortunada.

A las 7:40, un vehículo de última generación, que ninguno había visto antes circulando por la ciudad, enfiló la recta de la calle Muriel y se detuvo junto a la marquesina. El cristal tintado del parabrisas no permitía ver el interior. Rodrigo entrecerró los ojos, curioso. Tenía entendido que tintar el parabrisas de los vehículos no estaba permitido por la ley y además era poco seguro, pero estaba visto que la ley cambiaba cada dos por tres. No podía negar que el autobús era muy bonito, de eso no cabía duda. Tal vez lo estaban

poniendo a punto para su estreno esa misma mañana y eso explicaba el ligero retraso en su llegada.

El vehículo se colocó en paralelo al bordillo de la acera y dejó a la vista las ventanas y los cristales de las puertas también tintados. Las dos hojas de la puerta delantera se abrieron sin emitir sonido —ventajas de la tecnología— y permanecieron así, esperando la subida de los viajeros. Visto de perfil, parecía un enorme animal oscuro y hambriento a punto de engullir algo para el desayuno.

El primero en subir fue Rodrigo. Esbozó su sonrisa ensayada y dio los buenos días en un tono un poco más alto de lo normal para que Culo Prieto lo escuchase, pero se topó con una mampara opaca que no dejaba ver la figura del conductor, lo que lo descolocó y lo decepcionó al mismo tiempo. En medio de aquel panel —Rodrigo imaginó que podía estar hecho de cristal o poliuretano— la empresa de transporte había pegado un cartel de grandes dimensiones con una inscripción en letras rojas en la que se leía: «BIENVENIDO. PROHIBIDO HABLAR CON EL CONDUCTOR. DISFRUTE DEL VIAJE». A Rodrigo le disgustó leerlo. Le agradaba cambiar impresiones con el chófer sobre el estado del tiempo, la congestión del tráfico o cualquier otro tema banal que diera pie a una conversación casual y civilizada.

Se sentó en el primer asiento de la derecha, según el sentido de la marcha. Desde allí podría controlar la carretera y a todo el que se subía. La línea 23 no se caracterizaba por llevar demasiados viajeros, pero nunca se sabía qué persona interesante podía hacer su aparición. Desde que habían cesado sus obligaciones diarias en el banco, cualquier ocupación, por nimia que pareciera, lo mantenía distraído, porque, de lo contrario, el recuerdo de su mujer volvería para sumirlo en la mayor de las depresiones. Intentó ver la cara del conductor reflejada en el espejo retrovisor derecho, pero se dio cuenta de que este había sido sustituido por cámaras interiores. Maldijo su mala suerte esa mañana y se acomodó en el asiento.

Isabel lo siguió. Al contrario que Rodrigo, ella agradeció no tener que verle el careto al conductor. El que solía hacer la ruta a esa hora de la mañana siempre tenía una sonrisa complaciente en el rostro y eso a Isabel no terminaba de gustarle. No sabía exactamente por qué. Por la mañana siempre

tenía un humor de perros, y no mejoraba hasta el mediodía. Que la gente fuera amable con ella la ponía de peor humor. La hacía sentir como una inadaptada a la que todo el mundo pretendiera ayudar mostrándole buenos modales. «Ayudemos a esta chica de carácter difícil a integrarse. Sonriámosle para demostrarle que se puede ser amable con los demás a pesar de los problemas que tenga cada cual». ¡Que se jodan!

Aquella mampara opaca era la mejor idea que habían tenido los mandamases de la empresa de transporte. Consideró la posibilidad de tomarse la molestia de entrar en la web de la compañía para felicitarlos por la iniciativa y sugerirles que pusieran esas mamparas en todos los vehículos. Eso estaría muy bien. Menos caraculos a los que tener que verles el rostro. Pasó por delante de Rodrigo y eligió un sitio muy cerca de la parte trasera del autobús, a la izquierda, pegada a uno de los cristales.

Carla subió después y agradeció a Raúl que la dejara pasar primero. El chico le sonrió y la vio entrar a toda prisa y sentarse en uno de los asientos de la hilera de tres que estaban situados a mitad del pasillo, a la derecha. Raúl quiso hacer lo mismo con Julia, pero esta declinó la oferta. Cataba a los jóvenes salidos como él a un kilómetro de distancia. Los chicos te desnudaban con los ojos sin cortarse, como si se consideraran con derecho a hacerlo por el mero hecho de que tú salieras a la calle y te expusieras a sus miradas. A Julia le gustaban los chicos jóvenes. No iba a negar eso, pero era agotador tener que demostrarle a aquella panda de monos pajilleros que ella elegía cuándo, dónde y con quién sin tener que soportar las sonrisitas lascivas de cuantos babosos no supiesen controlar sus impulsos primarios.

Había algo familiar en Raúl que le llamaba la atención, como si lo conociera de algo. Tal vez de algún curso. Según sus cálculos, el chico no podía tener mucho más de diecisiete o dieciocho años. Pero había otra sensación alarmante, como de peligro inminente. Hizo caso a la segunda premonición y esperó a que el adolescente subiera al autobús. Observó el lugar que ocupaba para sentarse después lo más lejos posible de él y del viejo, que tampoco le había dado buena espina. Raúl eligió el asiento central de la última fila, así que Julia se sentó detrás de Carla, en el segundo asiento de la hilera de tres de la derecha, para evitar tener que compartir un espacio reducido con ningún extraño.

Las puertas del autobús se cerraron y el vehículo inició la marcha. Los ocupantes guardaron un respetuoso silencio que se prolongó durante los minutos que el autobús invirtió en dejar atrás la calle Muriel y girar por la avenida Dossier. Rodrigo miraba hipnotizado el cartel pegado a la mampara del conductor y maravillado por el silencio. Aquel autobús era una auténtica maravilla de la ingeniería. Debía de ser eléctrico, indudablemente. No se oía ruido de motor alguno y, más que circular por la calzada, parecía que levitaba sobre el asfalto. Las luces del interior tenían un tono azulado que invitaba al descanso y la relajación. Los asientos estaban confortablemente tapizados con tela de color gris. El autobús olía a limpio.

El vehículo abandonó la avenida Dossier en el cruce con Duey aproximándose a la siguiente parada. Rodrigo observó por el cristal cómo al menos cuatro o cinco personas esperaban de pie, debajo de la marquesina. Sin embargo, el autobús no disminuyó la marcha ni hizo ninguna intención de parar. Al contrario, aceleró un poco y rebasó la parada sin que ninguno de los pasajeros que esperaban en ella hicieran gesto alguno para solicitar que parara o recriminarle al conductor que no se hubiera detenido. A Rodrigo le pareció muy extraño que nadie quisiera coger la línea 23 a esa hora, y más raro aún que el conductor lo supiera con tanta seguridad como para acelerar cuando ya estaba muy próximo a la marquesina. Echó un vistazo a la parte trasera, buscando alguna mirada de complicidad que corroborara sus pensamientos, pero solo se topó con Culo Prieto, que lo miraba impasible. Volvió la vista a la carretera e intentó relajarse. El autobús se detuvo en el semáforo de la calle Duey con la calle Halcón y una música ambiental comenzó a sonar por los altavoces. Alguien al otro lado del hilo musical hacía sonar un arpa como los mismos ángeles. Julia se recostó en el asiento y cerró los ojos. El mismo gesto que había hecho Raúl unos segundos antes, aunque él oía su propia música a través de una aplicación del móvil. No había ningún arpa en la banda que el joven había elegido. Una atmósfera acogedora y relajante inundó el ambiente.

Carla puso cara de póquer cuando sus ojos se cruzaron con los de Rodrigo. El jubilado había mirado hacia atrás, tal vez pretendiendo decir algo. A ella también le había extrañado que el autobús no se hubiera detenido en la parada, pero no pensaba darle el gustazo de que compartiera su opinión con ella. Que se buscara la vida, por gilipollas.

Julia tuvo otra extraña premonición: sus días de profesora habían terminado. No sabía por qué le venían aquellas ideas a la mente. A veces le ocurría. Eran como *flashes* que no podía controlar. Resplandores. Pensaba justamente en ello cuando una voz grave, sin matices de emoción, sustituyó al sonido del arpa:

—Estimados pasajeros, bienvenidos a la línea 23. Se les informa de que estamos a punto de acceder al túnel. Por favor, no abandonen sus asientos hasta nuevo aviso. Gracias.

La voz se apagó y el sonido del arpa volvió a sustituirla. Algo había cambiado. La música ya no parecía tan relajante. Seguía siendo suave, pero más rítmica, más viva, como un rito de tránsito entre el *chill out* y el *soul*, si es que este último podía interpretarse con arpa.

—¿Qué túnel? En este recorrido no hay túnel —protestó Rodrigo girándose nuevamente y dirigiéndose en alto al resto de viajeros, haciéndose oír por encima del murmullo de las mujeres que compartían su extrañeza tras la intervención de la voz.

—¿Qué pasa? —preguntó Raúl mientras se quitaba los auriculares de las orejas.

—El chófer lo flipa —dijo Isabel sin girarse para mirar al chico—. Esto suena a broma de programa de televisión. ¿Dónde están las cámaras? —preguntó al aire, mirando al techo.

—A lo mejor han cambiado la ruta o están inaugurando algo —aventuró Julia, cuyo pálpito aumentaba a medida que el autobús abandonaba la calle Halcón y giraba hacia la autovía. Adiós al instituto, adiós a su rutina diaria.

Rodrigo observó la maniobra del vehículo con estupor y desconcierto. A pesar de la advertencia emitida por la megafonía, se levantó enérgicamente y se dirigió a la mampara que separaba el habitáculo del conductor del resto del pasaje. Dio un par de golpes con la mano abierta sobre la superficie, encima del letrero que prohibía hablar con el conductor, y gritó:

—¡Oiga, chófer! ¿Qué significa esto?

El autobús aumentó la velocidad y se elevó unos centímetros sobre el asfalto, aunque ninguno de los viajeros se dio cuenta de ello. Rodrigo se

tambaleó hacia los lados y se vio obligado a agarrarse a una de las barras para no caerse. Volvió a alzar la voz por encima de la música del arpa:

—¡Eh!, conduzca con cuidado, hombre.

—¡Siéntate, Rodrigo! —ordenó la voz con un tono que, sin ser agresivo, no dejaba lugar a réplica—. Estamos a punto de entrar en el túnel.

El jubilado miró uno de los altavoces con los ojos muy abiertos, como si así pudiera descubrir quién se ocultaba detrás de aquella voz.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó al aire sin obtener respuesta.

El autobús alcanzó los ciento treinta kilómetros por hora y el jubilado pensó que lo más prudente de momento era obedecer.

Carla, Isabel y Julia se habían agrupado en tres de los cuatro asientos de la izquierda, delante de Raúl, que también se desplazó para quedar detrás de las mujeres. Todos miraban la carretera. El vehículo circulaba por la autovía que unía la periferia con el centro, pero a ninguno de los pasajeros le parecía la misma: los colores, las tonalidades, el entorno… Era como si el autobús no compartiera el mismo espacio que el resto de los vehículos. Todos tenían la impresión de estar dentro de un sueño. A doscientos metros, la entrada de un túnel apareció ante ellos.

—¡Madre mía! —exclamó Julia.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Isabel con el miedo grabado en la voz.

—¡Joder! ¡Es un puto túnel, *bro*! —anunció Raúl poniéndole nombre a lo que el resto veía sin dar crédito.

La música emitida por el móvil del muchacho dejó de sonar cuando el aparato perdió la cobertura, y en las pantallas del resto de los dispositivos apareció el mensaje «SOLO EMERGENCIAS».

El autobús alcanzó los ciento ochenta kilómetros por hora y entró en el túnel. El entorno se sumergió en una negrura absoluta. La luz azulada del interior se atenuó perdiendo intensidad, y la música del arpa volvió a silenciarse dando paso a la voz:

—Velocidad de crucero. ¡Comenzamos proyección!

Del techo del autobús se desplegó un monitor grande, de unas cuarenta

pulgadas, quedando a la vista de los viajeros. La pantalla se encendió y en el monitor apareció una foto de Rodrigo Estévez. Era una instantánea familiar que su mujer había tomado en el jardín de la casa de campo de la que ambos habían disfrutado décadas atrás. En la foto, Rodrigo se veía bastante más joven, con el cabello negro y una radiante sonrisa. Sostenía una manguera de riego y señalaba unos bellos rosales a su espalda. La mujer de Rodrigo había fallecido diez años atrás de un aneurisma y, tras su muerte, su marido jamás volvió a la casa de campo. Terminó vendiéndola al mejor postor y recluyéndose en su piso de la periferia.

Isabel le dio un codazo a Carla y señaló al jubilado con un gesto de cabeza.

—¡Joder! El pureta siempre fue feo —comentó sin molestarse en hacerlo en voz baja.

Carla apretó los labios para evitar que se le escapara una carcajada ante la ocurrencia de la joven.

—¡Eh, no puede proyectar esa imagen en público! —gritó Rodrigo preso de la indignación y haciendo oídos sordos al comentario de la niñata mascachicles—. Pero ¿quiénes se han creído que son?

A pesar de que la voz no contestó a su queja, la música tampoco volvió a escucharse y el autobús se quedó en silencio. La imagen desapareció de la pantalla y fue sustituida por una en blanco y negro que mostraba a una mujer sonriente con un bebé en brazos. Rodrigo reconoció el rostro de su madre y no pudo evitar la emoción. Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón, se quitó las gafas y se secó las lágrimas. La voz se dejó oír nuevamente.

—1954. Ese fue el año en que naciste, Rodrigo.

La instantánea volvió a cambiar. La siguiente también era en blanco y negro y mostraba a un chico de diez o doce años pegado a una pared encalada de manera rústica, con las manos a la espalda, vestido de corto y un pie sobre un balón de fútbol.

—Tu vida, Rodrigo —anunció la voz.

—¿De qué va todo este rollo? —gritó Raúl desde su nueva ubicación detrás de las mujeres.

La voz tampoco contestó a eso. Las fotos de la vida de Rodrigo seguían

sucediéndose: una en el instituto con acné; otra en un bar de carretera, sonriendo a la cámara con una cerveza en la mano y vestido con pantalones de pata de campana; la siguiente en el primer banco en el que trabajó, con uniforme de botones; otra detrás de una ventanilla de atención al público, con un cigarrillo en la mano.

—¿Fumando ahí dentro? ¿En serio? —dijo Isabel sin que nadie contestara a su pregunta retórica.

Las instantáneas se sucedieron: una foto de la boda, otra con su mujer durante un viaje por alguna ciudad del norte de Europa… Rodrigo vio pasar toda su vida en instantáneas ante sus ojos a una velocidad de vértigo. El autobús circulaba muy deprisa y el túnel parecía no acabar nunca. Cuando terminaron las fotos de Rodrigo, comenzaron las de Isabel. La camarera se reconoció de niña, dentro de una cuna, y tuvo que soportar que la voz pronunciara su nombre, anunciando a todo el mundo que se trataba de ella.

—¿Esa eres tú? —quiso saber Raúl.

—¿No lo ves? —contestó Isabel muerta de vergüenza. Y luego se dirigió a los altavoces y añadió—: ¡Voy a denunciarte por vulnerar la ley de protección de datos, listo!

—Tu vida, Isabel —contestó la voz impasible mientras se sucedían más fotos que mostraban a la chica en el colegio, con sus padres, en un viaje de fin de curso, con un joven que la besaba en el cuello mientras ella miraba a la cámara…

Todas las fotos pasaron a la misma velocidad que las de Rodrigo. Isabel no recordaba que le hubieran hecho muchas de las que se proyectaban en ese momento. ¿Cómo era posible que aquella gente tuviera en su poder tantas fotos personales? Repasó mentalmente las que había colgado en Facebook o Instagram. Imposible. No se habría atrevido a subir algunas de ellas a la red ni muerta. Cada vez estaba más convencida de que aquello se trataba de una broma y que ellos eran los pardillos de turno. Lo del túnel era un truco. Seguro que el autobús estaba parado sobre una plataforma que lo mantenía detenido y unas imágenes se movían a su alrededor, como en esas tomas de las películas antiguas. Y los cómplices, familiares y amigos, seguramente, estarían fuera partiéndose la caja a costa de ellos.

—Esto da miedo, joder. Es como el Gran Hermano —susurró Carla en cuanto vio su foto de niña en la pantalla.

La voz volvió a anunciar:

—Tu vida, Carla.

Y la ingeniera vio pasar las instantáneas que le recordaron los momentos más importantes de su existencia. Sus mejillas enrojecieron cuando una foto en la que besaba a Jesús apasionadamente apareció a la vista de todos.

Los siguientes en aparecer fueron Raúl y Julia. A esas alturas, nadie hizo ningún comentario. Ni cuando vieron una foto de Raúl compartiendo un porro con sus amigos en los jardines del centro comercial, ni cuando Julia apareció en *topless*, de perfil, jugando al tenis en una playa desierta. Un piano hizo su entrada triunfal en la escena sustituyendo al arpa. La velocidad del autobús se redujo hasta los cien kilómetros por hora y las planas y grises paredes del túnel seguía siendo todo cuanto los viajeros podían ver fuera de aquel habitáculo azul. La voz compartió protagonismo con la música:

—Estáis de camino al primer mundo de Moroncia. Vuestro tiempo en Urantia terminó. Sois bien recibidos.

—¿Qué dices, *flipao*? ¿Te escapaste de *La guerra de las galaxias* o qué? —lo interrumpió Raúl, al que no le cabía el susto en el cuerpo, pero que intentaba disimularlo como podía.

La voz lo ignoró. En vez de contestarle, facilitó una inquietante información a los viajeros:

—Rodrigo, tuviste un infarto en una de las terrazas a la que acudías todas las mañanas a desayunar. Tu corazón no volvió a latir.

—¿Qué? —Rodrigo no daba crédito a lo que oía. Padecía del corazón, y ese era un dato que el dueño de aquella voz tenía que haber averiguado de algún modo. Era fácil encajar las piezas y hacerle creer lo que decía. Pero él estaba vivo. Eso podía jurarlo cualquiera. Se llevó una mano al pecho como si quisiera comprobar que su corazón seguía latiendo y respondió casi a voz en grito—: ¡Oiga!, si esto es una broma, ya está bien. Déjeme bajar de aquí.

La voz continuó:

—Isabel, te atropellaron una mañana de camino al trabajo. El golpe fue terrible. Moriste al instante.

—Sí, claro. Pero después resucité y cogí esta mierda de autobús para que tú te quedaras conmigo. No te jode… —contestó la chica de muy mal humor mientras intentaba recordar, sin éxito, si había tenido algún percance con un coche.

—Raúl, el coche que conducías terminó empotrado en la fachada de un edificio. Te desangraste y falleciste.

El chico no dijo nada. Soltó el aire de un golpe por la nariz en señal de burla y se recostó sobre el asiento a la espera de escuchar lo que la voz iba a contar de las dos mujeres restantes. Aquello era una trola de las buenas. Miró de reojo a Julia que estaba tensa como una de las cuerdas del piano que sonaba de fondo.

—Carla, también fuiste atropellada. El accidente te arrancó un brazo. No sobreviste.

La ingeniera se tocó los brazos casi instintivamente. Ambos estaban allí. La broma se estaba pasando de la raya. Y el jodido túnel no acababa nunca. Ya no le importaba su reunión. Ni siquiera tenía en mente al arquitecto cuya mirada le había hecho mantener algunas esperanzas de una nueva relación sentimental. Solo quería que el autobús parara. Quería bajarse y echar a correr lo más lejos posible. La voz prosiguió:

—Julia, tu corazón también se paró en el interior de un coche. También debido a un accidente. El accidente casi te decapita. No tuviste ninguna opción.

—Entonces, ¿se supone que todos tenemos en común haber muerto a causa de un accidente de coche? —preguntó Isabel, aunque sin dejar claro si se dirigía a la voz o al resto de los viajeros.

—A mí no me ha dicho nada de accidentes —contestó Rodrigo. Ha dicho que tuve un infarto en una terraza.

«Una pena», pensó Isabel con sorna.

—Ahora todo es nuevo, todo empieza —anunció la voz sin contestar a la pregunta de Isabel.

La voz y la música del piano se apagaron al mismo tiempo. Una luz apareció al final del túnel y los pasajeros, sorprendidos por la intensidad de aquel blanco luminoso, no pudieron articular palabra. Al abandonar el largo conducto, el autobús se detuvo a la derecha, junto a un andén. La puerta trasera se abrió y la voz dio la última indicación.

—Estimados pasajeros, bienvenidos a Moroncia. Abandonen el vehículo en orden. Recibirán instrucciones del personal de la estación.

Los cinco obedecieron sin rechistar y, confundidos, se apresuraron a bajar del autobús. El primero fue Rodrigo, con una mano en el pecho, asustado. Le extrañaba no sentir ningún dolor. En otras circunstancias, su corazón ya le habría dado un aviso.

Detrás de él bajó Isabel, que entornó los ojos para evitar que aquella potente luz le hiciera daño. Pronto se acostumbró a su brillo. Procuraría situarse primero y después decidiría qué hacer. Estaba claro que la broma estaba curradísima, pero no le había hecho ninguna gracia.

A continuación, Carla se unió al grupo y se quedó de pie junto al andén. Se tocaba distraídamente el brazo izquierdo recordando la información tan desagradable que le había dado la voz.

Los últimos en bajar fueron Raúl y Julia. Una vez en el suelo se miraron y ambos estuvieron de acuerdo en que no se conocían, o tal vez sí; o querían hacerlo. Pero, si alguna vez lo habían hecho, no se acordaban, o tal vez sí, o querían hacerlo. Sea como fuere, no importaba. Para Julia era mejor así. Le gustaban los jóvenes. Eso era verdad. Ella ya no lo era tanto y su profesión le impedía, por pura ética, tener algún tipo de relación con los más jovencitos. No porque fueran jóvenes, sino porque algunos lo eran tanto que podían ser menores de edad. Pero solo se vive una vez. ¿No era eso lo que decían? Procuró no volver a mirar al chico.

Cuando los cinco viajeros se vieron reflejados en los cristales de las puertas de la estación, todo cambió de repente. La situación tomó un cariz diferente y se volvió trágica, ilógica, demencial y… posible.

Rodrigo observó con asombro su camisa abierta, los botones arrancados de cuajo y la huella de las palas del desfibrilador indeleblemente marcadas en su piel. Entonces recordó: era una mañana como otra cualquiera. Se encontraba

en la terraza que ocupaba parte de la acera, en uno de los bares de la avenida Taos. Rememoró el chirrido de los neumáticos de un vehículo que apareció a toda velocidad por la esquina y enfiló la avenida muy cerca de donde él se encontraba, lo que le hizo levantar la cabeza y observar toda la escena. Una escena horripilante. ¿Cómo había podido olvidarlo? Y de repente recordó el dolor a la altura del nudo de la corbata y recorriendo su brazo izquierdo. Recordó los cuerpos de un chico y una chica en el interior de aquel coche del infierno y los de dos chicas esparcidos por el asfalto. Recordó cómo otro vehículo no había podido evitar pasar por encima del brazo de Culo Prieto a la altura del hombro izquierdo, arrancándoselo. Y después la intensidad del dolor. Un dolor tan agudo como insoportable. Su corazón deteniéndose para siempre.

Isabel comprobó, con horror, que la mitad de su cráneo había desaparecido, dejando en su lugar una masa sanguinolenta de sesos y restos de huesos. Aunque tenía la impresión de ver por ambos ojos, su reflejo en el cristal solo mostraba el derecho. El lugar en el que había estado el izquierdo no existía. Su abotargada mente le trajo el recuerdo del último momento que pasó con vida: cruzaba la calzada de la avenida Taos junto a otra mujer a la que se le había caído un bloc de anillas o algo así. No, espera un momento, ¡una carpeta! Una carpeta azul con elásticos amarillos. Se agachó a recogerla y, cuando se incorporaba para entregársela a su dueña, apareció aquel coche rojo a una velocidad endiablada, cerca…, cerca…, muy cerca. Entonces todo se había oscurecido de repente. Miró a su derecha para comprobar la reacción de Carla, que no podía apartar los ojos de la puerta de cristal mientras se tocaba el brazo izquierdo que no veía reflejado en ella. Solo restos de tendones colgando del hombro como cables asomando de un poste de la luz. Girones de piel y hueso y su ropa manchada de sangre. Miró a Isabel y recordó el momento con la misma claridad que aquella chica que había sido amable con ella y se había detenido a recoger su carpeta del asfalto. Demasiado tarde para las dos. El coche las embistió a ambas y se vio a sí misma volando por los aires. No recordaba nada más. Eso había sido todo. Pero, viendo su imagen reflejada en aquellas puertas de cristal, al parecer, había habido más, solo que ella no podía recordarlo.

Raúl se palpaba la frente tratando de llegar a los restos de cristales y trozos de hormigón que tenía clavados en ella. Eso era lo que veía reflejado en aquel

maldito cristal. Recordó la mañana del accidente, después de una noche de fiesta y excesos. La risa de Julia en el coche. Su interés en parecer atrevido y maduro. El cruce de la calle Río con la avenida Tao; el chillido de las ruedas y, de repente, aquellas dos mujeres que aparecieron de la nada: Isabel y Carla. Recordó que las dos se habían detenido en medio del paso de peatones y que una se había agachado cuando él estaba demasiado cerca para frenar o esquivarla. Recordó el sonido de su cráneo partiéndose en mil pedazos, con un chasquido que se ampliaba en su cabeza. Sí, había tenido ese accidente. No era posible que se le hubiera olvidado y que lo recordara precisamente en ese momento. ¿Qué estaba pasando?

Julia se llevaba la mano a la garganta tratando de impedir que la sangre que le manaba a borbotones de la herida la abandonara por completo. No entendía cómo tenía la sensación de mantener la cabeza sobre los hombros mientras en el reflejo le colgaba hacia atrás dejando a la vista una tráquea partida en dos. Ni siquiera era posible que viera la imagen porque, en su reflejo, la cabeza miraba al cielo. Recordaba la escena del accidente. La manera en la que aquellas dos chicas habían salido despedidas, una a cada lado y cómo Raúl, el ligue de su última noche loca —ya podía recordarlo— había girado el volante con brusquedad hacia la derecha, en un desesperado intento de evitar lo inevitable. El coche, su propio coche, había invadido la acera, muy cerca de la terraza de un bar, y se había empotrado contra la fachada de un edificio. Lo demás estaba oscuro. Demasiado oscuro para recordarlo.

Se miraron unos a otros y volvieron la vista al cristal de la estación. Normal, fatal. Normal, fatal.

Las puertas de cristal se abrieron y en el umbral apareció un hombre, de edad indefinida, sonriente y aparentemente muy seguro de sí mismo. Vestía traje azul marino, camisa blanca y corbata roja. Tenía una pinta impoluta y su sonrisa de bienvenida fue un soplo de aire fresco para los atormentados viajeros.

—Hola a todos —saludó de manera jovial. Parecía un comercial a punto de realizar la venta del día—. Sé que estáis confundidos, nerviosos, cabreados, y que todos esperáis una explicación a esta *poco agradable* experiencia. —Rodrigo intentó intervenir, pero el hombre del traje azul levantó una mano

para indicarle que no había terminado de hablar y que, por lo tanto, no era su turno—. Esto es Moroncia, el primer mundo después de Urantia.

—¿Qué es Urantia? —quiso saber Raúl, que sí consiguió hacerse oír. El hombre del traje azul lo miró con la sonrisa petrificada en aquella cara de muñeco de cera.

—La Tierra, chico. Urantia es el planeta Tierra. Un planeta al que acabáis de decir adiós. —Recorrió con la mirada al resto de viajeros y continuó con la presentación ensayada—: Hay muchas cosas nuevas que ver aquí. Mi nombre es Juan. Voy a acompañaros durante esta primera etapa. Podréis hacerme todas las preguntas que queráis, pero debéis permitirme que os explique lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá a partir de ahora: habéis muerto. Cuanto antes lo proceséis, tanto mejor. En Urantia, morirse puede parecer terrible, pero en Moroncia, haberse muerto en Urantia solo es un paso obligado. Un rito de pasaje. El viaje continúa. Y yo voy a ser vuestro guía de aquí en adelante. Seguidme.

Juan se adentró en la estación y los pasajeros de la línea 23 lo siguieron sumisos; cada uno perdido en sus propias reflexiones. Carla pensó que, si aquello era lo que ocurría después de la muerte, nadie se lo había contado jamás de esa manera. Lo que, por otra parte, era normal, porque, hasta donde ella sabía, nadie volvía de la muerte.

Antes de entrar en la estación, se giró para echar un último vistazo al andén. El conductor había bajado del autobús y la miraba apoyado en la puerta delantera con los brazos cruzados sobre el pecho. Desde allí le dedicó una amplia y sincera sonrisa. Claudia abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla. El apuesto arquitecto le guiñó el ojo y ella pensó que tal vez Moroncia no era mal lugar para seguir viviendo.

EL SITIO DEL INDIO

Edey era un valiente y un superviviente. A los valientes no les cuesta actuar ante al peligro. Sienten miedo, como todo el mundo, pero son capaces de enfrentarse a él con determinación. Ser un superviviente curtido en mil batallas le daba a Edey ese plus de experiencia necesaria para afrontar los retos que le deparaba el destino. Se diría que los supervivientes estaban hechos justamente para eso: para sobrevivir.

Edey era un nativo americano de la tribu *sioux*. Se suponía que debía vivir al norte de Estados Unidos, en la frontera canadiense, pero no era así. Edey era un *sioux* atípico que vivía en un lugar diferente y al que le pasaban cosas increíbles.

Los antropólogos se empeñaban en llamar a los suyos dakotas, por considerar que la palabra *sioux*, traducida como «serpiente», se utilizaba de manera peyorativa. Edey no compartía esa idea y se consideraba más *sioux* que dakota. En cualquier caso, lo importante, mientras huía de aquel peligro inminente, no era el nombre de su tribu, ni su procedencia, sino su condición de valiente y de superviviente.

El día a día de la vida de Edey nunca fue el de un *sioux* común. No cultivaba maíz como el resto de su tribu o la de los nakotas y lakotas, ni vivía en un tipi con su mujer y sus hijos. Edey era demasiado joven para casarse y tener descendencia, así que no debía preocuparse de mantener a salvo a su familia de los peligros a los que se enfrentaba a diario y que lo obligaban a exigirse al máximo para seguir con vida. Como en esa ocasión, en la que luchaba por salir indemne del ataque de un pterodáctilo que pretendía arrancarle un brazo.

Cualquier paleontólogo podría explicarle a Edey que todos los pterosauros se habían extinguido hacía muchísimo tiempo y que era imposible que una de esas aves intentara atacarlo en la actualidad, pero en aquel lugar la actualidad tenía peculiaridades de las que otros lugares carecían. Aquella era una tierra en la que ocurrían cosas que un paleontólogo no podría explicar tan fácilmente. En cualquier caso, a Edey no le habrían convencido las explicaciones del científico, dado que el bicho que tenía encima era tan real como el aire en el que se movía y que él mismo respiraba.

El indio corría lo más rápido que sus piernas le permitían, y de vez en cuando desviaba la vista al cielo, aunque no le hacía falta hacerlo para saber que el animal lo seguía muy de cerca. La sombra alargada del reptil se proyectaba delante de él como el preludio de una muerte anunciada. El pterodáctilo ascendía para tomar impulso y se dejaba caer en picado, con su cresta coloreada al viento y el pico abierto lleno de dientes amenazantes. No emitía ningún sonido, lo que lo hacía más aterrador aún. En vez de eso, solo dejaba oír el clap, clap de sus mandíbulas al cerrarse intentando atraparlo. No muchos años atrás, el indio jugaba con sus amigos al pillapilla con mucha más alegría y con unas reglas del juego mucho más laxas, pero, en esencia, la filosofía era la misma: corre que te pillo. El indio ya no recordaba haber tenido amigos. En ese lugar, pocas cosas quedaban para el recuerdo.

Edey serpenteó sobre el suelo del valle que discurría entre las altas montañas que debían su impresionante color rojo a la acumulación durante miles de años de sedimentos arcillosos. El pterosaurio lo intentó otra vez. Ascendió unos metros y cayó en picado sobre él. El chico divisó una cueva justo a su izquierda. Aunque la abertura tenía menos de un metro de alto, no se lo pensó dos veces. Con un rápido movimiento de cintura esquivó al ave justo cuando esta, con el pico abierto de par en par, se disponía a cerrarlo sobre la cabeza del *sioux* (corre que te pillo). No lo consiguió por muy poco. Edey volvió a zigzaguear y aprovechó la ocasión para sacar ventaja, pero maldijo su suerte al tropezar en su desesperado intento de alcanzar la pequeña abertura en la roca. Cayó de bruces y quedó despatarrado sobre la tierra con medio cuerpo dentro de la cueva y los pies asomando por fuera. Se había hecho daño en las palmas de las manos al intentar evitar el impacto de su cara contra el suelo. Aun así, tuvo mucha suerte de no romperse la crisma contra la roca de la entrada.

Se giró con rapidez para darle la cara al enemigo, a pesar de que, desde el interior de la cueva, solo podía ver sus propios pies. El pájaro percibió el movimiento desafortunado del indio y volvió a cargar centrándose esa vez en las extremidades inferiores de un horrorizado Edey que reculaba sobre sus posaderas e intentaba meter las piernas en la cueva lo más rápido que podía.

Cuando pensó que no lo conseguiría, unas manos lo sujetaron por las axilas y tiraron de él con fuerza hacia dentro. En ese instante, el pico del pterodáctilo golpeó la tierra en la que segundos antes habían estado las piernas del indio. Una de sus enormes alas golpeó el suelo junto a las rocas, y el larguísimo dedo que daba nombre al bicho se quebró. Un desgarrador grito de dolor y rabia aterradoramente inhumano resonó en medio del valle.

—Sígueme. Aquí no estamos a salvo —lo apremió una voz a su espalda.

Edey se incorporó deprisa y giró ciento ochenta grados para descubrir el rostro de su salvador. El interior de la cueva era muy espacioso comparado con la pequeña abertura de acceso. En un primer momento estuvo a punto de volver sobre sus pasos y salir de allí a toda prisa. Entonces recordó que al otro lado se encontraba el ave carnívora gravemente herida, muy cabreada y hambrienta, así que desistió de su propósito y se quedó mirando al extraño con curiosidad. La vestimenta del hombre que lo había ayudado a escapar del pájaro era muy extraña: pantalón y camisa de colores, entre los que destacaban el verde y el caqui, hecho de una tela dura y basta. Calzaba unas botas más gruesas que las de los otros pieles blancas, con hebillas metálicas que cerraban el calzado a la altura de la pantorrilla. Portaba algo parecido a las armas que escupían fuego, pero esta era mayor que las que había visto y de un negro brillante. Sobre la cabeza llevaba lo que a Edey le pareció un cuenco para la comida vuelto del revés y atado debajo de la barbilla. A la cintura, una ancha banda de cuero negro con un estuche del mismo color que contenía lo que Edey supuso que sería otra de aquellas armas de fuego. En la mano tenía un artefacto que el indio no supo identificar y que emitía luz como por arte de magia e iluminaba el interior de la cueva como si el mismo sol los alumbrara en ese momento.

El extraño, un hombre de unos treinta años, levantó el haz de luz y Edey tuvo que cubrirse los ojos con la mano para evitar ser deslumbrado.

—No te quedes ahí, chico —volvió a apremiarlo—. Sígueme. Hay una salida al otro lado.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y comenzó a adentrarse en la cueva a paso ligero. Edey lo siguió, haciéndole caso a su instinto, que por lo pronto le aseguraba que aquel hombre no le haría daño. La cueva se hacía cada vez más grande y ancha a medida que avanzaban. En cuanto se hubieron alejado lo suficiente de la entrada, el extraño se sentó sobre una piedra, se quitó la mochila que llevaba colgada a la espalda y colocó el artefacto que daba luz sobre otra piedra próxima, de manera que alumbrara lo suficiente el entorno. Sacó una cantimplora de la mochila y se la ofreció. Edey la aceptó con un gesto de agradecimiento y echó un buen trago. Correr a través de aquel valle maldito lo había dejado exhausto. Se secó la boca con el dorso de la mano y devolvió la cantimplora al extraño al tiempo que le preguntaba:

—Te debo gratitud por salvarme la vida. ¿Cómo te llamas?

—¡Eh!, no hace falta que hables raro —contestó el hombre divertido. Le tendió la mano y se presentó—: Me llamo John Nass. Soy un soldado.

—Edey, de la tribu *sioux* —se presentó el indio correspondiendo al saludo —. ¿Eres un soldado de caballería? —quiso saber, lo que provocó la carcajada de Nass.

—No, hombre, no. Soy soldado de infantería.

—¿Qué es esa cosa que tiene un sol dentro?

—¿Esto? —preguntó John con la sonrisa congelada en el rostro. Aquel chico hacía preguntas graciosas—. Es una linterna. ¿Nunca habías visto una? Espera. Te explicaré cómo funciona.

Nass desenroscó la parte posterior del aparato y sacó la pila. La luz se apagó al instante y la cueva se sumió en una oscuridad absoluta. Edey se puso en guardia al percibir un peligro inminente. La voz divertida de Nass lo tranquilizó.

—¡Vaya! ¡Qué torpe! Si le quito la pila no podré mostrarte cómo funciona. —El soldado volvió a enroscar la tapa y la luz se hizo nuevamente en el interior de la cueva. Edey se reencontró con la sonrisa del soldado—. Perdona —se disculpó—. Te lo explicaré en otro momento. Ahora la necesitamos para

salir de aquí.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó el indio.

El soldado miró al fondo de la cueva, como si buscara inspiración para contarle a su reciente compañero de viaje lo que lo había llevado hasta allí.

—¡Oh!, un hermoso lago con una cascada enorme. Suelo hacer rondas hasta él a menudo. Más allá del lago, hay un peligroso bosque que debo cruzar. Nunca he atravesado ese bosque, y es eso lo que me preocupa, la verdad. —Sonrió como si quisiera quitarle dramatismo a su última afirmación—. Y luego Montaña Quebrada. Al pie de esa montaña está mi destino.

—¿Tu destino?

El soldado se colgó la mochila y se puso en pie antes de contestar.

—Sí. Mi misión acabará cuando logre alcanzar esa montaña. He de entregar un mensaje. Alguien me espera allí para recogerlo. Puedes acompañarme hasta el otro lado, si quieres. —Señaló la entrada de la cueva que daba al valle—. Por ahí mejor que no vuelvas. El grito de ese pájaro habrá atraído a otros y no parecía precisamente de muy buen humor. También puedes esperar a que anochezca y aventurarte a salir otra vez. No sé si será tan rencoroso como para esperarte, pero yo que tú no lo haría.

—Prefiero ir hasta el otro lado —decidió Edey.

—Muy bien. Entonces, ¡en marcha!

Edey obedeció y siguió al soldado del cuenco en la cabeza hasta la otra salida de la cueva.

Caminaron durante veinte minutos sorteando charcos, desprendimientos, cuestas empinadas y descensos peligrosos. El interior de la cueva se presentaba como un intrincado laberinto lleno de trampas, pero el soldado avanzaba con decisión, como si conociera el lugar que pisaba.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Edey mientras caminaban pegados al risco. Evitaban acercarse demasiado al enorme agujero que el derrumbe del centro de la cueva había dejado a su paso en ese punto. Las piedras que caían desplazadas por las pisadas de los dos caminantes se perdían en el abismo sin que regresara a ellos el eco del golpe contra el fondo.

—A menudo, voy al lago desde el valle. Ya te lo he dicho. Suelo hacer rondas de reconocimiento —comentó John sin darse la vuelta—. Por aquí se corta camino. Nunca pensé que tendría que seguir más allá. Pero esa es la orden. Y un soldado siempre obedece una orden.

—¿Y dónde está el resto de la caballería?

Nass se paró en seco y el indio estuvo a punto de golpearse contra él. El soldado lo agarró con fuerza para evitar que los dos terminaran en el fondo del precipicio. Lo miró con severidad antes de contestar.

—Oye, presta atención cuando te hablo. Te he dicho que no soy de ninguna caballería. Soy un soldado de infantería. ¿Estamos?

—Infantería. Vale —contestó Edey sorprendido y sin terminar de entender lo que significaba aquella palabra.

—Exacto. Infantería. Y me temo que no hay caballería que pueda venir a rescatarnos. Así que sígueme calladito hasta que lleguemos al otro lado. Después podrás hacer lo que quieras.

John Nass se giró y continuó andando. Escuchaba los pasos del indio a su espalda y sonrió para sí. Ya le habían prevenido de que encontraría a alguien a mitad del viaje. Uno de los sabios de la Tierra Baldía le había adelantado antes de su partida que no recorrería el camino solo. Cuando escuchó el pataleo de aquel chico en la entrada de la cueva, comprendió que su acompañante iba a ser un joven *sioux*. Un soldado de infantería y un *sioux*. Una extraña pareja, sin duda. Aunque en aquel lugar pocas cosas resultaban extrañas.

Llegaron a un claro en medio de aquella enorme cavidad, rodeado de grandes rocas grises. Delante de ellos el camino se antojaba más fácil, con menos dificultades que salvar. John se detuvo e invitó al indio a sentarse. Abrió su mochila, sacó dos manzanas y ofreció una de ellas al *sioux*, que la aceptó de buen grado.

—Descansaremos aquí un rato para reponer fuerzas. Ya queda poco.

—¿Quién te envía al pie de Montaña Quebrada? —lo interrogó Edey muerto de curiosidad por la misión del soldado.

—El señor de la Tierra Baldía —contestó Nass con la boca llena de

comida—. Debo llevar un mensaje al custodio de la frontera con la Tierra Ancha.

—¿El Oscuro? —preguntó sorprendido el indio—. Nadie quiere tener nada que ver con ese guardián. Todos le temen. ¿Qué clase de mensaje vas a entregarle?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —protestó John Nass—. Llevo el sobre lacrado en mi mochila. No sé qué pone. Es algo que ha escrito el señor de la Tierra Baldía. Yo solo tengo que entregarlo.

—¿Y lo entregarás sin saber qué dice?

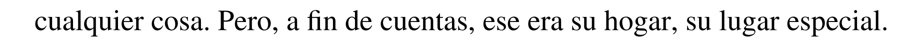
—Esa es mi misión, en efecto. Aunque no lo haré exactamente así. En cuanto El Oscuro salga a mi paso, deberé advertirle de mis intenciones y leer el contenido del sobre.

—¿Y si el mensaje pone en peligro tu vida?

El soldado miró al indio como si se tratara de una enorme araña pegada a la roca.

—¿Por qué querría el señor de la Tierra Baldía poner en peligro mi vida? Soy un soldado. Se supone que defiendo al reino.

Edey quedó sumido en sus pensamientos y John no supo interpretar su silencio. Él sabía que una de las máximas que se respetaban por aquellos lares era la de no matar al mensajero. Por ese lado podía estar tranquilo. Sin embargo, el *sioux* no las tenía todas consigo. No hacía una década del último ataque de los moradores de la Tierra Ancha a la vecina Tierra Baldía. Tras una batalla devastadora para ambos bandos, la Tierra Baldía había perdido una importante franja de terreno entre el lago y las montañas del norte que tampoco había caído en manos del señor de la Tierra Ancha. La Frontera, como llamaban a ese lugar, era tierra de nadie. Un sitio peligroso en el que habitaban seres de todo tipo y en el que ocurrían cosas extrañas. Un lugar en el que Edey había aprendido a moverse como pez en el agua. Un sitio para un *sioux* solitario como él. El soldado, en realidad, no sabía dónde estaba el resto de la infantería a la que se suponía que pertenecía, y el indio no tenía ni idea de a dónde había ido a parar el resto de su tribu, si es que alguna vez existió. Él solo sabía que vivía allí, en aquel lugar del que se podía esperar casi


cualquier cosa. Pero, a fin de cuentas, ese era su hogar, su lugar especial.

—Continuemos —lo invitó John rompiendo el silencio que se había creado entre ellos—. Quiero salir de esta maldita cueva antes de que anochezca.

—¿No es más seguro pasar aquí la noche que en el lago? —preguntó Edey.

—No lo creas. En cuanto se pone el sol, muchas de esas alimañas, de las que tú y yo tenemos que huir a menudo, buscan el cobijo de las cuevas para pasar la noche. No me gustaría despertarme en medio de la oscuridad y ver los ojos de un dragón mirándome fijamente a la cara antes de achicharrármela con su aliento.

El indio estuvo de acuerdo en que esa posibilidad no resultaba agradable. Continuaron un buen rato hasta que divisaron la luz al otro lado. La abertura por ese lado tampoco era demasiado grande, pero lo suficiente como para salir casi erguidos.

Edey nunca había estado en el lago. Contaban algunas historias acerca del poder que aquellas aguas tenían sobre las personas que se bañaban en ellas. Él no pensaba probarlas, así que, por esa parte, podía estar tranquilo. El soldado caminó junto a la orilla y el indio siguió sus pasos. A medida que avanzaban, las aguas se oscurecían tornándose grisáceas y amenazantes. Edey lo achacó al atardecer, pero John le advirtió de su error.

—Este lago es hermoso, pero no debes mirar sus aguas mucho tiempo. Hay algo oscuro en ellas que atrapa a la gente.

El indio desvió la mirada, aunque algo lo impulsaba a seguir observando el gris de las aguas. Algo muy poderoso que le pedía sumergirse en ellas.

—Alejémonos de la orilla —ordenó John Nass, que advirtió la fragilidad de la mente del indio—. Quiero cruzar el bosque antes del amanecer.

—¿Vas a entrar en ese bosque a oscuras?

El soldado se giró para mirarlo con una mueca burlona en el rostro.

—¿Qué pasa? ¿El nene tiene miedo?

—Sí —contestó Edey sorprendiendo al propio Nass, que no se esperaba un acto de sinceridad tan incontestable—. Y tú también deberías. Has dicho que es peligroso.

—Eres muy prudente—comentó el soldado—. Y muy honesto. Me gustan las personas honestas. No te preocupes. Iremos con cuidado.

Se adentraron en el bosque, que los recibió con un silencio extraño. Solo el sonido de las pisadas sobre la hojarasca se escuchaba en medio de la noche. Una enorme luna llena les dio la bienvenida en el primer claro que alcanzaron. John apagó la linterna.

—Creo que no necesitaremos esto a partir de aquí.

Continuaron por un sendero estrecho, hacia el sur. Apenas habían caminado cien metros cuando un ruido a sus espaldas los sobresaltó. Edey se giró y aguzó la vista intentando ver algo entre los árboles. John siguió la mirada del chico apuntando con el fusil a la oscuridad donde la luz de la luna no penetraba.

—Luna llena —musitó como si eso lo aclarara todo.

—¿Crees en los hombres lobos? —se burló Edey esta vez.

—Por supuesto —respondió con rotundidad John Nass.

—¿Acaso has visto uno alguna vez? —quiso saber el indio.

—¿Has visto tú el viento que te empuja en medio de una tempestad? —preguntó a su vez el soldado como respuesta.

Como si quisiera probar su propia existencia, una bestia antropomorfa apareció de la nada y se abalanzó sobre John, golpeándolo en la espalda, lo que hizo que ambos cayeran al suelo. El rugido de la cosa surgida de la oscuridad se elevó en el aire nocturno. Levantó la cabeza y aulló a la luna. Desde su posición, Edey observó el pelaje oscuro del animal que se sostenía sobre dos patas como los humanos. Medía al menos dos metros de alto y sus orejas puntiagudas y su espalda anormalmente curvada le daban una apariencia feroz. El indio no podía ver al soldado, que quedaba oculto detrás del animal.

Con suma facilidad, la bestia fijó al pobre Nass al suelo y levantó un poderoso brazo terminado en unas garras afiladas con la intención de asestar el golpe certero en la garganta del soldado. Edey reaccionó con rapidez desenvainando su cuchillo y cercenando de un tajo la mano del hombre lobo, que gruñó de dolor, sorprendido por el ataque. «El cuchillo de un indio usado

con valentía y decisión es capaz de cortar una roca», anunciaron en la mente de Edey las palabras de algún jefe *sioux* que no recordaba haber escuchado con anterioridad.

John Nass aprovechó los segundos de desconcierto de la bestia para escabullirse entre sus piernas. El hombre lobo se giró y Edey quedó hipnotizado por sus ojos, rojos como el sol al atardecer, y unos colmillos capaces de desgarrar la más dura de las pieles. De la garra amputada salía un grotesco chorro de sangre impulsado por los latidos del corazón del animal.

Edey se puso en guardia, separando las piernas y adelantando la mano que sostenía el cuchillo tratando de amedrentar a la fiera. El hombre lobo no se amilanó y enseñó toda su dentadura en una clara declaración de intenciones que precedió al siguiente gesto. Con un potente salto de sus musculosas piernas se abalanzó sobre Edey, que retrocedió, trastabilló y cayó al suelo con el cuchillo entre las manos. Se oyó una detonación en el momento en que el hombre lobo caía sobre el cuerpo del muchacho y Edey sintió un líquido caliente y viscoso correr por su estómago. «Me ha clavado sus garras y me estoy desangrando», pensó, aunque no sentía ningún dolor. Imaginó que así era como alcanzaba la muerte a los combatientes en medio de la lucha: sin sufrimiento. Un honor y un privilegio que solo los valientes merecían.

A medida que el enorme cuerpo de la bestia menguaba y se convertía en humano, Edey cayó en la cuenta de que la sangre no era suya, sino de su enemigo, cuyo fétido aliento había dejado de azotarle la cara. John Nass apareció sonriente por encima del cuerpo del hombre lobo, que volvía a ser un hombre, y lo apartó de un puntapié. Le tendió la mano al chico, que agradeció el gesto y se incorporó.

—Balas de plata —explicó el soldado mostrándole al indio una pistola que hasta ese momento había quedado oculta en la cartuchera de su cinto—. ¿Ahora crees en hombres lobos?

—Es la segunda vez que me salvas la vida en un día —contestó el muchacho.

—Tú también me la has salvado a mí. Si no hubieras cortado esa garra, tendría serios problemas para beber agua —contestó John Nass en un intento de quitarle importancia a su propia acción—. Caminaremos un poco más y

dormiremos unas horas. Con un hombre lobo merodeando estos parajes no encontraremos muchas más alimañas con ánimo de salir en plena noche.

La mañana los sorprendió en medio de un incendio. Los árboles de alrededor ardían envueltos en altas llamas. El calor se hacía insoportable y el humo amenazaba con asfixiarlos. Edey reaccionó primero, ventaja de ser un *sioux,* y despertó a John Nass para advertirle del peligro. El soldado se incorporó desconcertado. Un rugido por encima de los árboles les hizo comprender el origen de aquel escenario dantesco: un dragón sobrevolaba la zona, y no con la intención de darles la bienvenida a sus dominios.

—¡Corre! —gritó el soldado al tiempo que hacía lo propio fuera de los límites del incendio.

Edey lo siguió mirando al suelo para evitar tropezar con alguna rama caída.

—¿No decías que los dragones se metían en las cuevas para pasar la noche? —le reprochó al soldado mientras corría.

—No todos —contestó Nass—. Además, ya ha amanecido.

—¡Mierda! —protestó el indio.

—¡No te preocupes! —lo calmó Nass gritando para hacerse oír entre tanto estruendo de fuego y pisadas—. Solo quiere que abandonemos su espacio. No vendrá a por nosotros.

—Pues tiene un modo muy drástico de defender su espacio. A este paso, se quedará sin ninguno en poco tiempo.

John no contestó, pero en su rostro apareció una ancha sonrisa. Le gustaba aquel chico. Tenía madera para llegar a ser un buen soldado si terminaba de vestirse, se cortaba el pelo y empuñaba un fusil. Quién sabe. En aquel lugar todo era posible.

Dejaron atrás el incendio, el bosque y el dragón ofendido y alcanzaron la ancha llanura desde la que podían ver la falda de Montaña Quebrada. El sol comenzaba a ascender en el cielo y unas nubes grandes y grises amenazaban tormenta. Se levantó un molesto viento huracanado, como si tratara de hacerles entender que no eran bienvenidos a ese lugar.

—Ya casi hemos llegado. Montaña Quebrada —anunció John Nass.

Edey percibió la tensión en la voz del soldado.

—¿Y ahora qué?

—Debemos alcanzar el pie de la montaña. Entonces solo nos quedará esperar a que el Oscuro aparezca.

Y así lo hicieron. Un soldado de infantería y un *sioux* se sentaron al pie de Montaña Quebrada a la espera del guardián de la Tierra Ancha.

—¿Crees que vendrá sobre un imponente caballo negro? —preguntó Edey impaciente.

—No lo creo. El guardián viaja en helicóptero.

—¿En qué?

El indio halló la respuesta a su pregunta mirando al cielo al escuchar el estruendo de aquel pájaro de hierro que se acercaba peligrosamente al lugar en el que se encontraban. Se levantó de un salto y desenfundó su cuchillo. El soldado le agarró la muñeca con fuerza.

—Envaina tu espada, D'Artagnan —dijo en tono jocoso—. Eso es un helicóptero. No te hará más daño que el dragón del bosque.

—El aparato tomó tierra suavemente y se quedó inmóvil hasta que sus aspas terminaron de girar. Entonces se abrió la puerta y del interior salió un hombre aún más alto que el hombre lobo que los había atacado en medio de la noche. Iba totalmente vestido de negro. Ni Edey ni John Nass podían verle la cara porque la llevaba cubierta por una máscara, de un material desconocido para ellos, tan negra como sus vestiduras. Una larga capa cubría su espalda y en la mano derecha enfundaba lo que a Edey le pareció un hierro candente que desprendía una brillante luz roja. Calzaba unas botas más altas que las del soldado, mucho más brillantes y en las que no se apreciaban cordones ni hebillas. El Oscuro caminó despacio hasta ellos. El viento amainó y Edey estuvo seguro de que lo hizo en señal de respeto para permitir que la voz del guardián de la Tierra Ancha se escuchara con claridad.

—Hola, soldado —saludó con una voz metálica.

—Eres el Oscuro, supongo —contestó John Nass calculando las

posibilidades que tenía de salir con vida si las cosas se torcían.

—Tienes un mensaje para mí, creo —contestó el guardián.

John abrió la mochila despacio, procurando no realizar ningún movimiento brusco. No sabía a qué atenerse aún con aquel gigante que lo miraba a través de la máscara. Extrajo la carta y la mostró al guardián.

—Traigo esta carta del señor de la Tierra Baldía —informó prestando atención a cualquier gesto que delatase el efecto que la mención del enemigo tenía sobre el Oscuro—. Debo abrirla en tu presencia y leerla en voz alta. Esas son las instrucciones.

—¡Procede! —ordenó el guardián con un deje de impaciencia en su voz metálica. John Nass abrió la carta y echó un rápido vistazo al mensaje. Unos segundos de tenso silencio bastaron para que el Oscuro se impacientara en exceso—. ¿Qué ocurre? ¿No sabes leer?

John no contestó. Una mirada de soslayo a Edey fue suficiente para que el indio entendiera que sus vidas corrían peligro. Cuando el soldado gritó, el chico ya se había adelantado a la orden.

—¡Correeeeeee!

El Oscuro reaccionó tarde. Lo suficiente como para que el haz de su espada láser no alcanzara a John Nass, que emprendió la huida cruzando el llano en dirección al bosque detrás de Edey. El guardián de la Tierra Ancha les dedicó una sarta de improperios y corrió hasta el helicóptero para seguirlos desde el aire. El piloto intentó maniobrar deprisa para alcanzarlos antes de que los dos hombres se adentraran en el bosque, pero fue inútil. El pájaro de hierro se movía con lentitud hasta que consiguió alcanzar la suficiente altura, pero para entonces los árboles del bosque ocultaban los dos cuerpos que huían en dirección a la cueva.

John y Edey se dirigieron hacia el este, evitando los restos del incendio que el dragón había ocasionado con su enfado. Cuando se sintieron suficientemente seguros, retomaron la senda en dirección a la cueva. Pasaron corriendo junto a los restos de lo que alguna vez había sido un hombre lobo y que permanecían ocultos a la vista bajo una bandada de hienas que se daban un festín. Ninguna de las alimañas carroñeras reparó en ellos. Al llegar a la

cueva, se sentaron para tomar aliento. Se miraron en respetuoso silencio.

—Me preocupaba que ese mensaje pusiera en peligro tu vida. Deberías prestar más atención a lo que digo —le reprochó el indio al cabo de unos segundos.

El soldado lo miró sonriendo. Se diría que con cariño.

—¿Sabes leer? —preguntó.

—Claro —respondió Edey ofendido—. Soy un *sioux*, no un imbécil.

—A ver si es verdad —le dijo John tendiéndole la carta—. Léela en voz alta.

—Enciende esa linterna —pidió el *sioux*.

El soldado obedeció y se la pasó. Edey alumbró el papel y comenzó a leer:

—«Yo, Alexander Reig, señor de la Tierra Baldía, envío con el soldado mi ofrenda para el sacrificio anual que mantiene la paz entre nuestros dos reinos: un joven indio de la tribu *sioux*. La vuelta del soldado a la Tierra Baldía significará que la ofrenda ha sido entregada y aceptada y la paz seguirá reinando entre nosotros. De lo contrario, entenderé que nuestros pueblos vuelven a estar en guerra. Que así sea».

Edey levantó la vista e iluminó el rostro del soldado con la linterna, que apartó la mirada para evitar ser deslumbrado.

—No evitaré una guerra sacrificando una vida inocente —afirmó el soldado con rotundidad.

Edey se levantó y se acercó a él abriendo los brazos.

—Es la tercera vez que me salvas la vida. Durante parte de este viaje te consideré mi amigo, pero ya puedo considerarte mi hermano. ¡Abrázame!

El indio envolvió al soldado entre sus brazos. John Nass se lo quitó de encima incómodo.

—¡Eh, ya vale! No seas pegajoso.

La protesta del pequeño Luis hizo que Ángel desistiera de su empeño en abrazarlo.

—Venga ya —se defendió—. No dirás que no nos ha quedado una historia chula.

El pequeño indio de plástico, con una de las manos extendidas en la que empuñaba un cuchillo, pendía aún de una de sus manos.

—Sí, pero no te pases. Tampoco tienes que ser tan realista —contestó su amigo mientras recogía el resto de los juguetes del suelo y los metía en una caja: el pterodáctilo verde de goma, el único soldado de su colección que había sobrevivido a los dientes de Rumbo, su cachorro de labrador; el hombre lobo que le regaló la tía Juliana por Halloween, el dragón de peluche con el que aún dormía alguna que otra noche —aunque eso solo lo sabían él y mamá —, una reproducción de Darth Vader, su personaje favorito de *La guerra de las galaxias*; el helicóptero, regalo de su hermana mayor en su último cumpleaños y las hienas de su estupenda colección de personajes de *El rey león*.

—Vale —contestó Ángel con resignación.

—Oye, ¿me dejas también al indio y lo guardo con el resto de los juguetes? Al final siempre jugamos aquí. Así no tendrás que traerlo y llevarlo a casa cada vez.

—No, gracias —declinó Ángel—. Prefiero llevarlo conmigo de vuelta. Siempre lo guardo en el mismo sitio. Yo lo llamo el sitio del indio. Creo que está cómodo allí. Es su lugar especial.

—Como quieras —contestó Luis. Se encogió de hombros y acompañó a su amigo a la puerta—. ¿Quedamos mañana?

—¡Claro! —convino Ángel—. Aquí estaré. ¡Más aventuras en la Tierra Baldía! Tendremos que buscar la forma de evitar la guerra.

El chaval volvió a casa al trote, imaginando que cruzaba la cueva en dirección a La Frontera, un lugar en el que Edey se sentía como pez en el agua, un sitio para un *sioux*: el sitio del indio. Ángel no prestó atención, pero, si hubiera mirado en ese momento el juguete que llevaba apretado en su mano, habría descubierto con asombro una amplia sonrisa dibujada en su pequeña cara de plástico.

LA CHARLA DEL MUERTO

A medida que avanza la tarde, las salas de los tanatorios se van llenando de gente. La mayoría aprovecha esa hora del día para hacer acto de presencia. Muchos con un verdadero sentimiento de dolor y pesar en sus corazones, otros simplemente por cumplir, por quedar bien, para que se les vea y así poder justificarse ante la comunidad. Aunque no tragasen al muerto cuando estaba vivo o les picara un pie que hubiera fallecido. En aquella ocasión, el cadáver que ocupaba la sala 104 en la primera planta del moderno edificio situado en el centro de la ciudad contaba con bastantes familiares y no menos amigos que lo apreciaban, porque el lugar estaba atestado de gente. También esta vez eran más los compungidos que los que habían venido a cumplir, ya que la mayoría de los rostros presentaban signos evidentes de tristeza, de haber estado llorando o de ambas cosas.

Para Sandra, acudir a un tanatorio o a un cementerio siempre había supuesto un problema añadido. Su especial capacidad para atraer la mirada de los muertos la convertía en el centro de atención de todas las almas que, por alguna razón que no alcazaba a entender, no habían terminado de cruzar la línea y detectaban en ella una puerta de unión con el mundo físico que no sabían o no podían abandonar.

Con el tiempo, la joven, que estaba a punto de cumplir los treinta años, había aprendido a lidiar con ello. Muchas veces se hacía la despistada o fingía no ver las figuras que tomaban forma delante de ella y la miraban atentamente, como si necesitaran confirmación de que habían tenido éxito con la conexión. Ya sé lo que estás pensando. Tal vez no parezca una manera correcta de actuar. Si la gente conociera la verdad, tal vez sería de la opinión

de que Sandra debería prestarles atención e intentar ayudarles, pero la propia Sandra les pediría que se ahorrasen el comentario. Les diría justamente esto: «No tenéis ni idea. Os lo digo en serio. No tenéis ni idea de lo estresante que puede llegar a ser verse acosada por tantos fantasmas que deambulan de aquí para allá, más perdidos que el barco del arroz, esperando encontrar a alguien como yo que se ocupe de sus problemas. Se supone que tengo una vida propia, ¿no? Desearía disponer de un poco de tranquilidad y de intimidad para vivirla».

Esa vez, Sandra acudió al tanatorio acompañada de un hombre joven al que acababa de conocer. El chico la había convencido para que lo siguiera hasta allí después de abordarla en el banco del parque al que acudía a menudo con la intención de leer y mantener el contacto con la madre naturaleza. Se había dejado engatusar por aquel joven con demasiada facilidad, pero no le importaba. Se sentía a gusto en su compañía y eso era bastante raro, porque casi nunca se sentía a gusto en compañía de un muerto.

A veces, a Sandra le resultaba difícil diferenciar a los vivos de los muertos. Aparecían ante ella con la misma nitidez, de manera que, si no intentaba tocarlos, en un primer momento no podía saber con certeza si estaba ante un fantasma o ante una persona corriente. El hombre que se sentó aquella tarde junto a ella le dio la impresión de estar muy vivo. Era joven —Sandra le calculó aproximadamente treinta y cinco—, bastante alto y muy guapo. Tenía el pelo rubio ensortijado y una barba incipiente que le daba un aspecto descuidado y varonil. El verde de sus ojos llamaba poderosamente la atención, y su sonrisa abierta y sincera tenía la capacidad de enamorar a primera vista. El conjunto resultaba peligrosamente atractivo, y Sandra pensó que, si de verdad se trataba de una persona normal, tal vez aquella era su tarde de suerte.

Había dudado al principio por la forma en la que el extraño se había aproximado, se había sentado a su lado sin pedir permiso y la había saludado como si ella estuviera allí esperando por él. Ni siquiera tenía esa expresión de sorpresa o confusión que acompañaba a la mayoría de los que estaban al otro lado de su propia dimensión. Sin embargo, la chica cambió de parecer rápidamente en cuanto el joven comenzó a hablar. Sus palabras no parecían las de la típica conversación casual de alguien que intenta ligar en un parque. Se asemejaba más bien a la charla de un muerto. Ella conocía ese tipo de

charla. La había escuchado en muchas ocasiones. Muchos fallecidos divagaban, decían cosas sin sentido o filosofaban de manera absurda. Otros reflexionaban sobre su nuevo estado y hacían preguntas difíciles de contestar para una Sandra que no sabía qué decirles. Preguntas del tipo: «¿Qué se supone que debo hacer ahora?» o «¿por qué sigo aquí?».

Sandra supo de su «don» —como su tío Felipe se empeñaba en llamarlo— desde muy niña. Sus primeros encuentros con «los del otro lado» —otra denominación que llevaba la marca del tío Felipe— se los tomó como un juego. La primera en visitarla había sido su abuela Jacinta, la difunta madre de su padre. Una noche apareció, sin más, sentada a los pies de su cama. Recordaba que esa primera vez no se había sorprendido al verla. Era la abuela. Uno no tiene miedo de su propia abuela a menos que en vida hubiera sido una bruja, y no era este el caso. Aunque Sandra entonces era pequeña, la recordaba bien de las veces que había acompañado a su padre a visitarla al hospital durante la larga enfermedad que acabó con su vida. La primera vez que la vio después de muerta, la abuela se limitó a mirarla, con una mano cubriéndose la boca, como si tratara de contener una carcajada. Después comenzó a aparecer todas las noches. Se sentaba en su cama y le acariciaba el pelo con la mano que le quedaba libre. Jacinta le contaba cuentos, jugaban al veoveo y cosas así. En cuanto la madre de Sandra apagaba la luz de la mesita de noche y cerraba la puerta, su abuela aparecía en escena. Con el tiempo, Sandra comprendió que su afán por cubrirse la boca con una mano era simplemente para evitarle la visión de los estragos que el cáncer había hecho en ella. La niña lo agradecía. Cuando alguna vez se dejaba llevar mientras le contaba uno de aquellos cuentos que solo ella sabía, y gesticulaba dejando a la vista su rostro unos segundos, el espectáculo no era precisamente agradable. La abuela se disculpaba entonces, avergonzada de su desliz, y volvía a colocar una mano delante de la boca para ocultarla a su nieta.

—No es nada, pequeña. No es nada —se apresuraba a decir para calmar a la niña.

Las visitas de Jacinta duraron un tiempo. Fue ella la que convenció a su nieta de que dentro de los armarios no se escondían los monstruos. Los monstruos, le había dicho con aquella mano delante de la boca, caminaban libremente por las ciudades, vivían en casas normales y se mostraban al resto

de la gente con una sonrisa amable que ocultaba al demonio que llevaban dentro. Los monstruos no eran seres con aspecto fiero, bichos peludos de ojos rojos ni nada parecido. Eran personas de carne y hueso capaces de cometer actos horribles que ningún otro animal sobre la faz de la Tierra podía igualar. Jacinta se esforzaba en hacerle entender que debía cuidarse de ellos. Sandra hacía ademán de llorar cuando la abuela le contaba aquellas cosas, pero la vieja le quitaba hierro al asunto diciéndole que no pasaría nada, que aún era pronto para tener contacto con sus monstruos particulares, pero que debía ser fuerte y estar preparada para cuando llegara la hora.

Sandra desconocía si los muertos podían ver el futuro, pero, visto en perspectiva, no le parecía tan descabellado que su abuela supiera, ya desde entonces y a ciencia cierta, cuál sería la experiencia altamente tóxica de su nieta con un novio demasiado posesivo y celoso que consiguió amargar parte de su juventud. Pero como solo se aprende de la experiencia, aunque Sandra le estaba eternamente agradecida a su abuela por haberla advertido, esa advertencia no fue suficiente para evitar el maltrato al que su novio la sometió durante un tiempo.

Cuando la abuela Jacinta decidió despedirse para no volver, la niña tenía seis años. Entonces llegaron los amigos imaginarios. Otros niños de su edad y un poco mayores que le pedían jugar con ellos porque, según le explicaban con aquel lenguaje infantil y poco elaborado, se aburrían en ese lugar al que no sabían ponerle nombre. Sandra tuvo algunos amigos muy buenos y fieles. Entre ellos, Ramón, un chaval siempre risueño y divertido. Le había contado que tenía diez años y que había vivido durante la década de 1940. El pobre niño había muerto ahogado en un pozo. Le gustaba jugar con ella en el parque cuando alguno de los columpios se quedaba vacío. Sandra se acostumbró sin dificultad a su cara violácea y su pelo eternamente mojado. Después, a medida que ella fue haciéndose mayor, Ramón también dejó de visitarla.

Su tío Felipe era el hermano menor de su madre y diez años mayor que ella. Los unía una química especial y una complicidad que no se daba ni siquiera entre los hermanos mejor avenidos. Felipe no solo le explicó qué era lo que le pasaba, sino que le confesó que él también tenía ese don. Él fue su mejor aliado durante la época más difícil. Cuando Sandra cumplió trece años, las visitas se intensificaron y los amigos invisibles dieron paso a personajes

pintorescos que la asaltaban con todo tipo de peticiones, desde llevar un mensaje a un ser querido hasta denunciar a su asesino. Las cosas comenzaron a complicarse y lo que en un primer momento ella había tomado como un juego, se convirtió en algo realmente desagradable y a veces hasta peligroso.

Sandra no quería poseer el don. Ni lo había pedido ni sabía qué hacer con él. Pero el tío Felipe se empeñaba en repetirle que era preciso que aprendiera a controlarlo y le decía que todo tenía un porqué y que algún día ambos comprenderían la verdadera naturaleza de las cosas. Esa afirmación le daba a entender que ni siquiera Felipe había averiguado la razón de que pudieran comunicarse con los muertos. ¿Por qué no podían aquellos seres cruzar y seguir con lo que fuera que pasara después sin quedarse a merodear por el mundo de los vivos? Al parecer, había una razón por la que algunos se quedaban en tierra de nadie, como el joven al que escuchaba hablar claramente esa tarde, sentado junto a ella en el banco del parque.

—Me llamo Alexis y soy maestro —dijo el hombre sin mirarla directamente—. Creo que puedo hablar contigo y que tú puedes comunicarte conmigo.

Sandra levantó la vista del libro que estaba leyendo: un ejemplar de *Los vencejos*, de Fernando Aramburu, que, curiosamente, hablaba de los planes de suicidio de un profesor. El chico reparó en la novela por primera vez y le dedicó la primera de sus radiantes sonrisas de aquella tarde.

—Buena lectura, pero mala decisión —sentenció.

El comienzo de la conversación fue lo primero que la confundió. La manera en la que aquel hombre la había abordado. La mayoría de los del otro lado se acercaban como si levitaran sobre el suelo, o aparecían de repente a su lado y se materializaban, y casi siempre preguntaban: «¿Puedes verme?», como si estuvieran asomándose al salón de una casa desde una ventana situada a pie de calle. Alexis, sin embargo, había llegado caminando. Sus pisadas no se habían escuchado sobre la gravilla del parque, eso era cierto, pero no levitaba ni nada parecido. Se había sentado junto a ella y no la había mirado directamente a la cara, como solían hacer los otros. Se había presentado, lo que era de agradecer. Casi siempre era ella la que tenía que preguntarles quiénes eran o quiénes habían sido y qué querían. Alexis, por el

contrario, se había adelantado a su pregunta: era maestro. También había mencionado el libro que ella tenía entre las manos. No quiso preguntarle si estaba muerto. Eso hubiera sonado muy raro o tal vez un poco violento, así que eligió una pregunta más sutil:

—¿Estamos en la misma dimensión, maestro?

Alexis sonrió por segunda vez y la tarde de Sandra se iluminó un poco más.

—Si la pregunta es si ahora estamos en la misma dimensión, la respuesta es sí. Si la pregunta es si pertenecemos a la misma dimensión, me temo que no. Pero podemos conversar, ¿no? Quiero decir, no te encuentras incómoda porque yo esté aquí, ¿no es cierto?

Sandra pensó la respuesta. Demasiado guapo para estar vivo. Adiós, oportunidad perdida. Aquello la fastidiaba. No porque pensara tener una relación con el primer chico guapo que apareciera en su vida, sino porque Alexis tenía un halo de bondad especial que la atraía. Eso la llevó a pensar que tal vez era un elegido. Uno de aquellos seres de los que el tío Felipe le había hablado en alguna ocasión. Los buenos. Los que se marchaban demasiado deprisa.

Lo que había querido explicarle Felipe con aquella expresión era que muchos elegidos solo estaban en la Tierra un pequeño periodo de tiempo. Realizaban el trabajo para el que habían venido y desaparecían. Regresaban a esa otra dimensión a la que siempre habían pertenecido. Era el grupo de los buenos. Y, como decía Billy Joel en su canción, solo los buenos morían jóvenes. Miró al chico y le devolvió la sonrisa.

—No me incomodas. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué necesitas?

—¿Crees que puedes hacer algo por mí?

La respuesta volvió a confundirla. Un muerto que no venía con peticiones ni con dudas. Que no la asaltaba con sus prioridades. Que no se lamentaba de su nueva situación. Empezó a creer que de verdad se encontraba ante uno de los buenos, uno de los elegidos.

—Si no me lo dices, no podré saberlo. Eres tú el que ha venido a mí. Se supone que necesitas algo.

Alexis volvió la mirada a los columpios del parque. Sandra hizo lo mismo y recordó las tardes con el pequeño Ramón. Tuvo la extraña idea de que, en cualquier momento, las cadenas que mantenían los asientos de plástico sujetos al travesaño de madera comenzarían a moverse y Ramón haría acto de presencia sobre uno de ellos, con sus pantalones grises que le llegaban hasta las rodillas, su camisa de franela, su chaquetita de pana y su gorra de lino. Nada de eso ocurrió. Alexis tomó nuevamente la palabra:

—Toda mi vida he pensado que hay demasiadas cosas ocultas. Demasiadas dudas en la mente de las personas. ¿Tú qué crees? ¿Tienes dudas?

Aquel sí parecía el comienzo de la charla de un muerto. Y fue esa la primera vez en toda la tarde que Sandra tuvo la certeza de que Alexis y ella no compartían ya el mismo mundo. Se concentró en poner atención a lo que el joven trataba de decirle. Se dijo a sí misma que este al menos era original. Su conversación se iniciaba con una pregunta profunda que la invitaba al debate. A Sandra le encantaba debatir. Era con su tío Felipe con quien compartía las charlas más trascendentales. Casi siempre acerca del sentido de la vida y de la muerte. No lo había hecho nunca con un muerto. Ya puestos, podía habérsele presentado algún ilustrado del siglo xviii o el mismo Leonardo da Vinci, pero supuso que esos personajes no habían tenido ningún interés en quedarse a medio camino entre este mundo y el otro. Seguro que tenían cosas más importantes que hacer.

—Si comienza uno con certezas, terminará con dudas —recitó Sandra de memoria para responder a la pregunta del chico.

—Pero si se acepta empezar con dudas, se terminará con certezas —completó él y añadió, acompañando la rúbrica con la tercera sonrisa de la tarde—: Sir Francis Bacon.

—¿Conocías la cita? —preguntó ella sorprendida.

—Sí. Y al autor también. Un tipo interesante.

—Muy gracioso.

—En serio —aseguró él al tiempo que hacía una cruz con los dos dedos índices y se la llevaba a los labios.

Sandra se perdió un segundo en ellos y por un momento imaginó que sus

propios labios ocupaban el lugar de aquella cruz. Se sacudió el pensamiento, y el deseo, y argumentó segura de sí misma:

—Francis Bacon vivió entre 1560 y 1630. Es del todo imposible que lo hayas conocido y lo sabes. Aunque es posible que ahora lo veas. ¿Puedes verlo, maestro? —preguntó burlona. Se reprochó a sí misma estar flirteando con un muerto.

—En realidad, nació en 1561 y murió en 1626 —la corrigió Alexis—. En cuanto a si de verdad lo conocí o no, no es mi intención convencerte de ello. Simplemente es así. La verdad no es menos verdad porque alguien la crea o no. La verdad es verdad.

Sandra reconoció la charla del muerto en las palabras de Alexis. Repasó el aspecto del hombre con detenimiento. Él se había girado hacia ella y ya no miraba hacia los columpios. Su vestimenta era de lo más actual. Vestía pantalón vaquero y camisa de tergal a cuadros. Llevaba una chaqueta de cuero y zapatos marrones. Nada en su ropa le daba apariencia de un hombre de primera mitad del siglo xvi. Pensó en el resto de los fantasmas con los que había tratado. Muchos de ellos eran bromistas. Les gustaba alardear de algo que no habían sido o contar historias inventadas para darse más importancia de la que tenían. Era evidente que la muerte no libraba a las personas de sus defectos. Al menos no en un primer momento. Se preguntó si había muertos que estuvieran locos. ¿Se libraba uno de la locura cuando moría? No supo qué contestarse a sí misma. Decidió seguirle un poco el juego. Después de todo, era el primer muerto en mucho tiempo con el que valía la pena conversar. Una lástima que aquel adonis no estuviera bien vivo para hacer con él algo más que charlar. «Desde luego, Sandra… Eres incorregible», volvió a reprocharse.

—No tienes pinta de haber vivido entre 1500 y 1600 —le dijo—. ¿Te reencarnaste tal vez? ¿Cuántas vidas has vivido?

—Tú tampoco tienes pinta de ver muertos —afirmó él y le regaló la cuarta sonrisa de la tarde. Obvió el resto de las preguntas y añadió—: Las apariencias engañan.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella para cambiar de tema. Empezaba a interesarle el motivo que había llevado al chico a su presencia.

—Me dijeron dónde podía encontrarte. Me dijeron dónde estarías.

—¿Quiénes?

—Los sabios. Los de arriba —contestó a la vez que elevaba un dedo al cielo—. ¿No has oído hablar de ellos?

—En libros —dijo Sandra divertida—. A Brian Weiss, por ejemplo. ¿Los sabios existen? ¡No jodas!

—Si existe la sabiduría, alguien tendrá que transmitirla, ¿no crees?

—Vale. ¿Y para qué querías verme, maestro?

Alexis se tomó unos segundos antes de responder. Cuando lo hizo, eligió otra pregunta en vez de una respuesta convincente:

—¿Cuál crees que es el sentido de tu vida?

Esa era la pregunta del millón. ¿Acaso había un solo ser humano sobre la faz de la Tierra que supiera la respuesta? Sandra dio un rodeo para responder.

—Esa es una pregunta de examen, sin duda. Pues verás, partiendo de la base de que yo no pedí nacer y que mucho menos pedí tener… este «extraño don» de poder hablar con gente como tú —dijo poniendo las comillas virtuales acordándose de su tío—, creo que no me he enterado del sentido de todo esto. Así que no puedo contestarte. ¿Sabes tú cuál ha sido el sentido de tu vida?

—¿Ha sido? Querrás decir cuál es —la corrigió.

Sandra reparó un momento en el sentido de su propia respuesta. Suponía que, de algún modo, Alexis seguía viviendo, aunque no fuera en el mismo lugar y de la misma forma en que ella lo hacía.

—Sí, perdona. ¿Cuál es el sentido de tu vida?

Alexis preparó la quinta sonrisa de la tarde, pero esta se quedó congelada en sus labios y no llegó a materializarse. Su semblante mostró esta vez una expresión de simpática serenidad.

—Digamos que enseñar a la gente como tú. Soy maestro, ya te lo he dicho.

El comentario de Alexis terminó de atraer toda la atención de Sandra. Recordó las historias que su tío le había contado sobre la existencia de determinados seres cuyas vidas vagaban entre ambos mundos. Seres de luz

que ayudaban a otros a canalizar sus dones. Pensó que Alexis quizás era uno de ellos.

—Pues te has tomado tu tiempo. Estoy a punto de cumplir los treinta y llevo sufriendo este don desde que tengo uso de razón.

—Hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo —respondió Alexis con la frase del Eclesiastés.

Ella lo miró y él se hizo el sorprendido.

—¿Qué? —dijo en tono jocoso.

—Nada. Os imaginaba de otra manera.

—¿A quiénes te refieres?

—¡Vamos!, no te hagas el tonto. A vosotros. A los seres de luz. Os imaginaba con alas aquí y ese tipo de cosas. —Sandra señaló su propia espalda. Alexis dejó escapar una carcajada. Ella lo imitó—. Y mucho más serios —añadió la chica e hizo un esfuerzo por controlar su risa.

—Eres muy graciosa —comentó Alexis después de unos segundos de silencio—. ¿Me acompañarías a un sitio? Necesito mostrarte algo.

«Iría al mismísimo infierno contigo», pensó Sandra, aunque se reservó el comentario para ella y se limitó a asentir.

—¡Claro! ¿A dónde vamos?

—Está cerca. Llegaremos enseguida.

Y fue así como Sandra, la chica que veía muertos y a la que no le gustaba acercarse a los tanatorios ni a los cementerios, entró en el nuevo edificio ubicado en el centro de la ciudad acompañada de un joven apuesto que deseaba enseñarle algo.

Hablaron un poco más durante el corto trayecto que separaba el parque del tanatorio. Después Sandra se quedó ensimismada, pensando en todo lo que le había dicho aquel joven. No quiso preguntarle qué era exactamente lo que quería mostrarle, pero se hacía una idea bastante aproximada. Si el chico la había buscado y ya no compartían la misma dimensión, a lo peor había muerto recientemente. Tal vez ella estaba equivocada y no se trataba de ningún ser de luz, sino simplemente de otro muerto. Eso sí, el más guapo y original de todos

los que había conocido hasta entonces. Le apenó ese pensamiento. Por un momento deseó con todas sus fuerzas que su acompañante fuera un humano de carne y hueso al que poder abrazar al llegar a casa, con el que compartir sus experiencias, con el que sentir la vida misma latiendo en su interior.

Entraron en el edificio y pasaron junto al mostrador de recepción en el que una amable empleada indicaba a algunos visitantes el número de la sala en la que se encontraba el fallecido de turno. Alexis se adelantó y subió las escaleras que llevaban al primer piso en el que se repartían las salas de la 100 a la 110. Sandra lo siguió en silencio. Observó con atención la reacción de la gente ante la presencia del joven. Nadie pareció reparar en él. «Aquí huele a muerto», pensó, y su propio pensamiento la hizo reír. Alexis se volvió para mirarla al oír su risa, pero esta vez Sandra no vio expresión de alegría en sus bellos ojos azules.

Al llegar a la sala 104, Alexis se detuvo para esperarla. El bullicio de las conversaciones de la gente llegaba a los oídos de Sandra convertido en un murmullo sin sentido. Decenas de voces hablando a la vez. Sintió vértigo. No le gustaban los tanatorios. Allí había demasiada gente y demasiados muertos. Y era complicado saber quién estaba vivo y quién no.

—Mírame a mí —le dijo Alexis como si supiera exactamente qué estaba sintiendo ella en ese momento—. No dejes de mirarme y sígueme. Quiero que veas algo.

Sandra procuró concentrarse en el hombre que la precedía. Lo siguió hasta el cristal que separaba el resto de la sala de la cámara mortuoria. Había gente sentada en los cómodos sillones de cuero. A Sandra la asaltó la idea de que, seguramente, el negocio de la muerte estaba dejando importantes beneficios a las funerarias y a las aseguradoras. La gente tardaba cada vez más en morirse y eso se traducía en más años de cuotas con las que amortizar el desembolso final. En realidad, no sabía si la explicación era realmente esa. Nunca fue buena economista. En cualquier caso, mirando aquellos lujosos sillones de cuero negro, pensó que los tanatorios eran cada vez lugares más agradables, si no se tenía en cuenta, claro, el motivo por el que se visitaba.

Alexis se detuvo frente al cristal e invitó con un gesto a Sandra a echar una ojeada al interior. Un féretro de madera barnizado en color caoba presidía la

estancia. Numerosas coronas de flores estaban repartidas por toda la sala con sus típicos mensajes de condolencias. «No hay nada nuevo bajo el sol», pensó.

—¿Es tu cuerpo el que está en ese ataúd? —le preguntó ella con el temor de que la respuesta fuera afirmativa. Todavía le quedaba un rayito de esperanza en aquella parte irracional de su mente de que Alexis fuera, en realidad, una persona normal.

—Entremos —sugirió él al tiempo que se daba la vuelta alrededor de la sala para acceder a la cámara por la parte posterior.

Sandra lo siguió. La curiosidad empezaba a corroerla. Alexis abrió la puerta y se apartó para que ella pudiera pasar delante. Sandra entró y se sorprendió al no sentir el frío del interior. Alexis se situó a su espalda. La chica inclinó la cabeza sobre el féretro y en ese momento el mundo entero giró en torno suyo. La sensación de vértigo volvió con mayor fuerza. La realidad y lo imposible se unieron en un negro infinito de confusión. Negó con la cabeza, incapaz de articular palabra. Negó una y otra vez asomada a su propia imagen dentro del ataúd. Elevó la vista hacia las coronas de flores y reparó por primera vez en las dedicatorias. Todas con su nombre. Su nombre en todos los lugares, en todas las plegarias, en todas las condolencias.

Miró a través del cristal de la cámara mortuoria y vio a sus padres sentados, llorosos, abatidos. ¿Cómo no los había visto al entrar? «Mírame a mí», le había pedido Alexis. Se giró y lo buscó con desesperación, pero la sala estaba vacía. Solo ella. Muerta dentro de aquel ataúd. Muerta de pie. Muerta y, sin embargo, viva y consciente.

Salió de la cámara y entró en la sala buscando un aire que creía necesitar, aunque ya no respirase ni le hiciera falta hacerlo. Intentó alcanzar el lugar en el que se hallaban sus padres. Quería decirles que seguía allí. Que estaba viva y que podía verlos. Que no se afligieran. Que estaba bien. Al menos todo lo bien que se podía estar muerta. Pero a aquella hora de la tarde, esa hora en la que las salas de los tanatorios se llenan de gente que aprovecha el momento para presentar sus respetos, para llorar al difunto o simplemente para que se les vea, a esa hora digo, había demasiadas personas en la sala. Sandra trató de esquivarlas, pero atravesaba sus cuerpos sin que ninguno de los presentes se

percatara de ello. Todos hablaban sin parar, reían, se contaban anécdotas… Ajenos a ella. Ajenos a su muerte. Ajenos a aquella situación nueva y horrible que la rodeaba. Intentó tocarse a sí misma y no pudo. Entonces pensó en el banco del parque y en el libro de Aramburu.

—Solo una ilusión. Fue así como moriste —dijo Alexis a su espalda—. De un infarto cerebral, leyendo ese libro en el parque. Solo quería que entendieras la confusión de tantas almas a las que ayudaste, que fueras consciente del bien que hiciste. Ahora es tu turno. Ya estás preparada para marcharte.

Sandra no se giró para verlo, aunque le reconfortó saber que su maestro no la había abandonado, que el ser de luz seguía allí con ella, enseñándole cosas. Entendió que, en efecto, el sentido de la vida de aquel apuesto joven era el de guiar a gente como ella. Gente muerta, en cualquier caso. Salió de la sala y divisó a su tío Felipe, que la miraba desde la distancia con una extraña mezcla de pena y satisfacción. Se acercó a él y se colocó junto a Carrillo, uno de los insufribles familiares, que no paraba de hablar de fútbol a todo aquel que osara prestarle un poco de atención. Su pobre tío había caído en su radio de acción. No porque le interesase la perorata de Carrillo, sino porque no tenía la fuerza suficiente como para quitárselo de encima en ese momento. Sandra lo miró, de aquella manera en la que los muertos la miraban a ella, como si se asomara a través de la ventana de un salón que da a pie de calle.

—Tío, ¿puedes verme? —le preguntó, y fue consciente por primera vez de que era esa una de las preguntas predilectas de los muertos que venían a visitarla.

Él sonrió y asintió en silencio. «Pensaba que no vendrías a despedirte», pensó con la convicción de que su sobrina podía alcanzar el interior de su mente.

Carrillo interpretó que Felipe estaba de acuerdo con su discurso y convino entusiasmado:

—¿Verdad, Felipe? Estás de acuerdo conmigo, ¿no es así?

Felipe observó cómo una brillante luz blanca envolvía la imagen de su sobrina mientras esta se difuminaba y desaparecía poco a poco de su vista. Alcanzó a ver una radiante sonrisa de plenitud en el rostro de Sandra y juraría que hasta una expresión de alegría y sorpresa en sus ojos. También vio a

Alexis, con el que cruzó una mirada de complicidad. Le daba las gracias en silencio y sabía que el ser de luz aceptaba la gratitud con humildad. Carrillo esperaba la confirmación a su pregunta, pero el comentario de Felipe no iba dirigido a él, sino al ser que ascendía a una dimensión lejana y hermosa. Asintió lleno de júbilo y musitó:

—Solo los buenos mueren jóvenes.

¿POR QUIÉN DOBLA LA CAMPANA?

Los médicos le aconsejaron que se lo llevara a casa. Allí no podían hacer mucho más por él, y en los centros hospitalarios siempre cabía la posibilidad de coger alguna infección y empeorar la ya de por sí complicada situación del paciente. Le explicaron que, en realidad, su padre no estaba enfermo. No de la manera en la que los médicos consideran que se padece una enfermedad. «Lo único que tiene su padre es una edad avanzada», le dijo uno de los doctores, que lo reconoció en urgencias una de las veces en las que Javier lo había llevado aquejado de problemas respiratorios, bradicardia o cualquier otro síntoma relacionado con los achaques propios de la edad. «No nos haga perder el tiempo y lléveselo a morir a casa», decía el mensaje implícito en los consejos de los médicos.

Si pudiera entender qué era lo que trataban de decirle a su hijo, Servando estaría de acuerdo con los doctores. Aunque ya no era muy consciente de lo que pasaba a su alrededor, siempre había sido de la idea de que morir en casa era la mayor de las bendiciones que podía recibir una persona de su edad. Noventa inviernos habían pasado ante sus ojos y estaba cansado. Su mujer le había precedido en ese viaje sin retorno una década atrás. Mariola no murió en casa. Tuvo que conformarse con acabar sus días en una fría e incómoda cama de hospital, encajonada en un box del servicio de urgencias.

Servando había nacido a finales de la década de 1920 y fue el quinto de siete hermanos. La Guerra Civil española lo pilló siendo un adolescente y la posguerra le enseñó la crudeza de la miseria y el hambre. Trabajó en todo aquello que pudo para llevar un poco de dinero a casa. Fue tendero, pescador, jornalero en el campo, peón de una empresa de mudanzas, mozo de carga en

uno de los muelles del puerto y albañil, hasta acabar su vida laboral como portero del edificio Sinkler, una lujosa construcción vanguardista en una de las mejores zonas de la ciudad. Servando había trabajado en la construcción de ese edificio. Don Inocencio Álvarez, el promotor de la obra, un hombre tan grande y gordo como empalagoso y altivo en el trato, le había propuesto quedarse a cargo de la portería por el mismo sueldo que ganaba como albañil. Don Inocencio no lo hizo por generosidad ni porque Servando le cayera especialmente bien. Solo trataba de saldar una deuda con él. Un pacto entre caballeros. Aunque también se aseguraba de mantener cierto orden en el estado de las cosas. Corrían otros tiempos, en los que el administrador de fincas aún era una figura desconocida y las comunidades de vecinos se las arreglaban solas para organizar los temas comunes. En esa época, el portero era una figura importante dentro de esa microsociedad que constituían los propietarios y los inquilinos de un mismo edificio.

Servando aceptó el empleo, y el ajuste de cuentas, de buen grado. Las condiciones incluían el derecho a ocupar la vivienda situada en la planta baja, junto a la portería. Un estupendo piso de dos habitaciones, salón, cocina, solana y baño. Allí se instaló con Mariola y con los dos hijos del matrimonio: Javier y Ricardo.

Fue Javier, el mayor de sus hijos, el que, muchos años después, acabó comprando una de las viviendas de ese mismo edificio en el que había crecido. Servando estaba muy orgulloso de que el chico hubiera pasado de ser solo el hijo del portero a propietario de una vivienda en el edificio Sinkler. Pasadas algunas décadas, la figura del administrador de fincas hizo su aparición y, al jubilarse Servando, la comunidad consideró que ya no era necesario disponer de los servicios de un portero. Sin embargo, ninguno de los vecinos se atrevió a oponerse al cumplimiento de la cláusula que aseguraba a Servando conservar el derecho al uso y disfrute de la vivienda de la planta baja, junto a la portería, hasta el fin de sus días (cláusula que, por supuesto, formaba parte del pago de la deuda que don Inocencio había contraído con él).

Allí habían vuelto padre e hijo desde el hospital. Los dos hombres entraron en el portal en silencio. Servando sentado y con la cabeza gacha y Javier empujando la silla de ruedas. La vivienda de la planta baja no estaba adaptada para personas con diversidad funcional, así que Javier no pudo pasar del

salón. «Diversidad funcional» era un término nuevo al que el hijo de Servando se había acostumbrado rápidamente de tanto oírlo mencionar a los médicos. Supuso que el lenguaje también se actualizaba para evitar catalogar a la gente con adjetivos como tullido, inválido, disminuido o discapacitado, que sonaban peor. A fin de cuentas, hablaban de lo mismo, solo que tenían más cuidado con la sensibilidad de las personas a las que se referían. En realidad, su padre no tenía ninguna diversidad funcional que le impidiera caminar. La silla de ruedas solo evitaba que se cansara en exceso y que sufriera alguna caída que diera con el anciano en una mesa de operaciones para reparar una más que probable rotura de cadera.

Javier colocó el freno a las ruedas de la silla y se acercó a su padre para asegurarse de que este entendiera lo que iba a decirle. Últimamente no sabía si Servando escuchaba peor o simplemente desconectaba de la realidad que lo rodeaba con mayor frecuencia. Fuera lo que fuese, era difícil comunicarse con él con palabras. Sin embargo, Javier apreciaba más intensidad en su mirada, como si el viejo necesitara contarle algo y no fuera capaz de hacerlo con la voz. Aquellos ojos lloraban también con mayor frecuencia, sin motivo aparente. Javier imaginaba que tal vez lo hacía por nostalgia, por un sentimiento de impotencia o de puro cansancio. Aunque Javier no era creyente y casi nunca pensaba en la existencia de un poder superior que pudiera regir el destino de las personas, muchas veces se sorprendía pidiéndole a Dios que acabara cuanto antes con aquel proceso y no les hiciera sufrir más de la cuenta. Ni a su padre ni a él mismo, que se encargaba de cuidarlo, ya que su hermano Ricardo vivía en el extranjero y solo venía de visita en contadas ocasiones.

—Voy a prepararte la cama para que descanses un rato, papá. Ahora vuelvo —le dijo con la boca pegada a su oído mientras olía el perfume de la loción de afeitado que él mismo le había puesto esa mañana antes de abandonar el hospital.

Servando no dijo nada. Se quedó allí, mirando al suelo, como si la vida no fuera con él. Javier entró en la alcoba de matrimonio en la que la ancha cama de sus padres había sido sustituida por una de un solo cuerpo, y bajó el edredón y la sábana. Acondicionó la almohada para que estuviera más mullida y colocó encima otra que, tiempo atrás, había usado su madre. Si no quería

llevarse alguna sorpresa desagradable, debía asegurarse de que su padre conservara más elevada la parte superior del torso. Sus ojos se quedaron clavados en una vieja fotografía en la que sus padres posaban sonrientes. Suspiró para insuflarse a sí mismo un poco de ánimo y volvió al salón a por el anciano.

—Bueno, papá. Vamos allá.

Le introdujo un brazo por debajo de las axilas y otro bajo la articulación de las rodillas y lo cargó sin esfuerzo, como cuando él era pequeño y su madre lo llevaba a la cama desde el sofá en el que se había quedado dormido. El viejo le dedicó otra de aquellas intensas miradas. Javier le sonrió.

—Te quejarás. Tienes un estupendo servicio de habitación, ¿eh?

Servando le devolvió la sonrisa con timidez, aunque Javier no podría asegurar si lo hacía porque había entendido la broma o simplemente porque le reconfortaba el hecho de que lo cuidase con tanto mimo. Se dejó hacer hasta que su hijo lo acomodó en la cama y le tapó las piernas.

—¿Estás a gusto? ¿Necesitas algo? —le preguntó antes de abandonar la habitación.

Su padre negó con la cabeza. Parecía que esa vez sí entendía lo que le decía.

—De acuerdo. Puedes tocar ese trasto si necesitas algo, ¿vale? —le sugirió señalando una pequeña campana de latón que estaba colocada sobre la mesita, muy cerca de donde su padre se encontraba—. Yo estaré en el salón trabajando.

El viejo volvió a sonreír.

Javier imaginaba que la idea de la campana se le había ocurrido a Juanita, una cubana de pechos prominentes que se encargaba de atender a Servando de ocho a tres de lunes a viernes. Había reparado en el objeto hacía poco tiempo, un día o dos, en una de las tardes que su padre estaba en el hospital mientras limpiaba la habitación. La había cogido, sorprendido por el peso de una cosa tan pequeña. La hizo sonar. Primero con suavidad y después un poco más fuerte. El sonido no era demasiado potente. Aun así, pensó que era lo bastante llamativo como para alertarlo si su padre lo necesitaba. En aquella ocasión,

había vuelto a dejarla sobre la mesita de noche. Ya le preguntaría a Juanita por eso. En realidad, no sabía si serviría de algo, porque no se imaginaba a su padre utilizando aquel aparato, pero podía darle más tranquilidad saber que, en caso de emergencia, al anciano podía servirle.

Se sentó frente a la mesa de comedor del salón y abrió el portátil. Afortunadamente podía teletrabajar, lo que era una ventaja, dado el estado de su padre en los últimos meses y lo mucho que dependía de él. Contaba con Juanita, pero se trataba de un día excepcional porque Servando había estado ingresado en el hospital todo el fin de semana y Javier había preferido ser él quien se ocupase de recogerlo y acomodarlo en casa a su regreso.

Introdujo la clave y la contraseña de acceso a su ordenador del trabajo y se dispuso a despachar los asuntos más urgentes. Apenas llevaba unos minutos en ello cuando el sonido de la campana lo sorprendió, haciéndole dar un respingo sobre la silla.

—¿Papá?

El sonido metálico se repitió, esta vez más insistente. Javier se levantó deprisa, a punto de volcar la silla, y acudió a la habitación del anciano. Entró a la carrera, con el corazón golpeándole el pecho. Que su padre decidiera hacer uso de aquel artefacto podía significar cualquier cosa, pero ninguna de ellas buena, a juicio de su hijo.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Estás bien?

Sus palabras se adelantaron a sus propios movimientos. La pregunta la había formulado desde la puerta, incluso antes de ver con claridad el cuerpo de su padre. Se acercó a la cama para observar su estado. El viejo dormía profundamente con ambas manos cruzadas sobre el pecho. Javier frunció el ceño. Miró la campana colocada sobre la mesita de noche en la misma posición en que él la había dejado. La cogió con cuidado y la observó como el que observa un objeto único expuesto en una sala de museo. Volvió a colocarla sobre la mesita y abandonó la habitación pensando que, seguramente, su subconsciente le había jugado una mala pasada. La mente tiene ese poder de crear imágenes y sonidos cuando está influenciada por la sugestión. Regresó a sus tareas y procuró relajarse y concentrarse al mismo tiempo, si eso era posible.

Aunque tenía su propia casa en el segundo piso de aquel lujoso edificio, Javier se había mudado permanentemente a la casa de su padre. El psicólogo del hospital le había aconsejado mantener al anciano en todo momento en contacto con un entorno reconocible para él. No era bueno que se mudase a un lugar extraño, aunque ese lugar fuera la casa de su propio hijo. Eso podría desorientarlo aún más y empeorar su capacidad de percepción de la realidad. Así que Javier había optado por ser él quien cambiara de residencia.

No estaba casado ni compartía su vida con nadie. Estuvo a punto de hacerlo en una ocasión, pero el hombre del que se había enamorado no tenía las ideas tan claras como él. Estuvo dándole largas hasta que Javier lo puso entre la espada y la pared y lo obligó a decidirse. No salió bien. En cualquier caso, agradecía que todo hubiera sucedido de ese modo, porque no se veía en la tesitura de dividir su tiempo entre un padre viejo y enfermo y un marido. Pero, por otro lado, echaba de menos contar con un compañero de viaje en el que apoyarse en los momentos complicados y, sin duda, este era uno de esos momentos.

El sonido de la campana repiqueteaba aún en su mente cuando decidió hacer un descanso para comer algo. El reloj del ordenador marcaba las once y cuarto. Se prepararía un café y picaría cualquier cosa hasta la hora de comer. Se levantó y se dirigió a la cocina. Preparó la cafetera y se hizo un sándwich de jamón. Le dio un bocado y lo dejó sobre la encimera de la cocina para echar otro vistazo a su padre. Se asomó al umbral y lo observó desde allí. El anciano seguía dormido, boca arriba y con las manos sobre el pecho, que se movía débil y rítmicamente arriba y abajo, arriba y abajo. Su madre lo miraba desde el interior del portarretratos. La sonrisa de Mariola parecía bendecirlo por ser tan buen hijo.

Volvió a la cocina y se sirvió una taza de café, apuró el sándwich y regresó al salón con la taza en la mano. El sonido de la campana volvió a sobresaltarlo antes de sentarse. Esta vez no le cabía ninguna duda de que alguien —o algo — la había hecho sonar. La taza de porcelana se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo, se hizo añicos y esparció el líquido negro en todas direcciones. Todo pareció suceder a cámara lenta. Javier se quedó mirando el estropicio unos segundos. Después aguzó el oído esperando escuchar otra vez el sonido metálico. Silencio. Giró sobre sus talones con cautela procurando no hacer

ruido. Recorrió despacio la distancia que lo separaba de la habitación de su padre y se asomó a la puerta. Todo estaba aparentemente en orden. Servando seguía en la misma posición. Estaba dormido y nada indicaba que se hubiera movido en todo el tiempo transcurrido desde que lo había acostado. La campana reposaba sobre la mesita de noche. Javier entrecerró los ojos y la miró durante un instante. Se le antojó burlona, traviesa. Se sacudió el pensamiento con un movimiento apenas perceptible de la cabeza. ¿Era posible que hubiera alguien más en la habitación y tratara de gastarle una broma? No lo creía. Sin embargo, esta vez sí estaba seguro de haber escuchado el sonido. «Alto y claro, mi capitán. Ya lo creo que sí», pensó. Se acercó a la cama y observó a su padre desde lo alto. Su pecho subía y bajaba con normalidad. Volvió a fijarse en la campana. Pensó en cogerla y llevársela afuera, pero un miedo repentino a que aquella cosa lo mordiera en cuanto le pusiera una mano encima lo amilanó. «¿En serio estás pensando que una pequeña campana de latón puede morderte, Javi?», se preguntó a sí mismo reprochándose su actitud infantil e irracional. Responder a su propia pregunta habría sido reconocer que el miedo estaba instalándose poco a poco en su nuca convertido en una sensación gélida que le recorría desde el cuello a la parte inferior de la espalda. ¿Qué coño estaba pasando?

«No seas idiota», se dijo al tiempo que cogía la campana, tal vez con demasiada fuerza, y la envolvía dentro del puño, como si quisiera evitar que sonara cuando nadie se lo pedía. Regresó al salón y la colocó sobre la mesa de comedor, junto al ordenador. La miró como si fuera un bicho raro. Estaba seguro de haberla oído sonar. Podría haber sido otra, en otro lugar, pero sabía que eso no era probable. «A este paso, terminaré volviéndome loco», pensó con tristeza. Limpió el estropicio originado por la caída de la taza de café y volvió a concentrarse en el trabajo hasta la hora de comer.

Sobre las dos, el sonido de su teléfono móvil —muy diferente al de una campana, por cierto— volvió a sobresaltarlo. Era Juanita, que quería saber cómo estaba don Servando y si debía ir al día siguiente como hacía normalmente. Javier le contó las últimas novedades y los consejos de los médicos. Omitió que tenía la sensación de haberse traído a su padre a morir a casa. Juanita le agradeció la información y se despidió amablemente. Antes de que colgara, Javier le preguntó:

—Oye, Juanita, ¿has comprado tú una campana?

—¿Qué cosa? —preguntó la cubana extrañada.

—Había una campana pequeña en la mesita de noche de la habitación de mi padre. Una de esas que usa la gente rica para llamar al servicio. ¿La has traído tú?

—No, Javier. ¿Qué tú crees que va a hacer tu padre con eso, chico? El pobre no puede ni levantar un vaso de agua. ¿Tú te lo imaginas haciendo sonar una campana?

Javier se quedó en silencio unos segundos. Intentaba pensar con rapidez.

—Pues es raro. Aquí solo entramos tú y yo. No entiendo de dónde ha salido ese objeto, la verdad.

—No tengo ni idea —contestó Juanita sin poder evitar que le vinieran a la cabeza algunas explicaciones, algunas posibilidades. Pero todas le parecían propias de un asunto feo y oscuro. Así que lo dejó estar.

Servando era un buen paciente. Por lo general, no le costaba ingerir alimentos y se comía casi todo lo que su hijo preparaba para él. El día de su regreso del hospital, Javier le sirvió un plato de sopa, un bistec con patatas fritas y un plátano. Servando se comió, con ayuda de su hijo, toda la sopa y casi todo el bistec. No quiso comerse el plátano y se lo hizo saber a Javier frunciendo los labios en una mueca de desagrado.

—Pues antes te gustaban muchísimo los plátanos —protestó en un intento de animarlo a comer un poco de fruta. El viejo no contestó. Clavó la vista en él con los ojos acuosos. Javier no estaba seguro de si su padre había estado llorando o empezaba a hacerlo en ese mismo momento—. Está bien —convino—. Lo guardaré hasta la tarde. Tal vez te animes para la merienda.

Cogió la bandeja con los restos del almuerzo y se levantó para llevarla a la cocina. Cuando estaba a punto de salir de la habitación, el grito desgarrador de su padre lo sorprendió tanto que la bandeja y todo su contenido estuvieron a punto de correr la misma suerte que la taza de porcelana. Javier se giró con el corazón en la boca y contempló con horror el cuerpo de Servando, presa de convulsiones incontrolables, sentado en la cama con los brazos estirados a la

altura de los hombros, las manos agarrotadas y la boca abierta en un grito congelado.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Qué te ocurre? —preguntó Javier alarmado al tiempo que corría hasta él y dejaba la bandeja sobre la mesilla de noche de forma apresurada.

El viejo hacía gestos para apartar algo imaginario que supuestamente tenía delante, aunque su hijo no era capaz de ver nada. «Delira», pensó. En ese momento, la campana del salón emitió su metálico sonido y Javier salió a la carrera de la habitación, dejando a su padre a merced de su suerte, con la intención de pillar *in fraganti* al bromista. No halló a nadie allí. «Deliramos», pensó, maldiciendo en voz alta para ahuyentar el miedo. Regresó junto a su padre otra vez a la carrera. El viejo aún temblaba, recostado sobre las almohadas y respirando con dificultad. Javier intentó tranquilizarlo. Estaba siendo un día bastante complicado. Le acarició las manos y le habló con dulzura.

—No pasa nada, papá. Estoy aquí.

—Quiere saldar la deuda —balbuceó Servando.

Javier arrugó el entrecejo.

—¿Qué?

—Yo… debo pagar ya… Viene a por mí… viene a por mí.

—¿Quién viene a por ti, papá? Me estás asustando. ¿A quién has visto?

—¡Oh, Dios mío! —se lamentó Servando en susurros—. Viene a por mí.

Javier abrió el cajón de la mesita de noche y extrajo una caja de tranquilizantes del interior. El médico le había prescrito aquel medicamento para las ocasiones en las que Servando estuviera especialmente alterado. Le dio una cápsula a su padre, que la aceptó sin protestar y la mantuvo en la boca con los labios apretados, sin apartar la vista de la pared de enfrente. Javier le acercó el vaso de agua que siempre tenía medio lleno sobre la mesilla y le limpió la boca con un pañuelo de papel. Para una vez que su padre hablaba, decía cosas que ponían los pelos de punta.

—Enseguida te encontrarás mejor y podrás descansar, ¿de acuerdo?

Servando cerró los ojos y pareció tranquilizarse. Javier pensó en tomarse también una o dos de aquellas cápsulas, pero desechó la idea con rapidez. Su padre lo necesitaba alerta. ¿Alerta? ¿No era esa una palabra demasiado alarmista para la situación? No quiso pensar en ello. Llevó la bandeja a la cocina, volvió al salón y se esforzó en concentrarse en el trabajo, pero no lo consiguió. Su mirada se desviaba continuamente hacia la campana. Se sintió mareado y un poco aturdido. Era como si el pequeño objeto de metal desprendiera algún tipo de vibración que le afectaba negativamente. De repente, tuvo miedo de que la campana sonara sola encima de la mesa. Se dijo a sí mismo que si eso ocurría, comenzaría a gritar y terminaría perdiendo el control. Se levantó y se dirigió al aparador de la entrada. Abrió algunos cajones deprisa mirando de reojo al salón y rogando que el sonido metálico no se repitiera. Encontró cosas que podían servirle para su propósito en el segundo cajón de la derecha: unas tijeras, cinta aislante y una almohadilla vieja para el ratón del ordenador.

Volvió al salón y se sentó. Dejó la cinta aislante sobre la mesa y cortó una tira de la almohadilla. Cogió la campana con cuidado. El tacto con el objeto le resultó frío y desagradable, como rozar la pantorrilla de un muerto. La volvió del revés y envolvió el badajo con la tira de almohadilla. Después sujetó esta al metal con mucha cinta aislante, de modo que quedara oculto el trozo de latón encargado de producir el sonido al golpear las paredes del cuerpo de la campana. Cuando hubo acabado, probó a hacerla sonar, pero, con todo aquel envoltorio alrededor del badajo, el sonido que emitía era solo un tap, tap amortiguado apenas audible.

Una parte de su mente le reprochó aquella actitud paranoica y demencial que lo llevaba a silenciar la campana de aquella manera, como si el objeto tuviera vida propia y fuera capaz de sonar cuando le venía en gana. La otra parte, el lado gris que razonaba menos, le dijo que había hecho un excelente trabajo, que así era como se hacía callar a la llamada del mal.

El resto de la tarde transcurrió sin sobresaltos. Servando se comió el plátano para merendar y dio buena cuenta de una cena ligera que su hijo le había preparado. Javier lo aseó y le puso el pijama. Lo arropó como si fuera un niño pequeño, le dio un beso en la frente y le deseó buenas noches.

Pero aquella noche fue de todo menos buena. Javier tuvo una horrible

pesadilla con una campana que ascendía hacia él sobre el edredón desde la parte inferior de la cama, apoyada en dos muletas y mostrando el badajo estirado como si fuera una pierna escayolada. «Diversidad funcional, amigo», decía la campana sin voz en la mente de Javier, al tiempo que se acercaba amenazante con la intención de morderlo. Él protestaba, gritándole que una campana no podía caminar, y mucho menos apoyarse en dos muletas para hacerlo. ¿Dónde se suponía que tenía los brazos? Se encogía entre las sábanas y pataleaba en un intento de deshacerse del extraño objeto mientras alguien golpeaba la pared incesantemente por la cabecera de su cama, como si quisiera tirar abajo el muro desde el otro lado. Se despertó empapado en sudor, temblando y con el corazón a mil por hora. Consultó la hora en el móvil: las cinco. Se levantó y entró en el baño para vaciar la vejiga. Miró su reflejo en el espejo. Tenía un aspecto espantoso. Antes de volver a su cuarto, se acercó a la habitación de su padre. Al principio, su mente no procesó la imagen que observaba: la cama estaba vacía. Javier temió que su padre se hubiera caído por el otro lado y dio la vuelta para comprobarlo, pero tampoco lo halló por allí.

—¿Papá? —llamó en voz alta alarmado—. Papá, ¿dónde estás?

Salió de la habitación y se dirigió al salón. Encendió la luz, que tintineó como si en vez de una lámpara de led se tratara de un fluorescente con el cebador en mal estado. La imagen de su padre se recortó sobre el sofá y Javier tuvo la impresión de estar en una de las antiguas discotecas a las que acudía de joven. «Es la hora del baile de los espectros», anunció de manera demencial un pinchadiscos en su cabeza. Cuando el salón se iluminó, la visión de la figura de su padre lo hizo entrar en pánico. El viejo parecía catatónico. Estaba inmóvil, con la boca y los ojos abiertos de par en par y miraba al techo de manera grotesca.

Javier se acercó deprisa y se sentó a su lado.

—¡Dios mío, papá! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

Su padre no reaccionó. Estaba frío y rígido como si llevara un día muerto. Su hijo le tomó el pulso y no lo halló. Colocó su oído junto a la boca del anciano y no notó el aire de su aliento.

—¡Ay, mi madre! —se lamentó en voz alta al borde del llanto—. ¿Qué

hago, Dios mío?

Si Juanita hubiera estado allí sabría qué hacer. Juanita siempre sabía qué hacer. Ella habría actuado fríamente, pero él no podía. Aquella persona que estaba sentada en el sofá, muerta y con un *rigor mortis* galopante, era su padre. No podía actuar con frialdad en un momento así. Pensó en cerrarle los ojos antes de avisar a emergencias, pero entonces su mirada se fijó en las manos del anciano, que se habían cerrado en torno a lo que a Javier le pareció un bloc de notas. Intentó arrancárselo de aquellos dedos que empezaban a agarrotarse, pero no pudo. Temió partirle algunas falanges si insistía en recuperarlo. En el intento, notó con estupor que el viejo se había orinado encima.

—Qué muerte tan indigna, papá —se lamentó Javier dirigiéndose a su padre muerto, como si este fuera capaz de oírle—. ¿Es así como querías ser bendecido? ¡Pobre papá!

Le cerró los ojos con respeto y le dio otro ligero tirón al bloc sin éxito. No pudo soltarlo de las férreas y artríticas manos del anciano. Se preguntó cómo había sido capaz su padre de levantarse de la cama, coger aquel bloc de donde quiera que estuviera y sentarse en el salón a esas horas de la noche. ¿Qué sentido tenía? Después, él mismo respondió a su pregunta pensando que nada de lo que había dicho o hecho su padre en los últimos meses tenía mucho sentido. Ni siquiera estaba seguro de que seguir viviendo en aquellas condiciones lo tuviera. Una voz desde el otro lado del salón lo sacó de sus cavilaciones:

—Es un diario, hijo. Pero no trates de quitármelo aún o me partirás todos los dedos.

Javier levantó la cabeza y se tapó la boca para ahogar un grito de espanto. Su padre le hablaba sentado en la silla en la que él había estado trabajando toda la tarde. «No, trabajando no, te has pasado la tarde intentando silenciar la puta campana, ¿recuerdas?», le dijo una voz ferrugienta en el interior de la mente. Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Por el rabillo del ojo veía el cuerpo de su padre muerto y frente a él, su padre vivo y más vigoroso que nunca le hablaba con naturalidad sentado en una silla de madera.

—No debes temerme a mí —advirtió el anciano. Tenía un aspecto mucho

más saludable, como si la muerte le hubiera sentado de maravilla—. Debes temerle a él.

—¿A él? —se escuchó decir Javier con la sensación de que era otra persona la que hablaba en su lugar.

—Voy a contarte una historia, mi hijo. La historia de una decisión que tomé y que me ha pesado toda la vida. Algo por lo que tengo que pagar. Puede que haya aún una oportunidad para mí, eso no lo sé. Pero, si la hay, depende de ti. Siempre fuiste un buen hijo. Espero haber sido un buen padre para ti.

Javier dejó correr unas lágrimas. El miedo y la pena competían por llevarse el premio de la noche al sentimiento con mayor peso en su corazón.

—Fuiste el mejor padre —se escuchó contestar. Servando agitó una mano al aire en señal de que aquel detalle no tenía importancia.

—No puede haber nadie de buena voluntad que sepa vivir con esto en la conciencia toda la vida. Yo lo hice, luego es probable que no sea un buen hombre. Pero no soy un asesino. Así que, cuando pienso en lo que he hecho, yo mismo siento horror de mi persona. Ni en una vida entera puede un hombre superar algo así. No podía contárselo a nadie. La única alternativa que me quedaba era escribirlo para que, a mi muerte, se pudiera deshacer lo que yo hice. Está todo ahí, pero él no quiere que lo descubras aún. Quiere saldar la deuda. Vengarse. Viene a por mí, y no nos queda mucho tiempo.

—¿Quién es él, papá? —preguntó Javier al fantasma de su padre, convencido aún de que tenía que estar en medio de una horrible pesadilla.

Probó a pellizcarse un brazo y el dolor le hizo saber que, si era una pesadilla, se trataba de la pesadilla más vívida que había tenido jamás. Su padre desapareció de la silla y apareció de repente sentado al otro lado del sofá para continuar hablando. Javier emitió un chillido y se giró bruscamente, dándole la espalda al cadáver de Servando, que seguía rígido como un tótem de piedra, y mirando al techo con la boca abierta. Al anciano no pareció importarle el susto que se había llevado su hijo. Se acercó un poco más y un aire gélido envolvió la cabeza de Javier como si acabara de asomarse a la nevera en busca de los restos para la cena.

—Mientras se construía este edificio, yo trabajaba de albañil en la obra. Te

lo he contado otras veces. Lo que nunca te he dicho es que don Inocencio Álvarez, promotor de la construcción, a quien yo apenas conocía, acudió a la casa en la que vivíamos entonces. Lo hizo en plena noche. Era un hombre orgulloso y distante que solía mirar a la gente por encima del hombro. No eran buenos tiempos. El obrero debía obedecer las órdenes del patrón. Esa era la regla de oro. —El fantasma de Servando levantó ambas manos mostrando las palmas a su hijo en un gesto de disculpa. Javier se dio cuenta de que no había ninguna línea marcada en ellas—. No trato de justificarme. Solo digo lo que ocurría entonces. Don Inocencio me pidió que saliera a la calle para hablarme en privado y me preguntó si podía confiar en mí. Recuerdo que le temblaban las manos y el aliento le olía a alcohol. «¿Puedo confiar en ti, Servando? —me preguntó nervioso—. Me han dicho que eres un hombre serio en quien se puede confiar. Necesito tu ayuda. Solo tú puedes ayudarme».

En este punto, el espectro volvió a desaparecer. Javier lo vio de pie, apoyado en la jamba de la puerta que daba al pasillo. Cruzó los brazos sobre el pecho y una pierna sobre la otra como un galán de los años cincuenta frente a la bella protagonista de turno. Javier pensó que era una pena que no estuviera ataviado con un elegante traje y que, en vez de eso, solo vistiera con el pijama y anduviera descalzo.

—Yo me sentí muy halagado —continuó—. Alguien que tenía mucho poder e influencia me decía que solo yo, un simple obrero de la construcción, podía ayudarlo. Me prometió que, si lo hacía, si lo ayudaba y guardaba el secreto, me compensaría generosamente. Le pregunté qué podía hacer por él y entonces me pidió que lo acompañara a la obra en su lujoso coche. No recuerdo la hora, pero podían ser cerca de las doce.

El fantasma de Servando hizo una pausa y Javier aprovechó para desviar la vista hacia el cadáver. El cuerpo muerto de su anciano padre seguía allí, junto a él, tieso como el mástil de un velero. La campana sonó y Javier pensó con amargura que, después de todo, el dichoso objeto había conseguido deshacerse de la mordaza. Pudo verla allí, sobre la mesa. No se había movido lo más mínimo y sin embargo sonaba como si el propio fantasma la agitara con fuerza.

—Es el modo de anunciar su llegada —aclaró el anciano—. Dobla la campana para hacer ver que está llegando. Viene a llevarme con él. Que Dios

me ampare. No me queda mucho tiempo, así que iré al grano.

En pleno delirio, Javier pensó que le gustaba mucho el estilo de su padre después de muerto. Era más resuelto, más desinhibido que el padre que recordaba. El viejo descruzó las piernas e introdujo las manos en los bolsillos del pantalón de pijama.

—Avanzamos hasta la construcción desnuda, con los pilares grises mirando a la calle, como un esqueleto gigante en la oscuridad. —Hizo una pausa sonriendo—. En la última década leí muchos libros. He aprendido a expresarme de una manera más poética, ¿no te parece?

A Javier se lo parecía, desde luego. Su padre hablaba de manera muy diferente a la que él recordaba. Eso lo hizo dudar. Seguramente, todo era un mal sueño y pronto se despertaría. Este pensamiento lo ayudó a relajarse un poco. Disfrutaría del momento. Su padre continuó:

—Entramos como dos ladrones en un almacén lleno de objetos caros. Don Inocencio me guio hasta lo que hoy en día es la alcoba de esta casa. En aquella época estábamos empezando a levantar los tabiques. En el suelo del cuarto, entre dos columnas, se hallaba el cuerpo de un joven. Don Inocencio me miró y estudió mi reacción, que, como comprenderás, fue de enorme sorpresa. Le pregunté qué le ocurría a aquel muchacho. Él me contestó: «Está muerto. Y necesito que me ayudes a colocarlo en el hueco de ventilación entre las dos habitaciones y tabicar este lado».

—¡Oh, Dios mío! Esto no puede estar pasando. No puede ser verdad —exclamó de pronto Javier entendiendo el alcance de lo que el fantasma de su padre estaba a punto de confesarle.

—En realidad, pasó hace mucho tiempo, hijo. Pero no el suficiente para haberlo olvidado. Yo me rebelé al principio. Dije que no haría eso. Que debíamos llamar a un médico. Que cabía la posibilidad de que el muchacho solo estuviera inconsciente. Pero entonces don Inocencio entró en cólera. Me cogió por la pechera y me atrajo hacia él de un fuerte tirón. El tufo de su aliento me llegó a la garganta. Me gritó a la cara que aquel chico era un vagabundo. Que nadie lo echaría de menos. Me contó que intentó robarle a su propio hijo y este se defendió. Le había clavado en el pecho la navaja que el ladrón pretendía clavarle a él. Aquello era defensa propia, ¿no? Pero la policía

hacía muchas preguntas y mucha gente envidiaba a su familia. No iba a arriesgarse a que juzgaran a su hijo. Me preguntó si me parecería justo que el chico fuera condenado a morir en el garrote por matar a aquella basura. Un chico como el suyo, con un gran porvenir esperándole. Después bajó el tono de voz y se retiró un poco. Me alisó la camisa y la chaqueta que me cubría del frío y habló con voz calmada. —Servando apareció nuevamente sentado en la silla. Su visión se difuminaba y volvía, como si se tratara de un holograma que no conseguía mantenerse visible—. Lo arrastramos al interior del hueco, ese que separa tu habitación de la mía, y lo dejamos allí, tirado en el suelo. Le imploré a don Inocencio que nos aseguráramos de que estaba muerto. No soportaría cargar en mi conciencia haber emparedado a un hombre vivo. Él me miró durante unos segundos y después me ordenó comenzar a subir el tabique. Se marchó con la promesa de volver antes de que hubiese colocado seis o siete hileras de ladrillos.

—¿Y volvió? —preguntó Javier, que a esas alturas de la conversación se había convencido de que la visión de su padre era real. O al menos que podía interactuar con él sin problema.

—Así es. Volvió enseguida con esa campana que está sobre la mesa. Con la misma campana que hemos oído sonar hace un rato.

—Eso no es posible.

—Sí lo es. Créeme. Es tan posible como que yo te esté contando esto con mi cuerpo muerto aún presente a tu lado. Don Inocencio colocó la campana en la mano del chico y se la amarró fuertemente con un trozo de cuerda. «Nos quedaremos aquí toda la noche —me dijo—. Si está vivo, tocará la campana y tiraremos el muro. Si no lo hace, se quedará ahí para siempre. ¿Te parece justo?».

—¡Jesús, papá! ¿Lo emparedaste?

Servando asintió con la cabeza.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Él era el patrón y el chico parecía muerto. Me llevó cuatro horas terminar el trabajo. Después nos quedamos los dos sentados en el suelo, con la vista fija en los ladrillos rojos. La campana no sonó y al día siguiente encalé la pared e intenté olvidarme del asunto. Pero, viendo cerca el final de mis días, el muchacho ha vuelto para cobrarse su

deuda.

El fantasma volvió a aparecer sentado en el sillón junto a Javier. Él se giró para verlo. Le planteó la pregunta, aunque ya conocía la respuesta:

—¿Por eso te ofreció ser el portero del edificio? ¿Para que vivieras aquí?

El fantasma de Servando asintió.

—Yo era el guardián de la tumba. Solo nosotros conocíamos el secreto, y el secreto murió con nosotros. Pero ahora es necesario que alguien saque su cuerpo de ahí y le dé sepultura. Si no, me llevará con él al infierno. Ya puedo sentirlo, hijo. Viene a por mí. ¡Que Dios se apiade de mi alma!

Las heladas y muertas manos de su padre dejaron caer al suelo el bloc para posarse en sus brazos y aferrarlos con la fuerza de dos enormes tenazas. La campana volvió a sonar. Esta vez mucho más fuerte, mucho más cerca, mientras el cadáver de Servando imploraba a su hijo con desesperación.

—¡Javier! ¡Ayúdame! ¡Javier! ¡Oh, Dios Santo! ¡Javier!

—¡No!, ¡no! —protestaba él intentando zafarse de las huesudas garras de su padre— ¡Déjame!

—¡Javier!

El último grito no salió de la garganta de Servando, sino la de Juanita, que trataba de despertarlo por todos los medios. Las manos heladas sobre los brazos de Javier eran las suyas y la súplica que él escuchaba también. Javier se despertó y se sentó en la cama empapado en sudor. Miró con los ojos fuera de las órbitas a la asistenta, que le devolvió una mirada igual de alarmante.

—¡Es tu padre, Javier! —exclamó fuera de sí—. Lo he encontrado muerto en el sofá.

Javier se levantó a toda prisa y se asomó al salón. Su padre tenía el mismo aspecto que en su pesadilla (¿de verdad había sido una pesadilla?). El bloc estaba en el suelo, junto a sus pies. Juanita apareció a su espalda.

—¿Durmió aquí? —le preguntó a Javier casi en susurros.

—No. Lo dejé en su cama, como todas las noches —contestó mientras se esforzaba por mantener la calma—. Debió de levantarse desorientado y acabó ahí.

—¡Pobre Servando! ¡Virgen bendita!

La imagen de un hombre y una mujer de pie, en medio de un salón observando el cadáver de un anciano resultaba extraña e inquietante. Javier pidió a Juanita que llamara a emergencias mientras él se aseguraba de ocultar la campana que seguía sobre la mesa con el badajo envuelto en cinta aislante. También guardó celosamente el diario de su padre que contenía escrita la misma historia que le había contado en sueños (¿de verdad había sido un sueño?).

Tras las exequias, Javier volvió a la vivienda de la planta baja cargado con un bolso de deporte. Entró en la habitación de Servando y se sentó en la cama. Miró de manera distraída la pared, colocó el bolso en el suelo y abrió la cremallera. Sacó un martillo pedrero y un cincel y suspiró con resignación.

—Ya voy, papá.

Se acercó a la pared y levantó el martillo. El sonido de la campana se confundió con el primer golpe.

CUANDO APAGAS LA LUZ

Mi nombre es Eric. No necesitas saber nada más. A fin de cuentas, cuando leas esto, tal vez ya haya dejado de existir. Escribo mientras espero que ocurra algo que cambie la realidad, pero ya me ha quedado claro que la realidad solo cambia cuando apagas la luz, y no para bien, precisamente.

Es curiosa la manera en la que uno se mete en problemas. Y cuando te ves inmerso en un asunto realmente grave, echas de menos lo rutinaria que era tu vida antes de que eso ocurriera. Así me encuentro yo en este momento: muerto de miedo y echando de menos mi anodina vida normal. Preguntándome inútilmente qué hubiera sido de mi vida si mi elección hubiese sido la correcta.

Trabajo como comercial en una multinacional dedicada a la fabricación de todo tipo de elementos electrónicos. Ya sabes, microchips y cosas así. No voy a darles a los mandamases la satisfacción de ver reflejado aquí el nombre de eso a lo que ellos llaman «nuestra gran empresa», así que tendrá que bastarte con saber que la compañía para la que trabajo (una voz en mi cabeza me exige que escriba «trabajaba», pero me niego a hacerlo) es grande y poderosa.

Por más que mi jefe se empeñe en hacerme ver que los congresos son una oportunidad de oro para hacer *networking* y para mi propia proyección como profesional, yo odio asistir a ellos. Si tuviera que poner en una balanza los pros y los contras del esfuerzo que me supone obedecer esa orden, el peso se inclinaría hacia los contras. No me gusta viajar, esa es la verdad. Los aeropuertos son un fastidio. Un hervidero de personas sin nombre y sin rostro, poseídas por la prisa, atropellándolo todo a su paso.

Cada una de las cosas que debo hacer antes de subir al avión supone para mí un agobio: la facturación del equipaje, el control de seguridad, el embarque… Y a la llegada al destino, más de lo mismo: desembarcar, recoger el equipaje, pillar un taxi, el metro o el bus y registrar mi entrada en el hotel de turno.

Decididamente, los viajes no están hechos para mí. Mucho menos si son viajes de trabajo. La ansiedad que me asalta desde que salgo de casa hasta que llego al hotel me hace sudar como un esquimal en el desierto. Solo cuando me siento en la cama de la habitación y respiro despacio un par de veces, me tranquilizo y retomo el control de mí mismo. Mi empresa no escatima en gastos, así que siempre puedo contar con una amplia habitación decorada con un gusto exquisito. Y esta vez no fue una excepción. Subí y bajé del avión, me trasladé en taxi al hotel y me registré en la recepción.

Lo primero que vi en cuanto abrí la puerta de la habitación fue una cama doble con sábanas blancas y colcha gris que presidía el centro de la estancia. En ese momento no podía ni siquiera imaginar lo que sucedería horas después sobre aquella cama. Ni en mis mejores sueños ni, menos aún, en mis peores pesadillas, y que me tiene ahora pegado al ordenador tecleando estas letras, no sé si para soportar el terror que me invade, para dejarla como epitafio de mi muerte o simplemente para mantenerme ocupado y evitar apagar la luz.

Me sorprendió ver sobre la cabecera de la cama la enorme reproducción de un cuadro, de cuyo título, *Satanás se regocija por Eva*, me enteré después, y que fue pintado por un tal William Blake (de eso también me enteré más tarde). La pintura medía al menos dos metros de largo por uno de alto, y mostraba una figura antropomorfa con alas sosteniendo un escudo en una mano y una lanza en la otra. El personaje parecía flotar boca abajo sobre una mujer —ella boca arriba— desnuda y atrapada por una serpiente. El reptil rodeaba su cuerpo y reposaba la cabeza sobre sus pechos con una mirada amenazante. Lo primero que pensé fue que la tía estaba buena. Aunque no me gustaron sus pies. Eran demasiado grandes. Mi mujer tiene los pies pequeños. Punto para ella. Después de veinte años casados, no es que abunde la pasión entre nosotros, pero, de vez en cuando, Celia se marca un buen tanto y reconozco que sus pies me ponen mucho. No sé qué va a ser de mí a partir de ahora, pero espero que a ella le vaya bien. He sido un miserable, lo admito.

Pero te juro que la he querido a mi manera.

Me quedé un rato observando el cuadro y entonces sucedió la primera cosa extraña de aquel día: las figuras parecieron moverse. Sí, cuando se me pasó el susto, yo también pensé que era un disparate siquiera imaginarlo. Puedes llamarme loco, pero ahora ya no pienso igual. Lo que ocurrió fue que la serpiente y el tío de las alas giraron la cabeza al mismo tiempo para enfocarme, como si se hubieran percatado de mi presencia en la habitación. Di un respingo y casi caí de espaldas. Cuando volví a mirar, las figuras estaban en la misma posición que antes. Entonces pensé que el cansancio estaba haciendo mella en mi cerebro. Tardé un rato en recomponerme. A pesar de la impresión, la curiosidad me podía, así que me acerqué al cuadro con precaución, mirando de reojo hacia las figuras del lienzo, o lo que fuera aquella superficie en la que estaban pintadas. Lo levanté un poco por una de las esquinas buscando en la parte posterior algún dispositivo colocado por algún bromista con la idea de que los ojos de las figuras se movieran, pero no hallé nada.

Al rato, me di por vencido, me quité los zapatos y me tumbé sobre la cama. No recuerdo cuánto tiempo estuve en esa postura, pensando en todo y en nada. Cuando conseguí relajarme lo suficiente, cogí el móvil y marqué el número de casa. Tenía que cumplir con el protocolo de rigor: llamar a mi mujer e informarla de mi llegada y de que me encontraba bien. Tengo que admitir que, cuando viajo, la voz de Celia al otro lado de la línea siempre me reconforta. De alguna manera, escucharla me asegura que todo está en orden al otro lado. Pero esa vez también me ayudó a olvidar mi extraño encuentro con los personajes del grabado. Intercambiamos algunas frases sobre cómo había ido el viaje, qué tal estaba el hotel y algo más sobre la agenda del día siguiente. Por supuesto, omití el asunto del cuadro. Celia me pidió que tuviera cuidado, que comiera, que no bebiera, que me portara bien y que volviera entero. Yo contesté que sí a todo y colgué el teléfono. Me desvestí y me metí en la ducha. Los viajes siempre me dejan agotado. En otras circunstancias, habría aprovechado para tocármela un rato en el baño. No me importa reconocer que las habitaciones de hotel me producen un efecto afrodisiaco, aunque aquella en particular me había bajado la libido a niveles ínfimos. Tampoco tenía ganas de cenar, así que decidí bajar al bar del hotel y beberme un par de cervezas. Las jornadas sobre *marketing* y comunicación, que habían

sido el motivo de mi viaje, no empezarían hasta el día siguiente.

El bar era amplio, con una barra larguísima y un camarero de mediana edad, flaco y con el rostro anguloso, que me recordó vagamente a Lloyd, el barman del hotel Overlook en la película *El resplandor* con la que Stanley Kubrick llevó a la gran pantalla la historia de Stephen King. Evidentemente, aquel hotel no era el Overlook y el camarero, por más que se pareciera a Lloyd, era más español que la siesta y mucho más comunicativo. De hecho, hablaba en exceso para mi gusto. Me senté en un extremo de la barra, junto a la puerta de entrada, y Lloyd (lo llamaré así, de momento) se acercó.

—¿Qué se le apetece, señor? —preguntó con una sonrisa dibujada en sus labios finos. Le dije que tomaría una cerveza y se quedó mirándome como si pudiera ver a través de mí antes de volver a preguntar—: ¿Alguna marca en especial? Tenemos muchas.

Era una pregunta evidente que me hacían en todos los bares siempre que pedía una birra, pero, no sé por qué, en esta ocasión me pareció una pregunta difícil. Nunca me consideré un experto en cerveza. De hecho, me daba igual la marca, así que contesté:

—Pues no sé. Una buena.

Lloyd volvió a sonreírme y me sirvió una 1906 —creo que se trataba de una reserva especial— que pude saborear con intenso placer.

—¿Viene al congreso de mañana? —me preguntó cuando acabé de paladear el primer sorbo y de pasarme la lengua por los labios para limpiar los posibles restos de la bebida.

—Así es —contesté yo un poco más relajado.

—¿Y había estado antes aquí? Disculpe mi indiscreción, pero su acento es un poco diferente —apuntó él entrecerrando los ojos.

—Sí, ya. Me lo dicen mucho. No. No he estado antes. Es mi primera vez.

—Estupendo. Pues espero que disfrute de la estancia. Este es un hotel especial.

—Gracias.

Yo no tenía muchas ganas de hablar, pero parecía que Lloyd llevaba meses

sin hacerlo porque se arrancó con un monólogo sobre las bondades de la ciudad y lo fantástico que era el servicio del hotel, que a mí me pareció más soporífero que las jornadas que tendría al día siguiente. Cuando creía que el camarero ya no tendría nada más que decir, se acercó un poco más a mí y me dijo en voz baja, como si quisiera confiarme un secreto:

—Si la noche no es de su agrado, me gustaría que me lo hiciera saber. Nos gusta contentar a nuestros clientes. Vuestros deseos son órdenes para nosotros, ya sabe.

En aquel momento, me extrañó mucho el enigmático comentario. Si tenía algún problema con el servicio, lo diría, desde luego, pero no a aquel tipo raro que servía las copas en el bar.

Estaba a punto de terminar la segunda cerveza, que ya se me estaba subiendo un poco a la cabeza, cuando alguien llamó mi atención con la misma pregunta que me había hecho Lloyd:

—¿Vienes al congreso de mañana?

Me giré en dirección a la voz para descubrir a una mujer joven, con un vestido amarillo salpicado de flores verdes, que me sonreía. Mis ojos buscaron instintivamente el escote de la recién llegada, pero pronto me percaté de que el modelito que llevaba la mujer no me iba a dar la oportunidad de ver nada que ella no quisiera que viera. El movimiento fue casi automático y me reproché a mí mismo ser tan primitivo. La imagen de Celia acudió a mi mente como una ráfaga de viento helado, pero se desvaneció enseguida. La mujer hizo un gesto con los ojos, dos preciosos diamantes verdes, y sonrió instándome a responder.

—¿Disculpa? —le pregunté tratando de ganar un poco de tiempo.

Sus ojos captaban mi atención y me habían hecho olvidar cualquier otra parte de su cuerpo susceptible de ser analizada por mi radar de macho alfa. Ella sonrió.

—Las ponencias de mañana sobre *marketing*.

—Ah, sí, sí. ¿Tanto se me nota?

—¿El qué? —preguntó divertida.

—Que no soy un turista común.

—No. No es eso. Es que no pude evitar escucharte antes, cuando estabas registrándote.

—Pues menos mal —teatralicé llevándome una mano al pecho—. Por un momento pensé que daba el cante. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Vienes al congreso?

La chica negó con la cabeza sin dejar de sonreír. Me sentía atrapado por aquellos ojos verdes y la candidez de su sonrisa. No podía dejar de mirar su boca. Ella se dio cuenta y amplió un poco la curvatura de los labios, y yo lo tomé como un deseo de quedarse un rato conmigo.

—Perdona, ¿puedo invitarte a una copa? —me atreví a sugerirle.

—Sí, gracias —contestó.

Debo reconocer que aquello me sorprendió y alimentó mis expectativas. Llamé la atención de Lloyd levantando la mano con discreción para que acudiera, rogando que no se quedara a dar otra charla de las suyas. La joven pidió lo mismo que yo había estado bebiendo. La acompañé, por supuesto, y así sumé mi tercera cerveza de esa noche. Lloyd nos dejó solos, cosa que agradecí de veras.

La joven me contó que se llamaba Nayua y que estaba de paso. Le pregunté de dónde procedía aquel nombre tan original y me explicó que era de origen árabe. Después me contó que se dedicaba al periodismo y que escribía para una editorial de tirada nacional, aunque no mencionó el nombre. Cuando le tendí la mano para presentarme, me la estrechó sin apretar. Me encantó envolver aquella piel fina, delicada y fría y, por primera vez en la noche, me alegré de mi costumbre de quitarme el anillo de boda y dejarlo en la habitación.

Puedes llamarme cabrón. Sé que lo soy, pero, si he de ser sincero, no sé exactamente por qué lo hago. Normalmente, cuando acudo a esos congresos y cursos a los que la empresa me obliga a asistir, no me planteo seriamente flirtear con nadie. Sin embargo, en cuanto llego al hotel, me desvisto y me quito el anillo de boda. Me doy una ducha y me la casco. Es como un ritual de

purificación. Como si así tuviera la libertad de convertirme en alguien distinto. Libre de pensamiento, palabra y obra. Libre de responsabilidades, libre de culpa.

La conversación con Nayua fue distendida, amena, profunda en ocasiones y muy divertida. Era realmente joven. Yo voy a cumplir los cuarenta y dos (aunque ahora mismo dudo seriamente que lo consiga), pero me dio la impresión de que ella apenas llegaba a los treinta. No me dijo su edad y a mí no se me ocurrió preguntárselo. Esa regla de oro la tengo muy clara: prohibido preguntarle la edad a una mujer, a menos que parezca peligrosamente menor.

Las botellas vacías de cerveza se amontonaban sobre la barra. Cada vez que Lloyd aparecía con dos nuevas 1906, me guiñaba un ojo y sonreía con complicidad. No sé si Nayua se daba cuenta, aunque ahora sospecho (en realidad no lo sospecho, estoy seguro) de que sí lo hacía.

El alcohol terminó subiendo a mi cabeza y ocupando el espacio que le había arrebatado a la inhibición y al autocontrol. Le dije a Nayua que estaba muy a gusto con ella y que me encantaría que aquella noche no acabara nunca. Recuerdo muy bien lo que me contestó, porque esas palabras aún resuenan en mi mente como una jodida maldición:

—¿De verdad? —preguntó con un deje de timidez e inocencia que me desarmó—. ¿Desearías que me quedara contigo para siempre?

Estuve a punto de decirle que eso no era posible, que yo estaba casado y tenía un hijo precioso al que adoraba. Pero eso hubiera echado por tierra aquel momento mágico en el que me sentía importante, deseado y libre, así que le dije que sí, que eso estaría genial. Ya lo ves. eso fue justamente lo que contesté antes de tomar otro trago de aquella maldita cerveza. Ella sonrió con su encanto especial, y su intensa mirada en el ascensor, de camino a mi habitación, me puso como una moto. Intenté controlarme y me alegré de no habérmela cascado antes. Cuando uno pasa de la cuarentena no puede forzar la máquina y esperar que esta responda como cuando tenía veinte.

Ahora me resulta patética la manera en la que conseguí meter la llave en la cerradura. Al tercer intento logré introducirla y girar el interior del cilindro para abrir la puerta. En ese instante pensé que, como se me diera tan mal meter lo otro en el lugar correspondiente, iba a arrepentirme toda la vida. Sin

embargo, la actitud de Nayua, que me miraba divertida y risueña, consiguió relajarme. Entramos en la habitación y el cuadro de Blake nos dio la bienvenida, lo que avivó el recuerdo de la horrible experiencia a mi llegada. Ella se quedó mirando el grabado y yo observé su cuerpo desde atrás. Recorrí con la mirada su espalda perfecta, la prominencia de sus nalgas, sus esbeltas piernas, que quedaban a la vista desde las rodillas, y sus pies, tan pequeños como los de Celia, cuya imagen no acudió esta vez a mi mente, como si mi cerebro fuera capaz de obedecer la orden expresa de dormir su recuerdo para acallar lo que mi conciencia me advertía a gritos.

Dudé en acercarme y cogerla por los hombros. Temía que el gesto la espantara y saliera despavorida de la habitación, pero mi erección me pedía actuar con urgencia. Así que allí estaba yo, en la habitación de un hotel, muy lejos de casa y compartiendo un espacio reducido con una preciosa joven con la que congeniaba a la perfección. Allí estaba yo, preguntándome por qué no podía darme un homenaje esa noche y después continuar con mi vida. Por qué no era posible darle gusto al cuerpo sin tener que dar explicaciones. Mi conciencia dormía. No vino a advertirme de los preceptos de la moral ni de las reglas del juego. No me mostró lo que podía perder si sucumbía al deseo. Guardó el silencio que yo le había pedido, y juro que se lo agradecí mucho. Ahora lo lamento. Pero ya es tarde.

Cuando estaba a punto de abrazar a Nayua, ella exclamó:

—¡Qué maravilla!

Dejé caer los brazos, aliviado porque no hubiera ningún espejo en lugar del cuadro. De ser así, Nayua se habría dado cuenta de mis viles intenciones. Disimulé como pude y me puse a su altura.

—¿Te gusta? —quise saber—. A mí me parece bastante raro.

Ella me miró como si acabara de decir una tontería, lo que me hizo sentir incómodo por primera vez en toda la noche.

—¿Bromeas? Es una réplica muy buena de *Satanás se regocija por Eva*, de William Blake.

—¿En serio? —dije yo para ganar tiempo mientras reconsideraba mi opinión sobre aquella pintura. Ella se volvió para mirarme y yo volví a

perderme en sus ojos verdes. El deseo volvió con fuerza.

—No sabes quién fue Blake, ¿verdad?

Mi sonrisa inocente le dio la respuesta que esperaba.

—Fue un poeta y pintor británico que vivió entre los siglos xviii y xix —me instruyó—. Este cuadro es de 1795.

—¿Y cómo has dicho que se llama?

—*Satanás se regocija por Eva* —repitió con voz queda—. Es una acuarela sobre impresión en color.

—¡Vaya! Ya veo que también eres experta en pintura.

Nayua no pareció tener en cuenta mi comentario. Dio un par de pasos en dirección al cuadro y me pidió que me acercara. Estuve encantado de hacerlo y me coloqué detrás de ella, tan cerca que podía percibir el maravilloso olor de su pelo. Yo me moría por besar su cuello.

—Blake presenta a Satanás como un héroe romántico —me informó—. ¿No te parece original? Nada de machos cabríos ni de cuernos o larga cola. ¿Ves la magnificencia de Satanás en este dibujo? ¿No te parece sublime?

Yo no sabía qué decir. Sublime, lo que se dice sublime, era excesivo, pero no quería contrariar a Nayua. Aunque debo admitir que hablar de arte estaba consiguiendo que me descentrara de mi deseo más primitivo. No era yo un experto en el tema, y mi experiencia con aquel cuadro tampoco había sido de las mejores que había tenido con una pintura. Así que contesté con otra pregunta:

—Y esa es Eva, supongo, la que está debajo de la serpiente.

Ella me miró con dulzura, como si fuera una maestra de primaria aleccionando a un niño de seis años. Yo estuve a punto de abalanzarme sobre aquellos labios que me hablaban otra vez.

—Eva es la mujer y es la serpiente.

El comentario me sorprendió y la pintura captó mi interés por el arte por primera y única vez esa noche. Observé el grabado con detenimiento.

—¿En serio? ¿A la vez?

Nayua afirmó con un movimiento de cabeza.

—La serpiente es su *alter ego*. Esta obra es una interpretación del propio Blake del poema de John Milton.

Nayua volvió a interpretar mi silencio y me ahorró la pregunta.

—John Milton fue un poeta y ensayista inglés. Vivió un siglo antes que Blake. Escribió *El paraíso perdido*, un poema épico en el que resalta la figura de Lucifer como un héroe romántico.

No supe qué contestar a eso. Aquella joven era una enciclopedia abierta y me hacía sentir ignorante y desubicado. Estuve tentado de contarle mi experiencia con el cuadro, pero temí parecer un loco. Entonces ella me miró divertida y me hizo la última pregunta de aquella noche:

—¿Sabes qué dijo William Blake?

—Sorpréndeme —contesté a sabiendas de que cada vez que abría la boca lo hacía.

—La prudencia es una vieja, fea y rica solterona cortejada por la incapacidad.

No necesité hacer ni decir nada más. Nayua bajó la cremallera de su vestido sin dejar de mirarme, lo descolgó de sus hombros y lo dejó caer a sus pies. No llevaba puesta ropa interior. Su cuerpo resultó ser lo más hermoso que he visto en mi vida. No hay palabras que puedan describir la perfección de sus formas, la redondez de sus senos, la planicie de su vientre, la hermosura de su pubis…

Me desnudó con parsimonia sin dejar que la tocara. Yo estaba maravillado y no me atrevía a hacer nada que pudiera estropear la magia de aquel momento. Recorrió despacio mi pecho con un dedo sinuoso mientras me quitaba la camisa. Demostraba mucha destreza en lo que hacía, pero a mí no se me ocurrió pensar cuántas veces habría hecho algo similar. Cuando toda mi ropa terminó en el suelo junto a la suya, Nayua se descalzó y se dejó caer sobre la cama. Abrió las piernas y alargó los brazos para ofrecerse enteramente a mi pasión.

El recuerdo de lo que sucedió después me acompañará el resto de mi vida, aunque te aseguro que no fue lo que imaginas. Es cierto que me recibió la

calidez de su sexo y la tersura de su piel, una sensación que no he sentido con ninguna de las mujeres con las que he estado. Pero eso apenas duró un segundo. Lo suficiente como para atraparme dentro. Entonces, la que durante toda la noche había sido mi acompañante perfecta se convirtió en algo monstruoso que se revolvía bajo mi cuerpo. La piel blanca de Nayua se tornó en un gris ceniciento y se arrugó como el papel quemado. Los labios se plegaron en una mueca horrenda y los dientes, amarillentos y pestilentes dejaban asomar una lengua bífida que pretendía entrar en mi boca. Sus pechos, redondos, voluminosos, deseables y firmes desaparecieron, dejando en su lugar un torso liso, rugoso, cilíndrico y lleno de pliegues. El sexo en el que me había introducido con enorme placer me retenía pegado a aquella espantosa cosa que me miraba con unos ojos rojos llenos de odio que habían sustituido a las preciosas esmeraldas de Nayua.

El cuerpo que estaba debajo de mí ya no era el de una mujer, ni nada que se le pareciera. Poco a poco la bella Nayua se estaba convirtiendo en una enorme y aterradora serpiente que trataba de mantenerme preso.

No sé cómo logré escapar de aquel demonio y parapetarme detrás de una silla, junto a la puerta. Alcé la vista al cuadro y observé con horror cómo las figuras se movían de manera manifiesta, mirándome, divertidas. Satanás sonreía complacido y Eva, que se había levantado del suelo, jugueteaba con su pelo. La serpiente había desaparecido de la escena y entonces comprendí que, de hecho, había ocupado el lugar de Nayua sobre la cama. Cuando intenté corroborarlo, descubrí que el monstruo había desaparecido y, sin darme tiempo a reaccionar, apareció junto a mí como por arte de magia. La bestia acercó la boca a mi oído y mientras contenía la respiración para evitar oler su aliento, la escuché sentenciar:

—Deseo concedido. Me quedaré contigo para siempre.

Me tapé los oídos, cerré los ojos y grité, aterrado, durante lo que me pareció una eternidad, hasta que algo tiró de mí. Cuando volví a abrirlos, me encontré sentado en la cama, desnudo y solo. Observé la habitación, desconcertado y asustado. No había ni rastro de Nayua ni de la criatura en la que se había convertido. Miré al suelo buscando mi ropa y la suya. La de ella no estaba y la mía permanecía pulcramente doblada sobre la silla del tocador, aquella tras la que me había refugiado en un intento por huir de la cosa.

Entonces recordé el cuadro y me giré bruscamente para verlo. El grabado continuaba sobre mi cabeza y las figuras seguían congeladas en la postura en la que habían sido pintadas por William Blake. Me dejé caer sobre la almohada y me obligué a tranquilizarme, pensando que todo había sido una horrible pesadilla. Consulté la hora en el móvil: las seis de la mañana. Decidí darme una ducha y prepararme para bajar a desayunar. Me esperaba un día de reuniones y ponencias, así que debía estar fresco y despejado.

Cuando las jornadas llegaron a su fin, recogí mis cosas y dejé la llave de la habitación en la recepción, aliviado por dejar atrás el misterioso grabado y esperando olvidar los sucesos de aquella noche. Cuando estaba a punto de salir del hotel, la voz de Lloyd atrajo mi atención desde el bar. Sorprendido por que el camarero quisiera hablar conmigo, me acerqué.

—¿Qué tal la estancia, señor? ¿Todo a su gusto? —me preguntó con el deje empalagoso del que desea agradar en exceso.

Le contesté que sí, obviando la pesadilla de la noche anterior, y quise saber por qué me preguntaba él sobre eso y no el recepcionista. Entonces Lloyd se mostró por primera y única vez como realmente era. Te aseguro que, mientras escribo esto, la sensación de una mano helada que me recorre la espalda es real, y noto cómo el vello de mis brazos se pone de punta. No me explico por qué nadie pareció ver lo mismo que yo en ese momento en el mismo lugar. Era algo demasiado extraño y aterrador para pasar desapercibido. Sé lo que vas a decir. Piensas que la sugestión me jugó una mala pasada y que nada de lo que escribo sucedió en realidad. Piensas que soy un loco que necesita asistencia médica urgente. Sin embargo, yo sé lo que vi. Y lo que escuché. Y ahora también sé lo que ocurre en la oscuridad.

Y lo que vi fue cómo la cara de Lloyd cambió delante de mí en cuestión de segundos y su rostro anguloso, tan parecido al barman del Overlook, se convirtió en el Satanás del grabado de Blake. No quedó ni rastro del camarero. Tenía delante la figura alada con la lanza en una mano y el escudo en la otra, sonriéndome con malicia. Se dirigió a mí con una voz poderosa. En esta ocasión me tuteó y me dijo con altivez y condescendencia:

—Me alegra que hayas cumplido tu deseo, Eric. Lástima que el precio a pagar sea tan elevado, pero es lo que tiene pretender poseer las cosas

excelentes, ¿no crees? La cuestión es si estás dispuesto a convivir con el miedo. Puedes estar seguro de que durante el día todo será normal. La realidad solo se transforma de noche, cuando apagas la luz. Los niños son capaces de percibir el cambio. Ellos temen a la oscuridad y tal vez tengan razón en hacerlo. Cuando apagas la luz, sucede la magia. Te prometo que, tal y como deseaste, será entonces cuando ella vuelva para hacerte compañía. La serpiente es ahora tu amiga, Eric. Así que recuerda: cuando apagues la luz, la realidad se transformará.

Yo estaba aterrado y seguro de no estar soñando esta vez. Mi mente me decía que aquello no podía estar pasando, pero mis ojos veían lo que veían y mis oídos escuchaban la voz de Satanás, tratando de hacerme entender en qué me había metido.

A pesar de que salí del hotel a toda velocidad y no me sentí realmente a salvo hasta llegar a casa, la pesadilla solo acababa de empezar. La primera noche que intenté dormir en mi propia cama, algo sucedió al apagar la luz. El cuerpo de Celia se transformó de la misma manera en que se había transformado el cuerpo de Nayua. Volvieron a mí las mismas imágenes y los mismos olores, y mi mano buscó con desesperación el interruptor de la luz. Lo accioné y descubrí a mi mujer mirándome preocupada.

—¿Qué te pasa? ¿Va todo bien?

No supe qué contestar. Me disculpé con ella. Me inventé una excusa para dormir en el salón, donde podía encender una luz para evitar que el monstruo viniera a visitarme. Desde entonces duermo aquí, solo. Celia no deja de hacerme preguntas. No sabe qué pasa y yo no puedo explicárselo. La he cagado, lo sé. Y es posible que me lo merezca porque fui un cabronazo. Eso también lo sé. Pero debo mantener al margen de esto a mi familia. Y mucho me temo que la serpiente no desaparecerá si yo no lo hago. Me lo dijo claramente en la habitación del hotel.

Ahora se repite noche tras noche, siempre que intento volver con mi mujer, cuando apago la luz. Entonces la serpiente aparece y ocupa el lugar de Celia para mirarme desde su lado de la cama con sus ojos rojos llenos de odio.